

Gerardo Molina

Gerardo Molina

Breviario de ideas políticas



GERARDO MOLINA RAM3REZ

El nombre de Gerardo Molina es bien conocido por nuestros lectores. En 1933, terminado sus estudios de Derecho en la Universidad Nacional de Colombia, entr3 a la C3mara de Representante y luego, como senador, particip3 de lleno en la “Revoluci3n en Marcha” de L3pez Pumarejo. Actu3 como parlamentario en varios periodos y en 1982 fue candidato de una coalici3n opositora a la Presidencia de la Rep3blica.

Fue rector de la Universidad Nacional de Colombia de 1944 a 1948 y rector de la Universidad Libre en 1955 y entre 1960 y 1962. En 1981, la Universidad de Antioquia le otorg3 el t3tulo Honoris Causa en Sociolog3a. Escribi3, entre otros, los siguientes libros: *Proceso y destino* (1955), *Las ideas liberales en Colombia* (1970-1977) y *Las ideas socialistas en Colombia* (1981).

El mundo contempor3neo, como nunca antes en la historia humana, se halla polarizado en una serie de vertientes partidistas, que conllevan a toda una concepci3n del mundo, una actitud vital y un compromiso militante.

En el presente libro, Gerardo Molina pasa revista a las corrientes que han dejado huella indeleble en el acontecer humano de las 3ltimas centurias.

Se trata de una completa obra de consulta para estudiantes y catedr3ticos y, en general, para los estudiosos de la historia pol3tica.

ISBN: 978-958-794-486-0



9 789587 944860

Obras Escogidas

T3tulos publicados

Camilo Torres Restrepo, Textos in3ditos y poco conocidos. (2016)

Camilo Torres Restrepo, Bibliograf3a general. Preparada por Alberto Parra Higuera. (2016)

Orlando Fals Borda, Campesinos de los Andes y otros escritos antol3gicos. (2017)

Le3n De Greiff. Obra Completa. (2018)

Poes3a Vol I. Tergiversaciones
Libro de los signos

Poes3a Vol II. Variaciones acreedor de nada
F3rrago

Poes3a Vol III. Velero parad3jico
Nova et vetera
Poes3a no fechada o inconclusa

Prosa Vol I. Prosa de Gaspar
Extravagancia y capricho
Columna de Leo
La columna de Leo
Columnilla de Leo
B3rbara Charanga - Bajo el signo de Leo

Prosa Vol II. Bajo el signo de Leo

Prosa Vol III. Escritos sobre m3sica
Correo de Estocolmo

Prosa Vol IV. Algunas cartas enviadas
Varia
Traducciones

Manuel Anc3zar, Peregrinaci3n de Alpha. (2019)

Gerardo Molina

Breviario de ideas políticas

Obras
Escogidas

Colección Obras Escogidas

Colección de la Rectoría
de la Universidad Nacional de Colombia

La Colección Obras Escogidas,
dirigida por la Rectoría de la
Universidad Nacional de Colombia,
busca reconocer a los académicos que
aportaron profundamente a nuestro
país en los diversos ámbitos de la
cultura, las artes, la economía,
la política, la ciencia y, en general,
en el conocimiento y el saber.

Esta colección reúne obras completas,
antologías o selecciones amplias de
textos publicados, poco conocidos
o inéditos de los intelectuales de la
Universidad Nacional de Colombia
que han marcado nuestro desarrollo
histórico como nación y como
sociedad.

DOLLY MONTOYA CASTAÑO
Rectora

Gerardo Molina

Breviario de ideas políticas



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA
Rectoría

Bogotá, D. C., 2021



Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual
CC BY-NC-SA

Universidad Nacional de Colombia

Gerardo Molina Ramírez, *Breviario de ideas políticas*

RECTORA

Dolly Montoya Castaño

EDITOR DE LA COLECCIÓN

Gustavo Silva Carrero

DISEÑO DE LA COLECCIÓN

Martha Echeverry y Laura Argüello

REVISIÓN EDITORIAL

Andréina Urdaneta Viloría

Segunda edición, 2021

Con la colaboración de la

Editorial Universidad Nacional de Colombia

ISBN: 978-958-794-486-0 (digital)

Bogotá, D. C., Colombia

Catalogación en la publicación Universidad Nacional de Colombia

Molina Ramírez, Gerardo, 1906-1991

Breviario de ideas políticas (Tomo III) / Gerardo Molina. -- Segunda edición. -- Bogotá : Universidad Nacional de Colombia. Rectoría, 2021

xvi, 194 páginas : ilustraciones en blanco y negro, fotografías. -- (Colección Obras Escogidas / editor de la colección Gustavo Silva Carrero)

Incluye referencias bibliográficas e índice analítico y onomástico

ISBN 978-958-794-485-3 (Piel lujo : tomo III). -- ISBN 978-958-794-486-0 (e-book : tomo III)

1. Molina Ramírez, Gerardo, 1906-1991 -- Pensamiento político 2. Ciencia política -- Colombia

3. Liberalismo - Historia 4. Socialdemocracia 5. Socialismo 6. Comunismo I. Título II. Serie

CDD-23 320.5 / 2021

Gerardo Molina junto con Blanca Ochoa, 1978 ►



Contenido

Índice de imágenes
XIII

Introducción
1

I. El liberalismo clásico
3

II. El liberalismo moderno
39

III. El socialismo
75

IV. El socialismo posible
105

V. La socialdemocracia
125

VI. El comunismo
155

Bibliografía
189

Índice de imágenes



Gerardo Molina junto con Blanca Ochoa, 1978

VIII



Gerardo Molina en su estudio.
Bogotá, finales de los 70



**Gerardo Molina junto con Nelly Aparicio,
Jaime Jaramillo y Álvaro Tirado Mejía.
Finales de los 70**

40



**Gerardo Molina con el dirigente sindical
y líder gaitanista Víctor Manuel Rincón.
Medellín, 7 abril de 1945**

76



**Gerardo Molina junto con Darío Echandía,
José Francisco Socarrás y Apolinar Díaz Callejas.
Bogotá, 1977**

106



**Gerardo Molina junto con Fernando Cepeda,
Alberto Dangond Uribe, Blanca Ochoa,
Luis Carlos Galán, Plinio Apuleyo Mendoza,
José Gutiérrez. Congreso sobre el pensamiento
político latinoamericano, Caracas, 1983**

126



**Visita oficial del presidente de la Cámara del
Pueblo de la RDA. Bogotá, noviembre de 1965**

156

Introducción

Este pequeño libro es de divulgación. Quien espere hallar en él disquisiciones agotadoras sobre cada uno de los temas enunciados, es mejor que prescinda de su lectura. Es bien difícil decir algo novedoso sobre cualquiera de las ramas que integran el pensamiento político. En cambio nos parece que es muy útil explicar, con la mayor claridad posible, el contenido y la trayectoria del credo liberal, del credo socialista en sus diferentes variantes, y del comunista. Sobre todo, es utilísimo señalarle a un lector que no tiene tiempo disponible para adentrarse en el examen de estos tópicos, las relaciones y diferencias entre el liberalismo de izquierda o democrático y el socialismo, o entre este y el comunismo. Todavía son muchos los colombianos, inclusive de cierta cultura, para los cuales todos los partidarios del cambio social son comunistas.

Llevado de su deformación profesional como catedrático, el autor estima que el método pedagógico más aconsejable es el que parte de la base de que los alumnos saben muy poco, por no decir nada, de la materia que se va a exponer. El docente, como también el escritor público, debe tener por eso el coraje de decir cosas elementales. Sobre todo en un medio como el nuestro, donde se cree que es muestra de sabiduría complicar lo que es diáfano de suyo. De ahí la sencillez, ya enunciada, de los datos y de las reflexiones que constituyen este Breviario.

Es una realidad afortunada el interés, más aún, la curiosidad, que existe hoy en el común de la gente por tener una información para orientarse en el dédalo de las grandes cuestiones políticas de nuestro tiempo. En la Colombia actual, el ciudadano ordinario sabe que ninguno de los partidos tradicionales, en plena desagregación ideológica, puede ofrecerle lo que sí tuvieron sus padres y sus abuelos: un conjunto, así fuera modesto, de principios en los cuales creer. Ahora, cada uno, desamparado, viajero en

la noche, tiene que abrirse su camino. El autor de este volumen, dueño del privilegio de haber contado con ciertos ratos libre, ofrece la presente contribución a la tarea difícil de orientarse en tantas tesis como solicitan la atención del hombre de la calle.

Cuando en los últimos años volvimos a la actividad política, como uno de los fundadores del Movimiento Firmes, nos dimos cuenta de lo benéfico que sería poner en manos de los militantes y de los posible adherentes una especie de diccionario que les aclarara las inevitables dudas. La bibliografía indicada, no muy extensa, servirá para los mismos fines. Si no se insiste en el propósito de explicar lo más posible, puede ocurrir, para poner un ejemplo, que el proyecto de socialdemocracia, presentado por algunos liberales como sustituto de su antiguo bando, pase ante los ojos de muchos como el verdadero socialismo.

Inicialmente figuraba dentro del plan un capítulo destinado al eurocomunismo. Pero a medida que avanzaba la redacción, esa tendencia o escuela, que parecía muy promisoría, se fue desdibujando, y hoy carece de poder de irradiación. El único miembro de la trinidad constituida al efecto, que ofrece cierta permanencia, es el partido español, pues el comunismo italiano persevera extrañamente en la línea de llegar a participar en la conducción del Estado mediante la alianza (“el compromiso histórico”) con la Democracia Cristiana, no con las otras fuerzas de izquierda. En cuanto al otro socio, el comunismo francés, ya sabemos que volvió al regazo soviético.

Finalmente, conviene decir que esta publicación se halla guiada, en primer lugar, por el deseo de ayudar a restablecer la importancia de las ideas, venidas a menos ante la explosión del pragmatismo de estos días, y en segundo lugar, por la convicción que tenemos acerca de la necesidad de llegar en nuestro país a la convergencia de diversas corrientes sociales y políticas, que tengan una orientación democrática y progresista, única manera de iniciar en firme la reconstrucción nacional. Por eso, si se fijan aquí las diferencias entre las varias corrientes de izquierda, al final se abre la perspectiva de que manteniendo cada una su identidad, llegue, junto con otras organizaciones de signo renovador, a un entendimiento que sería promesa de salud para la República.

G. M.

I. El liberalismo clásico

Gerardo Molina en su estudio. Bogotá, finales de los 70 ►



Para comprender el sentido de esa asombrosa aventura que fue la consolidación del liberalismo como doctrina política, debemos situarnos en la Europa continental del siglo XVI. En esos años ocurrieron hechos que cambiaron la cara y el destino del mundo: los grandes descubrimientos se sucedían, el comercio comenzaba a adquirir dimensiones planetarias, la producción abandonaba definitivamente su carácter pueril de simple economía de subsistencia para trocarse en ilimitada, por obra de las invenciones técnicas, y el viejo anhelo de libertad individual obtenía ritmo irreprimible. En suma, las fuerzas productivas se hallaban en pleno desenvolvimiento.

Esta revolución, desde luego, no se dio de manera súbita. Desde varias centurias atrás se percibían los cambios que habrían de conducir a ese resultado. ¿Cómo seguir tolerando una organización económica que limitaba el número de explotaciones? ¿Cómo soportar más un sistema en el que el siervo estaba siempre adscrito a la gleba y el aprendiz a su oficio, todo meticulosamente reglamentado y a base de monopolios? En vez de los señores feudales, que carecían de la noción del cambio, por lo cual la Edad Media fue antes que otra cosa el reinado de la fijeza y del tradicionalismo, había que abrirle la ruta a tantas energías sociales en ebullición.

Desde el siglo XI se observaba el desarrollo de las ciudades en diferentes partes de Europa, las que tropezaban con el estorbo de los gremios profesionales. Esas ciudades, en las que dominaban los comerciantes y artesanos, eran centros de individualismo, rodeados por la inmensa red señorial con su severa organización jerárquica. El comercio internacional, al tomar vuelo, corría a cargo de hombres de gran iniciativa, que naturalmente procedían a romper los cuadros estrechos en que se venían moviendo las actividades productivas y de intercambio. Era lógico entonces que la primera demanda de los comerciantes fuera la de la libertad. Otro núcleo económico iba a actuar dentro de esa misma dirección: fue el constituido por quienes habían obtenido del rey el privilegio de explotar las minas. Con base en los ricos yacimientos de plata de Hungría, el Tirol y Bohemia, se formaron considerables fortunas personales. Hombres de

presa como los Fuggers, de Alemania, y Jacques Coeur en Francia, obtuvieron señaladas preeminencias, entre otras, la de ser banqueros de los reyes. Jacques Coeur llegó a establecer 300 factorías en Inglaterra y en Bélgica. Debe destacarse en ese período la estrecha alianza de la burguesía mercantil, financiera y manufacturera con el monarca, fenómeno que tanto contribuyó al establecimiento del Estado moderno.

Para ese desarrollo, de tipo industrial especialmente, era necesaria la conjunción de dos factores: la acumulación de capital, el cual ya existía, según acabamos de decir, y una creciente masa de trabajadores proletarizados. En la ilustrativa descripción que de esa época hace Jacques Pirenne¹, se ve cómo pequeños menestrales que tejían paños con lanas facilitadas por comerciantes, acabaron por estar al servicio de estos, como obreros. Igualmente señala aquel historiador que algunos miembros de la nueva clase de negociantes, al encontrarse estrechos en el marco municipal fueron a instalar sus talleres en el campo, sin duda en busca de mano de obra más barata. Todo esto fue desintegrando el feudalismo, y así encontramos que en 1415 Florencia eliminó definitivamente la servidumbre del hombre de la gleba, y casi un siglo después ocurrió lo mismo en los Países Bajos.

No debe creerse sin embargo que toda Europa experimentó al mismo tiempo esta mutación de signo capitalista. Eso ocurrió en la parte Occidental, no así en la Oriental, que debió seguir por un extenso período dentro de los cuadros tradicionales, ajena por tanto a la sacudida del Renacimiento y al despertar del individualismo y de las ansias libertarias.

Acabamos de mencionar el Renacimiento. Sin el potente desarrollo económico y social al que hemos aludido, él no habría sido posible, como también es cierto que su influencia se hizo sentir inmediatamente en la velocidad que adquirió ese desarrollo. Sin duda fue en el terreno jurídico donde primero se percibió el ímpetu renacentista. Y era natural. La joven burguesía, ebria del deseo de afirmar su personalidad, no podía regirse por las normas de tipo feudal, las que lo menos que hacían era impedir que se manifestara la libre personalidad. Esto implicaba la resurrección del Derecho Romano, y por eso él se propagó por la Europa continental. Si el comercio entre naciones estaba adquiriendo el volumen y la regularidad de que hemos hablado, era necesario que el hombre de negocios tuviera delimitados y asegurados sus derechos. Y dentro de esa indispensable ordenación jurídica, el hoy llamado Derecho Internacional debía obtener particular relieve, ya que por obra del comercio, de radio muy extenso, se ponían en relación individuos de un país con los de otros.

¹ Pirenne, Jacques. *Historia universal* Tomo II. Barcelona: Ediciones Leo, 1953. pp. 351 y ss.

El Estado Nacional, comenzaba a ser un hecho, y de ahí se desprendía la existencia, por lo menos en boceto, de una comunidad internacional.

La fundación de varias universidades en el siglo xv, aunque sometidas al principio a la Iglesia, atendió a la necesidad de impulsar no solo la ciencia del Derecho, sino otras, vitales para el desarrollo iniciado. Cuando un artista como Leonardo da Vinci, al par que contribuía al resurgimiento de la estética y de todas las formas de belleza hablaba de la importancia que tendría para la agricultura la técnica de la irrigación, se situaba en el espacio del hombre del cuatrocientos, ávido de creación individual, y de ahí que propiciara la vuelta al mundo clásico y que exaltara la necesidad de amaestrar la naturaleza para que le sirviera a la raza humana.

Al fundir en plomo los caracteres tallados en madera, Gutemberg iba a hacer posible hacia 1440 la difusión rápida de las obras científicas y literarias, al tiempo que se generalizaba en Europa la fabricación de papel, asombroso invento de la China y del Asia Central. El Renacimiento, en suma, no fue solo un episodio brillantísimo en lo que se relaciona con el arte, sino una secuencia de innovaciones en los diversos órdenes del conocimiento, cuyo resultado fue la afirmación del ser humano como sujeto del cambio social y de la historia. Mientras más cundía el gusto de la emancipación individual, el hombre de esa época sentía que se ensanchaba su fe en el destino que le esperaba. No fue cosa del azar que el genio representativo de ese tiempo, Leonardo, hubiera descubierto la irrigación de la sangre y presentido la teoría de la gravitación universal. Debió haber sido muy intensa la euforia de esos días cuando un personaje exclamó en pleno arrobamiento: ¡Oh, qué gran milagro es el hombre!

De ahí que para volver al período que hemos tomado como punto de partida, la iniciación del siglo xvi, digamos que tiene razón Pirenne cuando afirma que no fue el descubrimiento de América el que creó las condiciones de una economía nueva, sino que, a la inversa, fue el desarrollo del capitalismo el que empujó a Occidente a la búsqueda de otras rutas para el tráfico, las cuales, una vez consolidadas, precipitaron y ampliaron el ritmo de la economía capitalista, en proporciones tales que habría de transformar por completo el equilibrio del planeta.

Debemos tener presente que no solo había aparecido el capitalismo. Otro fenómeno no menos importante surgió como punto cenital de la evolución descrita: fue el colonialismo. De ese modo la conquista y la colonización de América y del Asia quedaban inscritas en el orden de las cosas, con todo lo que aquellas significaban para que el sistema capitalista pudiera implantarse como fenómeno mundial. Era lo que más tarde habría de llamar Kipling “la carga del hombre blanco”.

De los soberanos de la primera mitad del siglo XVI fue sin duda Carlos V el que mejor entendió lo que estaba sucediendo. Coronado rey de España en 1516 y Emperador en 1519, gracias al apoyo de los banqueros Fuggers, sintió que su deber era extender su dominación sobre otros pueblos y de ahí su divisa orgullosa: ¡plus ultra! En ese mismo año de 1519 Hernán Cortés empezaba la Conquista de México y dos decenios después formaban parte del Imperio Español toda la costa del Pacífico y la América Central y del Norte. Lo que muestra mejor la clarividencia de Carlos V fue el convencimiento a que llegó de que no podían subsistir y ser gobernadas por la misma política dos regiones tan dispares como la Europa Occidental, volcada ya hacia el capitalismo, y la Central que todavía se inscribía en el orden feudal. Por eso en 1522 procedió a dividir el Imperio, con base no en criterios geográficos sino económicos. Él se quedó con la parte marítima, es decir la Occidental, y le dejó a su hermano Fernando I la Continental, o sea la atrasada. El mar era en aquella emergencia, España, Italia y los Países Bajos, como quien dice la fracción del Imperio con apetencias no solo capitalistas sino colonizadoras, para lo cual era imprescindible el control de la navegación ultramarina. El ecumenismo de su religión, la católica, había de ayudar a Carlos V a hacer del Imperio algo sinónimo de dominación universal.

Al comenzar a integrarse al mercado mundial, el hombre de la nueva época tenía que actuar en términos planetarios. El criterio del éxito, en este caso la acumulación de la ganancia, era el que en definitiva decía si se había escogido el buen camino. Cualquier error era castigado con la ruina. A la luz del sistema que se estaba inaugurando, el que obtiene riqueza cumple una tarea que la sociedad debe aplaudir, ya que el bien social es el resultado de las acciones ejecutadas por ese individuo que se comporta como bravo en una organización del tipo de la capitalista, selvática por naturaleza. Como señala Laski², antes del advenimiento del sistema capitalista los hombres vivían dentro de una ordenación en que las instituciones efectivas —Estado, Iglesia o gremios— juzgaban el acto económico con criterios ajenos al mismo acto. Ahora el juicio económico se manifestaba según que el interesado hubiera triunfado o no en la actividad emprendida. O sea que, según el autor citado, el movimiento del feudalismo al capitalismo es el tránsito de un modo de vida en el que el bienestar individual es el efecto de la acción socialmente controlada, a un conjunto de conceptos en los que el bienestar social aparece como el resultado de la acción individualmente controlada.

2 Laski, Harold. *El liberalismo europeo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1939, p. 20.

Las tres direcciones de la evolución

Se hallaba por tanto la sociedad enfrente de un tipo humano distinto: era el nuevo empresario, el administrador, el comerciante, y ¿por qué no decirlo?, el aventurero. Ese tipo, desconocido antes, tuvo tiempo para cuestionar el dogma y para abrir los horizontes científicos, lo cual se presentó en tres direcciones:

La reforma de la Iglesia

Aunque lanzado a la vida pública en uno de los años cenitales, Lutero no puede considerarse como uno de los guías espirituales de la nueva época. Su posición fue ambivalente: por su culto de los valores medioevales, por su principio tutelar “el justo se salva por la fe”, por su defensa de la tesis tomista del justo precio, por su condenación del préstamo a interés y por su adhesión a la causa estrictamente nacional, el predicador alemán demostraba que no era apto para entender el capitalismo. Pero sí le prestó un eminente servicio al minar la autoridad de Roma, al denunciar la opulencia desafiante en que vivían las gentes que rodeaban al Papa y negocios tan torpes como la venta de indulgencias, aunque esta se disimulara con el noble pretexto de la necesidad de terminar la Capilla Sixtina. Esa acumulación de riquezas en manos de un núcleo ocioso y su condenación por el rudo reformador, le permitían entrever a la creciente clase burguesa, la posibilidad, que luego fue un hecho, de la confiscación de esa inmensa suma de bienes materiales para lanzarlos al torrente de los intercambios.

Del mismo modo le servía al capitalismo, individualista por esencia, la campaña de Lutero dirigida a la interpretación libre de las Escrituras. No hay que olvidar que la imprenta estaba ya a la disposición de todos, por lo cual se multiplicaban las ediciones de la Biblia.

Mucho más positivo en el empeño de despejarle la vía al capitalismo fue el aporte de Calvino. Este hizo de la conciencia individual la base de la fe, punto a que no pudo llegar Lutero, quien anteponía la decisión del príncipe terrenal a la del individuo. Calvino entonces se nos presenta como el reformador que batalló con su intransigencia, bien conocida, por devolverle al catolicismo los dos principios básicos, el del individualismo y el de la universalidad, que eran justamente los que el capitalismo más necesitaba. Si tenemos por otro lado en cuenta que el dictador de Ginebra autorizó el préstamo a interés, que era partidario de que se extendiera la ciencia, y que comulgaba con la tesis de los últimos canonistas medioevales de que el principio del justo precio es ya insostenible, entendemos por

qué su doctrina y su obra se extendieron con fuerza en los países capitalistas, aunque esa doctrina y esa obra se vieron deslustradas por la propensión de Calvino a las persecuciones religiosas y a llevar el combate contra los herejes a exageraciones que estremecen.

De todas maneras, la reforma significó el desmoronamiento en la parte espiritual del orden económico del medioevo. Removidas las restricciones morales, el capitalismo podía caminar con piernas incansables. Cuando algunos teóricos atacaban la abundancia de días festivos, no lo hacían por el gusto de provocar la cólera del Vaticano, sino porque el nuevo sistema tenía un altísimo valor del tiempo. Así elaboró la magnífica consigna: el tiempo es oro. Vino en consecuencia un desarrollo tal de la técnica de la relojería, que fue posible medir hasta los segundos y hacer que cada quien pudiera adquirir a bajo precio el maravilloso artefacto.

Los humanistas

Nos referimos concretamente al movimiento de renovación espiritual aparecido a comienzos del siglo XVI y que lleva aquel nombre, aunque otros prefieren llamarlo el de los Erasmistas. El jefe de fila de ese grupo, Erasmo de Rotterdam, publicó en 1508 el *Elogio de la locura*, ataque ingenioso y cáustico a la teología escolástica. A su vez, Tomás Moro dio a conocer en 1516 su *Utopía*, libro en el cual el pensador inglés, llevado por su pasión democrática, llegó a sostener el comunismo de bienes. Los dos hombres, Erasmo y Moro, se conocieron poco después y de allí emanó una amistad que fue fecunda para la marcha de las ideas. En torno de ellos cuajó una constelación de agitadores intelectuales, estilo Luis Vives, el español, que pusieron al día un nuevo humanismo que giraba en torno de la libertad del espíritu. Para dar ejemplo de ella, Erasmo supo resistir las tentaciones de Roma para que aceptara el capelo cardenalicio. A fin de apreciar lo que significó ese aporte, hay que tener en cuenta la atinada observación de Pirenne de que no es cierto que Lutero hubiera fundado la libertad de conciencia, ya que no hizo otra cosa que desplegar el principio de autoridad; pues del Papa lo transfirió a la Biblia y de esta al respectivo monarca temporal. El luterano debe por tanto inclinarse ante el Estado, como debe hacerlo ante el Creador mismo. Esto nos permite comprender por qué uno de los primeros actos de Erasmo fue romper con el reformador protestante. Es claro que los humanistas en mención eran cristianos, pero dentro de esa religión colocaban muchos granos de tolerancia y de racionalismo. Armados de sus libros, de su influencia en la educación y de su multiforme capacidad polémica, los erasmistas le infligieron golpes irreparables a la intolerancia y a los desvaríos religiosos.

Por eso supieron enfrentarse a monarcas como Felipe II que quisieron destruir en la cuna esos avances de la libertad de pensamiento, para establecer un imperio que combinaba la ortodoxia católica con el absolutismo político. Mientras los erasmistas alentaban, allí donde hubiera un conato reaccionario ahí estaban su presencia y su acción. Hablando de ellos escribió Germán Arciniegas:

No es poco el riesgo que implica reclamar de los grandes una conducta severa, cuando las cortes se han relajado, ni sostener la teoría de la paz frente a guerreros ambiciosos y triunfantes —entonces hasta el Papa tenía ejércitos y los usaba—, ni contraponer la idea de un gobierno justo para el hombre libre a la política de cálculo frío e inescrupuloso de los nuevos Estados, ni alzarse contra el poder de la burguesía que comienza a enriquecerse con las máquinas para defender a quienes iban hundiéndose en una pobreza precursora de la de los tiempos modernos³.

Desarrollo de la ciencia y de la técnica

Los grandes descubrimientos, la creación de un mercado mundial y los avances de la libertad del espíritu, tenían que suscitar un progreso inusitado de la ciencia y de la técnica. Es evidente que la navegación oceánica exigía la colaboración de la astronomía y de la física, que para atender la producción fabril de escala era preciso construir máquinas tejedoras, que para explotar la metalurgia había que aprender a hacer perforaciones a gran profundidad, y que inclusive el nuevo arte militar hacía indispensables audaces avances en la ingeniería. Como dice Laski; a fines del siglo XVI se veía claro el decurso en virtud del cual las investigaciones emprendidas socavaban la influencia de la fe sobre la mente y conducían a la elaboración de una nueva cosmogonía, con ayuda de la cual el hombre afinaría su poder sobre el universo físico.

A poco vendría Bacon a decir que merced a tantos descubrimientos se había cambiado “la faz y el estado de las cosas en todo el mundo”, y a exaltar la importancia que tiene el saber, no por el deleite que produce sino “por el poder que el saber confiere”. Bacon no fue solo un pensador que pedía más y más experimentos, el abandono de los prejuicios y el empleo de la razón, sino un hombre de Estado, condición en la cual defendió la usura, con lo que demostraba que le daba mayor importancia a las necesidades de la economía que a los principios teológicos. Una de las ideas formidables que expresó fue esta: “Hay que obedecer a la naturaleza para poder gobernarla”. Obedecerla sí, es decir, descubrir el ritmo que ella sigue, pero eso se hace

3 Arciniengas, German. *América en Europa*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1975, p. 61.

para algo, para ponerla, con un sentido utilitario, a disposición de los hombres. Para ser más exactos, lo que requería ese dominio sobre la naturaleza era la urgencia de activar la producción y el comercio.

Todos estos fueron hitos capitales en el proceso iniciado por el Renacimiento.

El liberalismo

El sistema capitalista, cuyos balbuceos y primeros pasos hemos tratado de anotar, necesitaba una doctrina política que expresara sus relaciones con el Estado, con la opinión pública, con el hombre mismo, como sujeto de derechos, y desde luego con los otros Estados. Fue el liberalismo. Este debía en primer término interpretar el hecho de que el nuevo sistema económico exigía una amplia apertura hacia el individualismo, y de ahí la ofensiva intelectual contra las viejas formas de organización social que al colocar al individuo dentro de una telaraña de reglamentaciones, le quitaba toda libertad de movimiento, como también había que combatir al papado, el cual mediante las redes restrictivas del dogma o la inmovilización de inmensas propiedades, reducía el juego del espíritu creador y el ámbito en que se mueven las fuerzas productivas: Es decir, el hombre que el liberalismo tenía por delante era un ser lleno de iniciativas y de atrevimiento.

De ese modo dice Laski:

Los fundamentos de una doctrina liberal, por decirlo así, se establecen en el siglo XVI. Existe una disciplina social cuyas sanciones son independientes del ideal religioso. Hay un Estado que se basta a sí mismo. Una disposición intelectual consciente, quizá un poco inquietamente consciente de que una limitación del derecho especulativo es también una merma al derecho del poder material. Tenemos un nuevo mundo físico, tanto en el sentido geográfico como en el ideológico. Puesto que el contenido de la experiencia es nuevo también, se requieren postulados nuevos para su interpretación. Su carácter se está definiendo en el campo de la teoría social no menos que en los de la ciencia y de la filosofía. Su contenido es material y de este mundo, en vez de serlo espiritual y del venidero. Es expansivo, utilitario, confiado en sí mismo. Pone adelante el ideal del dominio sobre la naturaleza por razón de la tranquilidad y comodidad que conferirá tal dominio. Es en su esencia el punto de vista de una nueva clase que, con la autoridad, está convencida de que puede remodelar los destinos del hombre en forma mejor que en el pasado. Ha apuntado la filosofía sobre la que se propone proceder⁴.

O sea, para decirlo en forma más abreviada, hacía falta una doctrina que legitimara tantas oportunidades de riqueza que había venido creando el proceso de que hemos dado cuenta. El liberalismo es por

⁴ Laski, Harold. Op. Cit. p. 111.

tanto la justificación filosófica y política de las prácticas y expectativas creadas por el sistema capitalista.

El liberalismo así basado en la evolución de la época vino al mundo con el vigor y con el peso que le daban antecedentes de cinco siglos. Respirando el aire de su tiempo, se fusionó desde sus orígenes con la noción de libertad, lo que le dio desde entonces la predisposición a enfrentarse a todas las modalidades del privilegio, y a las pretensiones de la autoridad de salirse de ciertos límites. Se esbozaba así el Estado constitucional y el catálogo de derechos sin los cuales no se concibe la acción del hombre en la sociedad. Pero ¿a quiénes beneficiaba el reconocimiento de esa tabla de derechos y de libertades? Aquí aparece el gusano en el fruto: naturalmente a los miembros de las clases poseedoras, circunstancia que en aquel momento no empañaba el lustre de la doctrina liberal, pero que habría de traerle dificultades sin medida cuando en el seno de las clases trabajadoras empezaran a brotar reclamaciones dictadas por el afán igualitario y por el sentimiento de la dignidad.

Pero el liberalismo no es solo un conjunto doctrinario; es también un modo de ser, una conducta: en ese sentido ha sido escéptico por naturaleza, tolerante y enemigo de todos los expedientes que conduzcan a la regimentación y al unanimismo.

Para poder fijar con exactitud el pensamiento liberal frente a las libertades, hay que recordar dos frases que definen el cambio ocurrido: en la Edad Media había regido el principio de que “solo puede hacerse lo que está permitido expresamente”. Ahora regía este: “Es permitido todo lo que no está prohibido expresamente”.

El vasto complejo de libertades y derechos defendidos por el liberalismo se formó por la confluencia de las tres corrientes enumeradas por Werner Sombart:

Una corriente de derecho natural, o sea, la apelación a los inalienables derechos económicos del hombre; una corriente filosófica-metafísica, consistente en la creencia en una armonía preestablecida dentro de una comunidad formada por seres independientes unos de otros, y una corriente utilitaria constituida por los intereses del empresario capitalista, del comerciante y del artesano que ha logrado independizarse de su gremio⁵.

Para ser más concretos, esas libertades pueden reducirse a dos series: las de carácter económico, que en una u otra forma provienen de la propiedad privada. Las principales son:

⁵ Sombart, Werner. *El apogeo del capitalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1916, p. 64.

EL LIBERALISMO CLÁSICO

- 1) La libertad de industria, o lo que es lo mismo, la libertad de ejercer la actividad que uno quiera, como quiera y donde quiera;
- 2) La libertad de contratación, y
- 3) La libertad de apropiación, que se descompone en la libertad de utilización de bienes, en la de enajenación y en la de sucesión hereditaria, que es tanto como decir la libertad de extender el derecho de propiedad más allá de la muerte.

Como se ve, las libertades económicas son de naturaleza capitalista, lo cual nos permite sostener que no tienen por qué prolongar su vigencia una vez que desaparezca ese sistema. El hecho de que hayan girado en torno de la propiedad privada, condujo a que después de varios siglos de existencia, se encuentren en los últimos tiempos frente a una contradicción con las corrientes de orientación socialista, las que afirman que es concebible una sociedad en la cual aquel tipo de libertades desaparezca sin ningún deterioro para el hombre, antes con positivas ventajas para su desarrollo, como lo veremos en su hora. En síntesis, la circunstancia de que el liberalismo hubiera hecho desde su aparición causa común con la propiedad privada de estirpe capitalista, la que permite la explotación de unos hombres por otros, le confiere a esa doctrina política, en dicho dominio, un carácter transitorio, por lo cual no deberá tener cabida en el mundo futuro.

Muy distinta es la situación del segundo grupo de libertades individuales y políticas, que a nuestro entender deben subsistir aunque cambie el sistema. Las principales son:

- a) La libertad de pensamiento, de conciencia y de expresión;
- b) El derecho a la vida y a la seguridad;
- c) La inviolabilidad del domicilio y de la correspondencia;
- d) La libertad de conciencia, de pensamiento y de expresión;
- e) El derecho a no ser condenado sin ser oído y vencido en juicio;
- f) el derecho a tener una nacionalidad, a salir de su país y a volver a él;
- g) La libertad de asociación y de organización;
- h) El derecho al sufragio y a las diversas formas de participación ciudadana, y
- i) El derecho a la existencia de las minorías y de la libertad de la oposición.

Es de advertir que en el decurso de los tiempos esas libertades y derechos han sido enriquecidos con otros, como los de carácter social, y que forman parte de las declaraciones de derechos del hombre, sean estas de carácter universal, regional o nacional. Inclusive en los últimos

años se han propuesto otros, muy novedosos, como la garantía de la estabilidad de la moneda y el derecho a la información.

Los fundadores del liberalismo tuvieron en cuenta las dos aspiraciones centrales del hombre, la libertad y la igualdad. Como no era posible que en aquel instante de ascenso de una clase a costa de las otras, esas dos aspiraciones fueran equiparadas, el liberalismo optó por la libertad. Era lógico, porque en esta veía la garantía para el individuo de desplegar su acción sin imposiciones de los que ejercieran el mando. La lucha por la igualdad quedaría para épocas posteriores, y ante la imposibilidad de que el liberalismo la hiciera suya por las jerarquías sociales a que él dio lugar, pasó a convertirse en el principio animador del socialismo.

Al hacer el liberalismo el escogimiento de la libertad, y al dejar a un lado la igualdad, creaba una situación que por el momento no era perceptible: era una situación tensa, inestable, de combate, porque a medida que la sociedad se iba haciendo cada vez más compleja, los anhelos de igualdad empezaron a tomar ímpetu y fuerza. Hoy sabemos que dentro de un conglomerado verdaderamente democrático, no debe haber libertad sin igualdad, ni igualdad sin libertad.

Pero el liberalismo no podía contentarse en los días iniciales con resolver el problema de cómo se debe gobernar, es decir a base de reconocer las libertades para buscar de ese modo limitaciones a la autoridad. Había que preocuparse también por atender la otra magna cuestión: ¿quién gobierna? Las respuestas posibles eran tres: gobierno de uno solo, de varios o de muchos. La opción se inclinó por la última, y así, aun dentro de las épocas absolutistas que siguieron a la aparición del liberalismo, este se mostró partidario de la democracia representativa, como manera de que las clases nuevas que habían tomado la conducción de la sociedad participaran en el manejo del Estado. Por democracia representativa, en la acepción que se le dio en aquella época, entendemos la constitución de los órganos de gobierno mediante el voto, libertad de cada uno para sufragar según la opinión formada de la manera más libre posible, igual valor del voto de los ciudadanos, posibilidad de elección entre varias alternativas, principio de la mayoría numérica tanto en el escogimiento de los representantes como en las deliberaciones, y respeto a las minorías, las que deben estar protegidas contra todo atropello de las mayorías.

Las ideas de John Locke

Con estos antecedentes estaba preparada la atmósfera intelectual para que apareciera el pensador que habría de fijar de una vez por todas el

ideario del liberalismo. Fue John Locke. Nacido en 1632 en Inglaterra, médico de profesión, lo cual le dio una finísima sensibilidad para lo que tuviera que ver con el organismo social y con las ciencias experimentales, Locke no formó su ideario político al calor del país natal sino en el ambiente helado del destierro. Obligado a alejarse de la patria por ser miembro activo de la oposición al rey católico Carlos II, después de errar por algunas naciones y de ponerse en contacto con los disidentes y heterodoxos de varias capitales, Locke se instaló en Holanda. Si como dice Paul Hazard, “no hay una escuela más ruda y mejor que el exilio”, el ambiente de la libérrima Holanda era el más adecuado para fecundar un cerebro en trance de receptividad como el de John Locke, por lo cual fue allí donde escribió las dos obras que le abrirían las puertas de la fama, el *Ensayo sobre el entendimiento humano* de carácter filosófico, pieza maestra del empirismo, y el *Ensayo sobre el gobierno civil* que es donde está su pensamiento político. En el destierro había madurado y consolidado su amor por la libertad y todas sus reflexiones giraban en torno de la idea de que Inglaterra, en lo cual no se equivocaba, estaba a punto de romper con el absolutismo monárquico, para convertirse en la tierra de elección de las garantías individuales y morales que ennoblecen al individuo. En ese estado de espíritu volvió al suelo natal en 1688, cuando Guillermo de Orange desembarcó allí para derrocar a los Estuardos y dar cumplimiento desde el trono a las palabras inscritas en sus banderas: por la libertad, por la religión protestante y por el Parlamento. Como quien dice, el ataque frontal al absolutismo. Guillermo hizo honor a sus promesas, y de ese modo Inglaterra, gracias a la revolución incruenta de 1688, se convirtió en la primera monarquía constitucional.

El derrocamiento del Estuardo Jacobo II había sumido en la confusión mental a muchos *whigs*, o liberales, que aunque felices porque eso hubiera ocurrido, no dejaban de inquietarse ante el hecho de que un rey hubiera sido despojado de la corona, rey despótico, perseguidor y todo lo que se quisiera, pero que al fin y al cabo era el monarca legítimo. Como lo recuerda muy bien Jean Jacques Chevallier⁶, a tranquilizar esos espíritus fue a lo que se consagró Locke, para lo cual estableció la distinción entre poder legislativo y poder ejecutivo; ambos limitados, limitación vigilada y asegurada por el pueblo mediante el *derecho de insurrección*. Se insinuaba así una de las ideas centrales del liberalismo, la separación de poderes.

En la concepción de Locke, el poder ejecutivo es decididamente responsable y está subordinado al Parlamento, lo cual le da el golpe de gracia a

6 Chevallier, Jean-Jacques. *Les grandes oeuvres politiques, de Machiavel a nos jours*, Paris: Armand Colin, 1949. p. 89.

los regímenes absolutistas, y sienta las bases para que la doctrina liberal se haya manifestado en todas partes defensora de las prerrogativas del órgano legislativo. Pero por encima del aparato de la autoridad está el derecho de insurrección. Según Locke, cuando el pueblo se considere en condición miserable, puede rebelarse contra quienes quiera que sean los gobernantes, no importa que estos sean “sagrados y divinos, que desciendan o hayan sido autorizados por los cielos, que hayan venido de donde quieran, siempre sucederá lo mismo”. Además, Locke insiste en que los hombres no se rebelarán “por cualquier pequeño manejo de los asuntos públicos, y en que el gobierno por consentimiento, junto con el derecho del pueblo a rebelarse, es la mejor muralla contra la revolución”.

Sobre este punto observa el tratadista W. Ebenstein:

La insistencia de Locke en que hay una ley superior a la ley del Estado ha llevado a la idea, tan profundamente arraigada en las tradiciones de las naciones democráticas, de que la obediencia a la ley es una muy alta virtud cívica, pero no la más alta. Los oponentes al gobierno democrático han insistido en que haciendo que la norma política dependa del consentimiento del gobernado “hace que quede un fermento para la rebelión frecuente”, como dijo Locke. Locke no niega eso, pero afirma que su hipótesis no invita a la anarquía y a la rebelión más que cualquier otra, y qué todo depende de la situación, buena o mala, en que se encuentren los gobernados. Cuánto más se mantengan las vías de libre comunicación y consentimiento en una sociedad, menos se da la necesidad de una revolución⁷.

Locke, como casi todos los pensadores de su tiempo, partió de la base del estado de naturaleza, y del contrato original para llegar a la sociedad política y al gobierno civil. ¿Cómo fundar sobre esos cimientos la libertad, cuya existencia y defensa eran la razón de su obra? Locke da la respuesta: es por medio de los derechos naturales, vigentes en el estado de naturaleza, como el hombre va a protegerse de los abusos del poder al llegar al estado de sociedad. Es decir, según Locke, al alcanzar ese elevado punto de la evolución, el ser humano no renuncia a esos derechos; ellos persisten, y es sobre esa persistencia sobre la que está fundada la libertad. “La razón [dice el pensador inglés] enseña a los hombres que como todos son iguales e independientes, nadie debe hacerle daño a otro en relación con la vida, la salud, la libertad y su bien”. Y es claro, si alguien le hiciera daño a otro acabaría haciéndoselo a sí mismo.

Pero aquel estado de naturaleza ¿no será una de tantas fantasmagorías de que se nutre la insaciable capacidad de ensoñación de los hombres? No, contesta Locke. Ese estado existió y existe todavía, para

7 Ebenstein, William. *Los grandes pensadores políticos*. Madrid: Revista de Occidente, 1965. p. 477.

demostrar lo cual aporta dos ejemplos: el primero es el de la sociedad primitiva, tipo de organización en el que la comunidad actúa como un todo para repeler o castigar una transgresión. Así, en caso de un asesinato, todo el grupo tiene derecho a sancionar el ilícito, por lo cual el miembro de él que mata al asesino no comete delito alguno, pues obra como el agente que restablece la santidad de la norma. Se trata, como es claro, de una sociedad indiferenciada y sin órganos de autoridad. El segundo ejemplo se refiere a una sociedad compleja, como son las naciones desarrolladas de nuestro tiempo. Es seguro que ellas se rigen por la ley internacional, pero cuando no hay una justicia internacional, como no la había en los tiempos de Locke, encargada de dirimir las controversias entre Estados, aquel que sufre una agresión tiene derecho a castigar al responsable. Es esa, ciertamente, una forma de estado de naturaleza.

Al describir el sistema de sociedad y de gobierno, chocan las teorías de los dos grandes antagonistas: Hobbes y Locke. El primero formuló la filosofía del conservatismo, el segundo la del liberalismo: Cuando los súbditos instalan al soberano en su puesto le transfieren todos los poderes, he ahí la suprema enseñanza de Hobbes. De ese modo el gobernante no tiene deberes hacia los asociados, por lo cual dentro de esta concepción no cabe la idea de contrato entre la autoridad y los gobernados. En cambio, el que ejerce el mando, según Locke, jamás se convierte en el ser autoritario hobbesiano, pues sigue siendo un instrumento para realizar los propósitos que la sociedad establece.

Esta es, sin duda, la gran revolución doctrinaria efectuada por Locke: en la teoría del carácter divino de los gobernantes, solo estos tenían derechos; en cambio, en la que él defiende, solo el pueblo tiene derechos y el gobierno es apenas un tutor, limitado por tanto y que puede ser removido. En síntesis, para Locke, a diferencia de Hobbes, nadie le confiere a la autoridad derecho alguno contra el pueblo.

Como se ve, el principio de la libertad está vivísimo en el pensamiento y en la acción del filósofo que comentamos. Pero no solo el de la libertad, también el de la propiedad. Esta es tan importante, que la sociedad civil se constituye precisamente para defenderla. El derecho de propiedad es de tal modo necesario al desarrollo cabal del individuo que este lo tenía en el estado de naturaleza. Pero el espíritu fino de Locke no podía entender ese derecho de otra manera que limitado, como es limitada la capacidad del hombre para consumir los bienes de que se apropia por medio del trabajo. Bien se ve que Holanda e Inglaterra estaban aún lejos del capitalismo salvaje de hoy que acumula por el mero deleite de acumular. El sistema de vida que parece aconsejar Locke es tranquilo y prudente, y si el hombre

está ya instalado cómodamente en la sociedad civil es para que disfrute de las cosas y de los bienes con mesura.

Llegado a ese hermoso punto de la evolución que es la sociedad civil, Locke comprende que para asegurar el reinado de la libertad y para garantizar en consecuencia que no quedaría margen para la arbitrariedad, había que redondear su tesis ya esbozada de la separación de poderes. De ahí que hubiera hablado de tres: el Legislativo, que organiza la manera como la fuerza del Estado debe ser empleada para proteger a los asociados; el Ejecutivo, que asegura la aplicación de las leyes positivas en el interior; y para el exterior, es decir, para todo lo que concierne a la paz, a la guerra y al comercio, hay un tercer poder, ligado al Ejecutivo, llamado poder Confederativo. Es lógico, es necesario que esos poderes, sobre todo los dos primeros, estén en manos distintas, para que no haya tentación de abuso, como puede ocurrir si están reunidos en una sola persona o en un grupo. Con un siglo de anticipación, Locke anuncia a Montesquieu.

No podía faltar una referencia a la mejor forma de gobierno. Locke la encuentra en el precepto de que sea el mayor número el que decida. Es la democracia representativa, solo que en esa época aún no se postulaba la participación del hombre común en la fijación de los destinos colectivos. Pero de todas maneras hay que buscar el consentimiento de los más. Esa palabra consentimiento aparece muy a menudo en la pluma de Locke. Si se trata de un recorte al derecho de propiedad, él dice que se requiere siempre que el propietario consienta, y en el vasto espacio de los cambios sociales, se debe procurar que estos sean producto del consentimiento. Inglés hasta los tuétanos, lo cual lo predisponía a pensar hondamente, según observa Paul Hazard, él creía que así podrían hacerse las grandes transformaciones. La revolución de 1688, que le dio el triunfo a la burguesía y que Locke saludó con júbilo, pudo ocurrir sin causar sufrimientos y espasmos, porque las clases dirigentes consintieron en ella. Y las otras dos revoluciones que Inglaterra ha tenido, la de 1832, también incruenta y que llevó al poder a las clases medias a través de la ampliación del voto, y la de 1945, que marcó el ascenso de los trabajadores británicos a las alturas del mando, se realizaron de ese modo, según explica W. Ebsenstein, porque en ambas operó el consentimiento de los que tenían mucho que perder y de los que tenían mucho que ganar.

El liberalismo y el Estado

Una época como la personificada por Locke no podía esquivar el enorme tema del Estado. Él se halla presente en las lucubraciones del filósofo.

Cuando este hablaba de derechos naturales, o sea, de la vida, de la libertad y de la propiedad, de hecho tocaba los predios del poder político. Si se tiene en cuenta lo dicho anteriormente, se comprende con facilidad que ese siglo XVII, transido de individualismo, de simpatía hacia el orden constitucional, de fe en el hombre con éxito, para lo cual debía tener todos los caminos expeditos, solo podía sentirse bien con una filosofía que implicara el mínimo de intervencionismo estatal. El rechazo de las reglamentaciones excesivas de la época medioeval debía contar mucho en ese modo de pensar.

Por lo mismo que solo la monarquía constitucional podía realizar el nuevo orden y aquellas obras requeridas por una economía en expansión, era obvio que el deber de comerciantes y de manufactureros consistía en mantener la alianza con el poder público a efecto de que las fuerzas sobrevivientes del feudalismo entraran en liquidación. Era una alianza en la cual la burguesía dictaba las condiciones: los impuestos serían votados por el Parlamento, la judicatura sería independiente del Ejecutivo, y el ejército estaría bajo la dependencia del órgano legislativo. Sería, pues, una monarquía limitada la que los mercaderes e industriales aceptaban, y por eso oportuna e inoportunamente le recordaban al rey la lección explosiva de Locke: hay derecho a la insurrección cuando quiera que el monarca viole las normas preestablecidas.

Pero la tesis del Estado abstencionista no puede tomarse como una verdad absoluta. Era imposible que en un período como aquel, sacudido por vientos contrarios en lo económico, en lo social, en lo moral, la autoridad política pudiera cruzarse de brazos. El capitalismo incipiente, como sucede hoy, le pedía simultáneamente al Estado que se mantuviera a distancia del proceso de producción y de cambio e interviniera para que la actividad del empresario pudiera realizarse. Era el reino del pragmatismo.

La escuela económica prevaleciente en el siglo XVII, la mercantilista, ilustra muy bien lo que venimos diciendo. La importancia reconocida en esa época al comercio exterior, del cual se afirmaba que constituía la riqueza de las naciones, llevaba directamente al intervencionismo del Estado. Sin la acción de este no es posible que la actividad mercantil opere con la máxima seguridad y en el radio más dilatado posible. La protección estatal era de vida o muerte a fin de que como decía la Escuela, siempre se exportara más de lo que se importara, y para destruir las numerosas barreras al intercambio que quedaban como residuos del medioevo. Mientras el capitalismo no hubiera llegado a su plenitud, había que recurrir a los monopolios, a la protección y a las reglamentaciones.

La riqueza de los pueblos se medía entonces por la balanza comercial favorable y por las reservas de oro y plata con que se contara. Saber qué se importa y en qué cantidad es por eso de interés vital y no puede dejarse a cargo de los particulares. Como decía rudamente William Cecil, “nunca se roba más al reino de Inglaterra que cuando entran en él mayor cantidad de mercancías de las que salen”. El ilustre Bacon, más mesurado, decía lo mismo cuando en 1616 explicaba que “se cuidaría de que la exportación excediese en valor a la importación, pues entonces el saldo debería entregarse necesariamente en moneda o en metal”.

Las frecuentes guerras de ese tiempo le creaban al gobernante la necesidad imperiosa de tener en las arcas de la tesorería una buena provisión de oro y plata. Bastarse a sí mismo es la aspiración a la cual todo lo sacrifica un país que tiene siempre un pie en la guerra. Una balanza comercial favorable se convierte de ese modo en el desiderátum. Si el Estado debía intervenir, lo único que se le pedía era que no lo hiciera en forma arbitraria. Era un movimiento paralelo al del mundo científico, en el que muchos sabios estudiaban apasionadamente el cosmos a fin de que en él no hubiera sorpresas ni golpes del azar.

El comercio era en esa época el que mandaba y habría que esperar un siglo para que la industria ocupara el primer lugar. Pero también la consolidación de esta, como forma suprema de “la riqueza de las naciones”, exigiría por un tiempo la intervención del Estado, mediante el establecimiento de tarifas, el embargo de importaciones, la prohibición de exportar obreros especializados y herramientas, la producción en el país de las materias primas indispensables, la inspección de la calidad de los productos, la fijación de subsidios a quienes establezcan industrias nuevas, tal como lo señala Eric Roll en su erudita *Historia de las doctrinas económicas*. Solo más tarde, una vez consolidada la industria, vendría el auge del *lasezferismo*.

Aquel Estado, aun cuando era intervencionista, le daba muy poca importancia al problema social. La desigualdad entre propietarios y trabajadores, entre ricos y pobres, les parecía a los pensadores y políticos de entonces algo dictado definitivamente por la naturaleza. Se trataba de que unos hombres son ahorradores y ascetas, por lo cual tienen derecho a la prosperidad, y de que otros son holgazanes y dilapidadores, lo que los condena de por vida a la pobreza. Es muy poco por tanto lo que las autoridades pueden hacer en favor de los últimos, ya que los compromisos de ellas son con los propietarios. Estaba bien que estos expulsaran a los labradores de sus tierras para cercarlas; a los desalojados, lo mismo que a los proletarios urbanos, les quedaba el recurso de vender su fuerza de

trabajo como mercancía. El propio Locke, tan dueño de lo que afirmaba, no tenía inconveniente en sostener que el mundo, por el hecho de ser mundo, estaba dividido fundamentalmente en dos clases, la de los ricos, a los que debe impartirse una instrucción que los habilite para manejar tanto sus asuntos como los del Estado; y la de los pobres, cuyo deber es obedecer, y a quienes por tanto solo cumple impartirles algunas enseñanzas, como la de la religión a fin de que sean dóciles, y uno que otro oficio manual como tejer e hilar.

Claro que en la época de Cromwell (siglo xvii) el problema social ya se sentía, por la fiebre acumulativa de los empresarios urbanos y rurales, y de ahí que en el curso de la revolución encabezada por aquel, en orden a obtener la libertad constitucional, se hicieran sentir los *Niveladores* y los comunistas agrarios, pero la época no estaba madura para un cambio social de esas proporciones. El destino de los obreros, de los campesinos y de los aprendices, era el mismo de toda revolución burguesa, como la de 1789 en Francia, ayudar a la derrota de las clases reaccionarias y a implantar la hegemonía de las clases medias. Una filosofía que combinaba el respeto a la riqueza con el respeto a Dios se expresaba así en la pluma de un escritor de esos días: “Si el hombre es afable y religioso, esto es, grande y rico, hará una armonía más dulce y melodiosa en los oídos de Dios que si fuera pobre y de baja condición”.

El siglo xviii o la embriaguez de la libertad

Si el siglo xvii fue el de la consolidación del liberalismo en los países más adelantados, el xviii fue el de su plenitud. Esto se puede ver a través de las enseñanzas de Adam Smith, de las tesis de la escuela fisiocrática y de la monumental obra de los filósofos de la Ilustración.

Acabamos de ver que la escuela mercantilista tuvo muchos elementos de intervencionismo. En el siglo xviii había de ser de otro modo: la producción capitalista se había desarrollado en tal forma que parecía inconcebible que surgiera otra diferente: la acumulación de capital tenía tales dimensiones que todo convergía hacia lo que vino enseguida: la gran revolución industrial. Era lógico por tanto que en el país de mayor progreso, Inglaterra, apareciera el hombre que formulara las leyes de una economía que cuenta exclusivamente con la iniciativa privada y con la libre competencia, y que tiene confianza inquebrantable en una mano invisible que lleva a todas las gentes, aunque en apariencia trabajen solo por su bien personal, a trabajar en realidad por el bien común. Nada distinto esperaba una sociedad que pensaba únicamente en términos de expansión.

Nacido en 1723, Smith, al contemplar lo mucho que su país había realizado y lo muchísimo que aún podía hacer, obró siempre de acuerdo con la idea simple de que hay un orden natural, más sabio que el que pueden crear los hombres. Obrar de acuerdo con ese orden, adaptar a él la organización social y la conducta humana, he ahí la regla suprema de vida. Ese orden, claro está, esas leyes naturales, surgen y se imponen espontáneamente, y por tanto cualquier brote de intervención de la autoridad afecta la armonía universal, altera el equilibrio y disminuye la utilidad económica.

En tales condiciones, era natural que Smith impugnara la escuela mercantilista y echara en su obra capital *La riqueza de las naciones* las bases de otra, la libertad, que tenía en el librecambio el primero de los dogmas. Sería locura desde el punto de vista económico producir en el país un artículo que puede comprarse más barato en el extranjero. El empresario debe tener libertad para que solo acometa la producción de lo remunerativo. Lo primero entonces, es cerrarle a una nación atrasada todo empeño de construir una estructura industrial, pues para hacerlo tendría que recurrir a los procedimientos que Smith considera heréticos: la protección, la creación de privilegios en contra de los intereses de los consumidores, las reglamentaciones, los subsidios. Esa nación debe limitarse por tanto a producir aquello de que la naturaleza lo ha dotado, las materias primas y los alimentos. Así Smith se nos presenta como el economista de los países ya desarrollados, del mismo modo que en el interior de cada sociedad coloca, según veremos, todas sus preferencias del lado de las clases altas.

Según Smith, dentro del orden natural ya mencionado, la conducta humana es movida por seis fuerzas: el amor de sí mismo, la simpatía, el deseo de ser libre, el sentido de la propiedad, el hábito del trabajo y la tendencia a permutar una cosa por otra. La filosofía liberal está encerrada ahí. Al poner la simpatía a continuación del amor a sí mismo, lo hizo sin duda para evitar que este arrastre al individuo a ejecutar actos contrarios al interés de los demás. El sentido de la propiedad, el hábito del trabajo, la libertad contractual y el deseo de ser libre, tienen en Smith una clara connotación capitalista y muestran con elocuencia la manera como él contribuyó a los avances del liberalismo.

El área dentro de la cual puede y debe moverse el gobierno queda trazada de antemano: defender a los nacionales contra la agresión extranjera, prestar debidamente el servicio de justicia para que los negocios puedan desenvolverse, hacer y sostener las obras que, como las carreteras, los puertos, los puentes, sobrepasan la capacidad económica de los particulares, y que son en extremo necesarias; y desde luego algo de educación para aumentar la productividad de la mano de obra. Lo demás debe ser extraño

al sector público, porque si quisiera hacer más, sería tanto como poner en duda la bondad del orden natural.

La obra teórica de Smith fue una obra comprometida con la sociedad de la época y por eso tuvo éxitos inmediatos. En su *Historia de las doctrinas económicas*, Eric Roll anota con razón que entre las fuerzas que libertaron al comercio inglés de las reglamentaciones y que suprimieron los derechos excesivos de importación y los tratados comerciales restrictivos, el papel jugado por *La riqueza de las naciones* fue de primera importancia. Como lo fue en todo lo que se relaciona con el estímulo a la producción. Para el negociante de cualquier género debía tener prestigio sagrado una teoría que le, quitaba a sus actividades toda sombra infamante. Hacer dinero a cualquier precio, acumularlo, se volvió título de buena conducta social, así quedaran maltrechos muchos de los competidores y hubiera lamentos del lado de los asalariados.

Porque estos últimos se llevaron la peor parte en la doctrina de Smith. Reglamentar las condiciones de trabajo, intervenir de cualquier modo en los jornales, era pecado contra el catecismo de la escuela. Por eso se ha dicho con razón que él representaba los intereses de una sola clase. ¿Qué tal, por ejemplo, un sindicato? Eso habría sonado a escándalo, pues era ni más ni menos que un monopolio. Lo mismo podría decirse de la fijación colectiva de los salarios. Para los heridos en la guerra a muerte de la competencia, quedaban algunos socorros en la forma de la beneficencia y de la caridad. La burguesía conquistadora debía contar con una mano de obra resignada, llena del santo temor de Dios, desde luego muy barata y hasta donde se pudiera, productiva.

El culto de la propiedad privada y de la iniciativa individual llevó, con su terrible lógica, a Smith a conclusiones descarnadas, llenas de una despiadada verdad, como la que hace del Estado el ente que se ha organizado históricamente para defender la propiedad. No fue, pues, Marx como se ha dicho, el autor de ese descubrimiento, base de la concepción materialista de la historia. Casi con un siglo de anticipación Smith escribió lo siguiente: “El gobierno civil, en la medida en que está instituido para defender la propiedad, en realidad está instituido para defender al rico contra el pobre, o a los que tienen alguna propiedad contra los que no tienen ninguna”⁸. Otro tanto podría decirse de las enfáticas afirmaciones de Smith en el sentido de que el trabajo es la fuente del valor por lo cual la medida de este es la cantidad de trabajo incorporada en una mercancía.

⁸ Roll, Eric. *Historia de las doctrinas económicas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1955. p. 159.

Los fisiócratas

Pero como observa Laski, Smith no estaba solo. El problema era tan vasto, la evolución en curso tocaba tantos registros, que debían reflejarse en más de una cabeza. El filósofo Hume, el pensador político Burke, aunque de raíz conservadora este último, llegaron a parecidas conclusiones.

Pero son los fisiócratas, los que mejor indican la dirección del pensamiento. Aludiremos a esa escuela, no tanto en sus aspectos económicos, que son los que la definen, como en sus manifestaciones políticas, sobre todo en lo que tiene que ver con la libertad y con las relaciones entre el individuo y el Estado.

Esa eximia pléyade de economistas y de hombres de gobierno no podían aparecer sino en el siglo XVIII y en un país agrícola, como era la Francia de esa época. En ellos volvemos a encontrar la tesis de que la sociedad humana está regida por leyes naturales que ningún legislador de carne y hueso puede modificar. Y cuando surge la pregunta de cuáles son los rasgos esenciales de ese orden natural, viene una respuesta de clara estampa burguesa: ellos consisten en el derecho a disfrutar de los beneficios de la propiedad, en el derecho a buscar el interés personal, siempre que esa libertad no estorbe la de los demás. Pero es en la exaltación de la propiedad de la tierra donde está el meollo del pensamiento de la escuela.

Francia no presentaba todavía los elementos que hacían de Inglaterra una región industrial. La explotación del suelo, actividad predominante a la sazón, llevó a los fisiócratas a la conclusión de que solo la agricultura tiene la virtud de crear un excedente. Muy distante de los mercantilistas, para los cuales la riqueza de las naciones se debe al comercio, los fisiócratas centran su sistema en el cultivo de la tierra. Por eso tampoco podían compartir el entusiasmo que Smith y Ricardo habrían de expresar por la industria.

Como señalan los historiadores de las doctrinas económicas, el análisis central de los fisiócratas se localizó en la búsqueda del excedente, o sea la diferencia entre la riqueza que se produce y la que se consume para poderla producir. Ese excedente lo da la agricultura, por lo cual la magna cuestión que siempre ha preocupado a los economistas, la de saber cuál es el trabajo productivo, ellos lo definieron en el sentido de que solo el trabajo agrícola da el buen resultado de que lo invertido en la manutención del operario y en el empleo de insumos como las semillas, es inferior en término medio a los productos que se obtienen. Smith y Ricardo demostrarían que también en la industria aparece el excedente, pero los fisiócratas sostenían que para poderse dedicar a la industria y al comercio, el hombre necesita resolver la cuestión previa de disponer de una buena cantidad de subsistencias, que solo la tierra puede asegurar.

Pero lo interesante para nuestro estudio es relieves la contribución de los fisiócratas al avance del liberalismo. Ella fue grande, porque para ellos, en lo cual coincidían con Smith, cualquier reglamentación estatal complica el proceso económico y por ende lo hace menos productivo. La intervención en todas sus formas debe desaparecer, para que puedan brillar las leyes de la naturaleza. Reiterando tesis conocidas, ellos aseguraban que si el propietario es libre para perseguir su propio interés acabará necesariamente trabajando por el bien común. Unos propietarios razonables, como se suponía que eran todos en esa época dominada por la fe en la razón, llegarán forzosamente a enmarcar su acción dentro de normas tan sabias y prudentes que toda la comunidad obtendrá beneficio.

¿Que hay males en el mundo? Seguramente. Pero lo que se debe tener siempre presente es que la capacidad de los gobiernos para corregirlos es precaria, pequeña y sujeta a equivocaciones.

Ultima manifestación teórica de una era en que el feudalismo se derrumbaba, la fisiocracia ejerció sobre los grandes acontecimientos que siguieron una influencia que se mantuvo aún en el siglo XIX.

La democracia representativa

A poco de iniciarse la segunda mitad del siglo XVIII, Rousseau expuso en *El contrato social* su sistema filosófico y político al formular la teoría de que el pueblo es el único soberano y de que por tanto solo él puede dictar las leyes, las que son de ese modo la expresión pura de la voluntad general. O sea que Rousseau abogó por la democracia directa, la que tiene vida cuando el pueblo se reúne y da a conocer qué es lo que desea. Esa tesis revolucionaria, dueña de un inmenso poder de seducción, tenía como marco una ciudad pequeña, Ginebra, de la cual Rousseau se declaraba “ciudadano”, en la que era posible que todos los habitantes se congregaran en un solo sitio a formular sus determinaciones, que el gobierno se encargaría de ejecutar. El autor de *El Contrato Social* fue siempre enemigo de la democracia representativa, en la que una entidad, el Congreso, dicta las leyes. Esa enemistad venía de que la voluntad general, según él, es inalienable, indivisible y absoluta, y de que solo pertenece al pueblo.

La evolución social, y sobre todo la magnitud de los Estados nacionales, hacen imposible que el conjunto del pueblo se reúna, y determinan por tanto la impracticabilidad de la construcción rousseauiana, por lo cual el liberalismo hizo suya la fórmula de la democracia representativa, basada en el sufragio, tal como Locke la había diseñado en forma incompleta, que después Montesquieu habría de redondear. Ese tipo de democracia, con la consiguiente separación de poderes, funcionaba

ya en Inglaterra, y fue allí donde Montesquieu la vio en aplicación. Así pudo él publicar en 1748 su obra capital, *El espíritu de las leyes*, que habría de asegurarle puesto de honor en la historia del pensamiento.

La Ilustración

Si aceptamos el dicho de que las grandes épocas son propiedad de una nación, podemos admitir que el siglo XVIII fue francés y alemán el XIX. Con la misma razón se puede afirmar que el XVII fue inglés y ruso el siglo XX.

Continuando en el XVIII, que es el que traemos entre manos, él merece ciertamente ser considerado como francés. ¡Qué combustión en los espíritus, qué fermento de ideas, qué capacidad de la inteligencia para discurrir en términos de cambio! El brillante grupo de la Ilustración ejemplifica muy bien los desplazamientos que experimentaba la nación latina en el campo de las opiniones.

El dominio de la burguesía era ya un hecho social, y solo cabía esperar unos años para que se afirmara el poder real de esa clase, inclusive por la vía de la ruptura revolucionaria. Con la burguesía llegaban al mando no solo determinados estratos sociales sino un conjunto de ideas que tenían que ver con el culto de la razón, con la fe en la supremacía de la ciencia y con la convicción de que en la sociedad humana operaban las leyes del progreso. La lucha contra el antiguo régimen, simbolizado por el poder autoritario, por los privilegios y por las supersticiones, no se iba a adelantar solo en nombre de realidades económicas, como el desarrollo de las fuerzas productivas, sino de un pensamiento filosófico y político imbuido de la idea de que acabamos de hablar.

Los filósofos, o sea los grandes pensadores del siglo XVIII, no descansaban en la denuncia del enemigo contra el cual amotinaban todas las energías: era aquel que decía que la voluntad divina, y no la voluntad general, era la fuente de la autoridad, y para el cual el mantenimiento de la organización social dependía de que en la cúspide de la escala hubiera una crema dispensadora de experiencia, de sabiduría y de *savoir vivre*. Para ese enemigo de las nuevas corrientes, la democracia que proclamaban las clases medias, y desde luego la libertad, iban contra el orden de las cosas, porque acabarían por darle el poder a la chusma y por entronizar la anarquía, ante el alud de apetitos desencadenados.

Como observa el sociólogo norteamericano Horowitz, los filósofos lanzados a la batalla social, se constituyeron en los personeros de las demandas del pueblo, entendido este como el conglomerado que no

forma parte del mundo del privilegio⁹. Defensa de la mujer, defensa de la juventud, y por consiguiente necesidad de reorganizar el sistema educativo, defensa de la libertad de prensa, todo eso y mucho más fue objeto de sus desvelos. Era que el saber ya no se consideraba como derecho de unos cuantos sino como propiedad de todos. Horowitz, quien dedica a los filósofos páginas entusiastas, afirma que algunos de ellos, como Diderot, Helvetius y Condorcet, no se dieron cuenta de que estaban al servicio de determinada clase, la burguesía en este caso, y por eso se comportaron como un sector diferente y unificado, con un programa de reconstrucción social muy distinto del que pudiera presentar otro grupo. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que los filósofos cumplieron un papel revolucionario al contribuir al derrocamiento del antiguo régimen. Fueron por eso intelectuales comprometidos y su compromiso, a sabiendas o no, era con la clase que quería establecer el orden capitalista en vez del feudal.

Por eso emprendieron la tarea, casi sobrehumana por ambiciosa, de escribir una obra que contuviera todo el saber de su tiempo. Ella había de servir de fulminante para prender la mecha de una organización social libertaria. Fue la Enciclopedia. El lema de la burguesía “libre comercio, industria libre y hombres libres” animaba aquellas páginas próceres.

El rol cumplido por el movimiento de la Ilustración lo fija muy bien Horowitz en este párrafo:

Los filósofos enseñaron a la clase media el valor de la ciencia y la virtud de la libertad; representaban efectivamente el espíritu filosófico de la burguesía, no obstante que no representaban el sentido común. Los dos “espíritus” se encontraban en armonía solo porque en ese momento de la historia francesa la burguesía era capaz de hablar por la “humanidad” en general¹⁰.

La Ilustración en Francia se convirtió a sí misma en un movimiento entre intelectuales para asegurarse como fuerza política, “introduciendo la significación de la ideología como factor decisivo en la evolución humana”. Lo mundano de la filosofía de la Ilustración francesa encontró su realización en las ideas de igualdad y progreso. Las palabras de Condorcet proporcionan una manifestación directa de esa circunstancia:

Nuestras esperanzas en cuanto a la futura condición de la especie humana pueden ser reducidas a tres puntos: destrucción de la desigualdad entre las diferentes naciones; el progreso de la igualdad dentro

9 Horowitz, Irving Louis. *Fundamentos de sociología política*. México: Fondo de Cultura Económica, 1977. p. 48.

10 *Ibid.*, p. 51.

de una misma nación y, finalmente, la verdadera mejoría del hombre. Transfiriendo la teoría a la actividad social, los filósofos se convirtieron en los sumos sacerdotes de la futura revolución democrática-burguesa.

Cuando los hombres de la Ilustración se enfrentan a temas como el de la propiedad, aparece el concepto de clase:

Es la propiedad la que hace al ciudadano; todo hombre que tenga propiedades en el Estado está interesado en él, y cualquiera que sea el rango que convenciones particulares le asignen, será en el plan de propietario; es en razón de sus posesiones como debería hablar y como adquiere el derecho de hacerse representar.

Igual sentimiento se afirma cuando la Ilustración se refiere a las clases inferiores. Había que dejarlas, pensaban, que se mecieran en la idea de que son iguales a las otras clases, pero impedirles que llevaran esas ideas a la práctica. Y era lógico: si hay que mantener la propiedad privada, de hecho, la desigualdad se perpetúa. La civilización que se buscaba establecer descansaría sobre el trabajo de inmensas legiones de gentes que no poseen nada. Voltaire lo dijo en el *Diccionario filosófico*:

La raza humana, tal como está, no puede subsistir si no existe una infinidad de hombres útiles que no poseen absolutamente nada: pues es cierto que un hombre próspero no abandonará su propia tierra para ir a labrar la vuestra; y si tenéis necesidad de un par de zapatos no será el secretario del Consejo Privado el que os los va a hacer. La igualdad es, a la vez, la cosa más natural y la más fantástica¹¹.

Algo más: aun cuando la Ilustración iba contra las supersticiones, Voltaire llegó a pensar que era preciso mantenerlas como manera de conservar al pueblo en situación subalterna. Si no existiera el freno de la religión, pensaba él, ¿qué seguridad tendría el amo ante los ataques de odio y de envidia de su siervo? La idea de Dios era necesaria para garantizar el orden social. “¿Qué otro freno se podría poner a la codicia, a las transgresiones secretas e impunes, sino la idea de un Señor Eterno que nos ve y que juzgará hasta nuestros más secretos pensamientos?”¹².

En síntesis, los hombres de la Ilustración, por más entusiastas que fueran de la idea de igualdad, estimaban que es inevitable, más aún, deseable la división entre ricos y pobres. Las Declaraciones de derechos que se expedirían a fines del siglo estarían inficionadas de ese morbo.

Claro que hubo pensadores de la Ilustración que tuvieron clara conciencia de las sinrazones de esa división. Fue el caso de Helvetius, quien como lo

11 Voltaire. *Dictionnaire philosophique*, París: Garnier-Flammarion, 1964.

12 Laski, Harold. Op. Cit. p. 303.

señala Horowitz llegó a tocar los linderos del socialismo utópico. ¿Tienen los pobres en realidad un país?, preguntaba. Y daba esta respuesta:

¿Debe el hombre sin propiedades algo al país donde no posee nada? ¿No favorecerá el extremadamente indigente, estando siempre al servicio de los ricos y de los poderosos, con frecuencia las ambiciones de ellos? ¿Y no tiene el indigente demasiadas carencias para poder ser virtuoso? ¿No podrían las leyes unificar el interés de la mayoría de los habitantes con los de su país, por la subdivisión de la propiedad? Después del ejemplo de los lacedemonios, cuyo territorio estuvo dividido en treinta y nueve mil lotes y repartido en treinta y nueve mil familias que formaban la nación, no podría asignarse, en caso de excesivo incremento de habitantes, una extensión mayor o menor a cada familia, pero ¿siempre en proporción del número de personas que la componen?¹³.

Y en esa época en que tanto se hablaba de leyes, Helvetius hacía consideraciones sensatas como esta:

La multiplicidad de las leyes, frecuentemente contrarias entre sí, obliga a las naciones a emplear a ciertos hombres y corporaciones de hombres para interpretarlas. ¿No será que estos hombres o corporaciones de hombres, encargados de su interpretación, cambian insensiblemente las leyes y las convierten en instrumentos de su ambición? Y finalmente, ¿no nos enseña la experiencia que donde hay muchas leyes hay poca justicia?¹⁴.

Sumergido en una corriente superior a sus fuerzas, sin una clase trabajadora organizada y consciente que recibiera su mensaje, Helvetius no podía hacer más de lo que hizo: dejar un testimonio de que sus miras iban más allá de las que prevalecían entre sus compañeros y de que veía nítidamente las limitaciones del movimiento de que formaba parte.

Las declaraciones de derechos

El largo recorrido descrito en estas páginas habría de rematar triunfalmente en las dos revoluciones del último cuarto de ese siglo, la norteamericana y la francesa. Ambas recogieron el legado de ideas que se habían ido decantando, las mismas que se impusieron después en América Latina. De ese legado victorioso destacamos los dos aspectos, estrechamente conectados entre sí y que tienen que ver con nuestro estudio: el constitucionalismo y las declaraciones de derechos.

¹³ Horowitz, Irving Louis. Op. Cit. p. 63.

¹⁴ *Ibid.*, p. 64.

Los elementos que integran el constitucionalismo son estos:

- a) Un sistema en el cual el pueblo se gobierna a sí mismo y qué emana de una amplia discusión y decisión en las urnas;
- b) el poder de todos los funcionarios está limitado por los derechos fundamentales reservados a ese mismo pueblo;
- c) todos los magistrados que ejercen el poder son escogidos directa o indirectamente por los electores, y
- d) esas personas elegidas, por lo mismo que tienen poderes limitados a cierto número de años, están automáticamente sometidas a la confirmación o no de la confianza en elecciones que se efectúan periódicamente¹⁵.

En cuanto a derechos, la Declaración Norteamericana habla de que todos los hombres nacen iguales y de que han sido dotados por el Creador de ciertos derechos inalienables, entre los cuales están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. Y para asegurarlos, los gobiernos se constituyen sobre la base de que derivan sus poderes del consentimiento de los gobernados (punto a) del constitucionalismo y de que cuando quiera que un régimen se convierte en destructor de los bienes trazados, el pueblo tiene derecho a alterarlo o abolirlo y a instituir uno que interprete su voluntad.

La Declaración Francesa establece que los derechos del hombre son la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión. La diferencia entre los dos textos es grande, pues el francés menciona expresamente la propiedad, cosa que no hace el norteamericano, el cual en cambio pregona “el derecho a la felicidad”. Es una concepción distinta de las dos civilizaciones y culturas, explicada por un historiador norteamericano, citado por Charles A. Beard, el cual dice que los filósofos franceses eran en el fondo unos pesimistas, por lo cual pensaban que la felicidad es inalcanzable en este mundo. Esa era la enseñanza cristiana, la cual promete eterna dicha después del tránsito por este valle de miserias. Consecuente con esa idea, los franceses no acogieron la proposición de La Fayette quien, impresionado por su experiencia en Norteamérica, les propuso a sus compatriotas una declaración en la que figuraba como derecho la búsqueda de la felicidad. En cambio, el optimismo desbordante de los colonizadores de lo que hoy son los Estados Unidos, su condición de pioneros en un país-continente, las hazañas a que invita la constante ampliación de la frontera, los predisponían a pensar en la felicidad como uno de los bienes terrenales y

¹⁵ Beard, Charles A. *The Republic*. Nueva York: The Viking Press, 1945, p. 16.

a disminuir la importancia de la propiedad. Y viéndolo bien, al tratarse de una organización burguesa, ¿qué urgencia había en remachar el concepto de la propiedad?

El rasgo común de esas declaraciones es su individualismo. Fieles a la tradición de escuelas como la fisiocrática, los constituyentes pensaron que el orden natural se realiza por la búsqueda libérrima del interés del individuo. Nada de obstáculos que se opongan al logro de libertades como las económicas, es decir, la de trabajo, la de comercio y la de industria. En estas formulaciones de derechos del siglo XVIII encontramos la imponente presencia de Rousseau. Como advierte el profesor Vedel de la Universidad de París, del filósofo de Ginebra venía la demostración rigurosa de derechos independientes de la sociedad y del Estado¹⁶. Por eso son derechos naturales, es decir, que nada le deben a las convenciones de los hombres y a la benevolencia de la autoridad. *El Contrato Social* se abre diciendo: “El hombre es libre”. La declaración francesa de derechos expresa en su artículo primero: “Los hombres nacen y permanecen libres”.

¿Pero contra quién es necesario defender a ese hombre para que siempre sea libre? Aquí viene una de las limitaciones del pensamiento de Rousseau. Él contestaba diciendo: no contra la ley, que por ser expresión de la voluntad general no puede oprimir al individuo. El peligro viene del ejecutivo, que es un poder a través del cual se manifiesta una voluntad particular. Rousseau no vio lo que vemos hoy: que también la ley puede ser opresiva, y que las minorías están siempre a merced de las mayorías. De todas maneras, del autor de *El Contrato Social* tomó mucho el liberalismo para hacerse el campeón, según hemos visto, de las amplias facultades del legislativo y de las restricciones de las que incumben a la rama ejecutiva.

Conclusiones

El liberalismo, según hemos señalado, se formó de un modo aluvional. Cada época, cada región y cada pensador, aportó algo a su estructuración como doctrina política. En el siglo XVIII, a los doscientos años de iniciado el proceso de formación, tenía cuerpo y alma. Estaba por tanto en condiciones de ser artículo de exportación.

A América Latina llegó en la misma centuria por intermedio de España. La monarquía liberal de Carlos III hizo de agente propagador en esta parte del mundo, pero hubo que esperar hasta el siglo siguiente para

¹⁶ Vedel, Georges. *Cours de Droit Public*. París: Cours de droit, 1950-51. p. 20.

que esa escuela de pensamiento se encarnara en un partido político, es decir, en una institución que pudiera presentar su candidatura a la dirección del Estado. Fue eso lo que ocurrió en la Nueva Granada en 1849. El nuevo partido no tuvo que aguardar mucho tiempo, pues en el mismo año asumió, a través del General José Hilario López, las responsabilidades del gobierno.

En otro trabajo afirmamos que con base en las influencias exteriores y en la reflexión de hombres como el doctor Ezequiel Rojas, quien redactó el programa de la nueva colectividad, esta, como sucedió en la Europa Occidental y en los Estados Unidos, se hizo adalid de las siguientes reivindicaciones³⁷:

- a. Abolición de la esclavitud;
- b. Libertad absoluta de imprenta y de palabra;
- c. Libertad religiosa;
- d. Libertad de enseñanza;
- e. Libertad de industria y comercio, inclusive el de armas y municiones;
- f. Desafuero eclesiástico;
- g. Sufragio universal, directo y secreto;
- h. Supresión de la pena de muerte y dulcificación de los castigos;
- i. Abolición de la prisión por deudas;
- j. Juicio por jurados;
- k. Disminución de las funciones del Ejecutivo;
- l. Fortalecimiento de las provincias;
- m. Abolición de los monopolios, de los diezmos y de los censos;
- n. Libre cambio;
- o. Impuesto único y directo;
- p. Abolición del Ejército;
- q. Expulsión de los jesuitas.

Ese trasplante tenía sin embargo vicios originales de gran magnitud. El liberalismo europeo, tal como lo hemos expuesto, tuvo su asiento en un sistema económico que significó inconmensurable progreso humano, el capitalismo, y una clase social que le dio forma y lo impuso: la burguesía. En la Nueva Granada no teníamos en aquel momento ni ese sistema ni esa clase. Ocurrió entonces que los sectores en capacidad de absorber la nueva doctrina fueron los intelectuales, los artesanos, la vasta capa de comerciantes y los escasos profesionales. De ahí el carácter popular que

17 Molina, Gerardo. *Las ideas liberales en Colombia, 1849-1914*. Bogotá: Tercer Mundo, 1970, p. 26.

tuvo el liberalismo al comienzo y que duró unos años. Pero el poder real estaba en otra parte: en la aristocracia proveniente de la Colonia, en los señores de la tierra, en los dueños de esclavos y en los militares que venían de las guerras de independencia. Las mesnadas rurales obedecían las órdenes del propietario o del cacique, y los bajos fondos de las escasas ciudades, carecían de antecedentes de formación política. No eran ciudadanos sino súbditos. Declaraciones deslumbrantes como la libertad absoluta de imprenta y de palabra y la del sufragio universal, muy poco les decían a esas masas por la imposibilidad intelectual y material de ejercer esos derechos. La democracia que el liberalismo postulaba era una democracia sin el pueblo, aristocrática, en la cual los avances doctrinarios que se hacían eran más concesiones de arriba que conquistas de abajo. Todo estaba organizado para que de esas libertades hiciera uso solo una minoría.

Por falta de una burguesía con sentido del desarrollo, no se podía esperar que el liberalismo constituyera aquí una batida en regla contra el orden feudal de la tierra. Este había de seguir indefinidamente, pues no puede llamarse revolución antifeudal la desamortización de bienes de manos muertas decretada poco después, porque es sabido que esos bienes, tan pronto como salieron al mercado libre fueron rematados por quienes tenían capacidad económica de hacerlo, de modo que lo que hicieron fue fortalecer el latifundio. De ese modo el liberalismo dejó de cumplir en Colombia su tarea histórica: hacer la revolución democrático-burguesa.

Si alguien se hubiera preguntado en esa época en qué etapa de la civilización nos encontrábamos, habría tenido dificultad en contestar. En extensiones considerables vegetaban comunidades que se emparentaban con las que habían encontrado los españoles, otras que correspondían a formas de esclavismo como acontecía en el trabajo de los campos o de las minas, los de más allá se enmarcaban en la servidumbre. En las zonas urbanas había rudimentos del capitalismo, caso del comercio, y mucho de explotación individual o familiar de pequeños talleres, o sea el artesanado, y desde luego la manufactura.

Aquí viene otra incongruencia: en occidente el liberalismo operaba dentro de los marcos del Estado nacional; como expresión de una sociedad integrada. Aquí esa integración no era posible, por las fronteras económicas y raciales, aún lingüísticas, entre las provincias y regiones, las que por el atraso de las vías no podían comunicarse. Una orden de Bogotá llegaba difícilmente a Panamá o al viejo Cauca. Y para colmo de los desvaríos, a poco se estableció el régimen federal, que era una manera de debilitar al Estado y de impedir la unidad nacional. Faltaba por tanto la voluntad de

vivir juntos de que habla Renán como precondition de la nacionalidad, ese sentimiento de pertenecer a un todo superior, en este caso la patria, concepto no bien formado en aquellos tiempos. Era lógico entonces que el poder político no funcionara a base de instituciones, forma elevada de la civilización, sino que tuviera más bien un carácter individualizado, en el que la voluntad de un caudillo civil o militar tenía más fuerza que las leyes dictadas en el Congreso, y en cuanto a la justicia que el peón conocía, no era la impartida por la rama jurisdiccional del Estado sino la que administraba discrecionalmente el hacendado.

El hecho es que aún hoy, en el último cuarto del siglo xx, los convulsionados y castigados pueblos de América Latina, suspiran por la vigencia, entre otros, de los principios políticos que el liberalismo universal acuñó en su larga marcha: constituciones escritas, elecciones libres y sinceras, separación efectiva de los órganos de poder y garantía de los derechos que tutelan al ser humano. Aquellas naciones a las cuales les ha ido menos mal tienen que contentarse con una forma de democracia, la democracia restringida, que no fue la prometida en los buenos tiempos del liberalismo.

En tales condiciones, fue una hazaña, un golpe favorable de los dados el que el liberalismo, como manera de pensar y de organizar la vida en común, hubiera subsistido.

II. El liberalismo moderno

Gerardo Molina junto con Nelly Aparicio, Jaime Jaramillo y Álvaro Tirado Mejía. ►
Finales de los 70



El liberalismo que acabamos de describir es el clásico. Pero era imposible que él siguiera rigiendo en un período turbulento, cuajado de guerras locales y mundiales, de crisis y de tensiones como el que ha conocido la humanidad en los últimos sesenta años. Por eso, sin abandonar puntos básicos como la defensa de las libertades y derechos del hombre, el liberalismo de hoy difiere del anterior en materia grave. Sin denominación que haya sido aceptada universalmente, podemos usar la de liberalismo moderno, y su esencia consiste en que ensancha y profundiza la democracia política, que fue la contemplada por el de carácter clásico, y en que le da a la democracia económica y a la democracia social una atención desconocida antes. El presidente Giscard d'Estaing quien a pesar de su concepción aristocrática de la sociedad y de la vida, trata de acercarse a esta nueva versión del liberalismo, expresa una idea parecida al decir que en el pasado solo se hablaba del poder político, mientras que hoy se ve que el poder es también económico, social y cultural¹⁸.

Fueron sin duda el crecimiento cuantitativo y cualitativo de las masas, por obra de la industrialización y de la urbanización, con la correspondiente demanda de mayor bienestar, la alteración en todos los órdenes de la existencia como resultado de la primera guerra mundial y el triunfo del socialismo en la sexta parte del planeta, el avance de las ideas igualitarias que viene con toda conmoción de tipo revolucionario, fueron estos, repetimos, los factores principales que determinaron la revisión de muchas ideas políticas, fenómeno de apertura que puede señalarse hacia 1920. ¿Como no habían de exigir esas masas una recompensa, siquiera parcial, para los sufrimientos experimentados durante los cuatro años de la conflagración? ¿Cómo no habían de pedir mayor participación en los frutos que traería la etapa de civilización que se iniciaba? ¿Podrían las funciones del Estado continuar siendo las mismas?

La democracia política, o sea la que tiene relación con la manera como se constituyen los gobiernos y como los electores controlan su

¹⁸ *La república moderna*, p. 99.

ejercicio, fue la primera en sentir el contragolpe de los nuevos procesos. En Alemania, por ejemplo, al derrumbarse el Imperio, se dio a todos los ciudadanos el derecho de elegir al Presidente de la República; en ese país y en otros aumentó la representación de los trabajadores en el Parlamento, con lo cual se abrió el camino para que en Inglaterra hubiera a los pocos años, por primera vez, un gobierno laborista; el rol de los partidos de izquierda fue mayor, aunque como derivado de la victoria revolucionaria en la Unión Soviética hubiera sobrevenido la escisión en el movimiento obrero internacional entre socialistas y comunistas; los sindicatos vieron acrecida su influencia, lo que unido a lo anterior significó para el pueblo la posesión de parcelas de poder y de una mayor capacidad de negociación. Esto quiere decir que el Estado debió ocuparse no solo de las cuestiones tradicionales, organización institucional, política extranjera, obras públicas y relaciones con la Iglesia, sino de las que tienen injerencia en la vida diaria de las gentes. Así se vio que el problema de las libertades no podía abandonarse al vaivén del dejar hacer, sino que exigía la acción de la autoridad pública, sobre todo en las que tienen que ver con las funciones económicas. La estructura pluralista del Estado y de la sociedad fue un hecho, y eso quería decir que la democracia política adquiriría nuevas dimensiones.

Igual fenómeno se vio en el dominio de la economía. El hombre común se preguntaba si la democracia que acababa de imponerse en las trincheras no había de sentirse en las empresas industriales, sustrayéndolas al imperio absoluto del patrón para darle participación al trabajador en el manejo de ellas. Por eso apareció la tesis del control obrero, la que en el fondo implica el abandono por el asalariado de su papel pasivo en la conducción del negocio para adquirir al menos uno de supervigilancia. Era el comienzo de la democracia económica. Una manifestación de ella la encontramos en Alemania, donde se impuso la reivindicación del control obrero, el que se mantuvo hasta 1934, cuando fue eliminado por Hitler.

Una transformación monstruosa y preocupante en el orbe económico exigía una función activa del trabajador y desde luego del Estado. Nos referimos a la consolidación del monopolio y del cuasimonopolio. El liberalismo clásico solo había tenido a la vista pequeñas y medianas unidades de explotación, por lo cual pudo desentenderse de la tarea de la intervención estatal en dicha esfera. Ese liberalismo pensaba que la libre concurrencia resolvería cualquier desajuste, en la forma que más conviniera a la armonía social. Con el monopolio y el oligopolio las cosas son distintas: esos gigantes determinan a su antojo la política de precios y de calidades, y algo más ofensivo, que confina ya con el delito, y es el malthusianismo

económico, o sea la disminución calculada de la producción para dar lugar a escaseces, y así en la crisis de 1930 hubo destrucción de cosechas, incendio del café y del algodón, desnaturalización del trigo, etc., ante la cólera impotente de los consumidores.

Otra circunstancia que demuestra la obsolescencia del ideario liberal clásico es la aparición y reiteración de las crisis, las que son el índice de que se ha producido mucho o de que se ha producido muy poco, es decir, que ya no funciona el mecanismo del mercado, sapiente regulador de la oferta y la demanda. Y la experiencia del último siglo enseña que el equilibrio no se restaura como resultado del juego de la iniciativa libre, sino que es preciso suscitarlo por medio del trabajo de las agencias gubernamentales.

De estas realidades se han desprendido ciertas posturas del pensamiento que se resumen en la crítica al capitalismo, crítica que ha llegado en unos casos a la eliminación de ese sistema y al ensayo de la planeación centralizada y obligatoria, y en otros a la adopción de la planeación meramente indicativa, o sea la que establece previsiones para las industrias claves y busca convencerlas para que hagan lo necesario a efecto de que se realicen esas previsiones, sin cambiar el sistema.

Pero no fueron el control obrero y la prevención de las crisis las únicas manifestaciones de democracia económica. Ante desórdenes como los que acabamos de mencionar, se llegó a pensar después de los años 20 que lo mejor era sustraer al resorte privado ciertas actividades que se juzgaban primordiales para la comunidad. Fueron las nacionalizaciones. El crédito, los seguros, los transportes, las industrias químicas, no dan rendimiento social si continúan en manos de particulares. En la Constitución de 1946, Francia consagró este sabio principio: "Todo bien, toda empresa cuya explotación tenga o adquiera los caracteres de un servicio público nacional o de un monopolio de hecho, debe convertirse en propiedad colectiva". Engrosar con todas estas actividades al sector público, darle participación en ellas a los usuarios, al factor trabajo, aparecían como otras tantas evidencias a medida que avanzaba la reflexión política.

Inclusive se pensó que había necesidad de dirigir el consumo, aun dentro del sistema capitalista. El profesor Émile James de la Universidad de París, quien en sus cursos de 1949 y 1950 sobre Economía Social hace observaciones muy atinadas sobre estas cuestiones, señala que no es cierto que el sujeto económico conozca su verdadero interés y lo busque a toda hora¹⁹. Así, aun en países muy cultos, se ve que la demanda se orienta hacia objetos sin ninguna utilidad, objetos de pura ostentación. Esto se evidencia ahora

¹⁹ James, Émile. *Cours d'économie sociale comparée*. París: Cours de droit, 1950. p. 96.

en la sociedad de consumo, en la que el individuo, por el efecto de la imitación, adquiere lo superfluo, lo baladí. Bernard Shaw alcanzó a percibir esto cuando escribió: “Los hombres no buscan ni lo útil ni lo confortable buscan la vulgaridad rica”. En todo esto se esboza una tarea nueva del Estado y de las otras fuerzas organizadas: orientar de un modo inteligente la producción, la distribución y el consumo.

Democracia política, democracia económica... ¿pero no habría llegado el instante de extender estas modernizaciones al plano social? Fue eso lo que apareció con luz resplandeciente. Lo primero que hicieron los interesados, es decir; los trabajadores, fue afirmar que ante los nuevos hechos no podían tenerse en pie las enseñanzas del liberalismo tradicional, según las cuales los salarios se fijan de acuerdo con el ritmo de la oferta y la demanda, en un terreno exento de presiones. La revisión de conceptos, propia de toda hora de tipo revolucionario —y aquella lo era— hizo pensar que dicha fijación debe hacerse teniendo en cuenta las exigencias de la condición obrera, sus necesidades no solo materiales sino culturales, y lo que ordena la justicia social. El ejemplo de los Estados Unidos donde se había demostrado prácticamente que el alza de los jornales no perjudica el desarrollo de la producción ni las exportaciones, como no determina necesariamente el aumento de los precios, venía en apoyo de los nuevos planteamientos. Decían también los trabajadores que les asistía el derecho a estar a cubierto de los riesgos de enfermedades profesionales, de invalidez, etc., y sobre todo de uno que se ha vuelto el suplicio de los que viven de su esfuerzo: la desocupación. El espectro de la crisis de los años 30, con sus legiones de parados, planeaba sobre aquellos como una visión lúgubre. Por todo el mundo occidental se extendió la reivindicación suprema: el pleno empleo.

Convertidos los asalariados de la sociedad industrial en grupo de presión, gracias a sus organizaciones sindicales, a las cooperativas y a sus partidos propios, procedieron a darle curso a todas aquellas demandas que venían del siglo anterior, represadas hasta entonces, y que pueden resumirse en la frase de lucha por mayor bienestar. Era la democracia social que los sajones llaman *Welfare State* (Estado para el bienestar), y que equivale a gobierno para el pueblo, en la siempre citada definición de Lincoln.

Estas tendencias hacia el remozamiento de la democracia política y la consagración de la democracia económica y de la social, se expresaron en la consigna que alcanzó gran valimiento: la de las reformas de estructura. Se decía implícitamente que las reformas a la antigua usanza no eran suficientes ante males y desajustes tan hondos como los que padece el hombre

contemporáneo. Se necesitan unas reformas más radicales, que afecten los pilares mismos del edificio colectivo. Hablar de control obrero, de nacionalizaciones, de seguridad social, de participación de la clase trabajadora en los organismos de planeación, es salirse del estrecho lenguaje reivindicativo de antes para emplear uno que en el fondo quiere decir remodelamiento de la sociedad.

El liberalismo se dio cuenta de esas transformaciones en curso y procedió a renovar su ideología. Pero aunque enriqueció su vestuario con algunas prendas socialistas, aunque renovó su vocabulario para darle un nuevo valor simbólico a ciertas palabras, lo que hace pensar a muchos que la evolución fue mayor de lo que significó realmente ese liberalismo se siguió moviendo en lo básico sobre las líneas de antes: defensa de la propiedad privada sobre los medios de producción, de la que apenas se admitía que debe tener una función social, respeto a la ganancia como elemento motriz de la actividad económica y consideración del Estado como entidad situada por encima de las clases.

Esto lo vemos muy bien en expositores como Keynes y en hombres de Estado como Roosevelt y Kennedy que supieron aprehender el significado de la evolución que se cumplía. Su obra, en cualquier plano en que se desarrollara, representaba la modernización del liberalismo, y de ahí su dilatada influencia, pero en lo que mira al capitalismo vieron que su tarea era reformarlo a fin de que siguiera en pie. A su juicio ese sistema económico estaba en crisis, pero esa crisis no era una agonía. Había que insuflarle nuevos alientos, y así lo hicieron.

Las ideas de Keynes

El libro básico de Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, apareció en 1936, pero el prestigio del autor ya se había consolidado, gracias a otras publicaciones y sobre todo a su labor en la cátedra. Marcado por la crisis de 1929, sobre todo por el espectáculo de los dos millones de desocupados que llegó a haber en Inglaterra en 1932 y 1933, él se dedicó a indagar su génesis y el modo de que no se repitiera, o al menos a ver cómo se reducían sus efectos devastadores. El punto de partida de su análisis era preciso: no había que esperar de los mecanismos automáticos la salud social, en dominios vitales como el de la ocupación plena. De ese modo justificaba una resuelta intervención del Estado. Haciéndose eco de lo que hemos dicho sobre la retribución del trabajo, Keynes se constituyó en personero del alza de los salarios, pues la conclusión hacia la cual se encaminaba era la de que ese aumento es requisito ineludible de la elevación

de la demanda efectiva, y por medio del progreso de esta se excita a que haya mayores inversiones y por ende, ocupación total.

Cuando Keynes hablaba de elevar la tasa de las inversiones, pensaba sobre todo en las públicas. Era, pues, una apelación al Estado. Que este emprenda grandes obras, aunque parezcan inútiles, pues lo que importa es darle poder de compra a las gentes. A las obras públicas de envergadura les atribuía la virtud de efectuar una nueva distribución del ingreso, lo cual es indispensable para sacar a la economía del marasmo. A Keynes, amigo del aumento del dinero en circulación, no le preocupaba mucho que hubiera cierto grado de inflación y descenso de los salarios reales. Lo que importa es que suban los nominales, pues son ellos los que indican el avance del poder adquisitivo, y por tanto, la reanimación de la economía, con la consecuencia feliz de más ocupación.

Llevado por el afán de aumentar la demanda efectiva, Keynes preconizó una política fiscal que propendía por la distribución más equitativa del ingreso, a base de altos impuestos para los propietarios, lo mismo que una encaminada a la baja del interés del dinero. Al poder público era a quien competía tomar medidas en esta dirección. Todo ello serviría para animar los niveles de producción y de empleo de la mano de obra. Su crítica más vehemente al capitalismo era la de que en su giro habitual provoca la insuficiencia de la demanda efectiva. La tendencia a ahorrar le parecía desastrosa, sobre todo cuando llega a confundirse con el atesoramiento, que es el polo opuesto a la inversión. El distanciamiento entre ahorro e inversión le parecía sinónimo de desastre, pues por los mecanismos del sistema capitalista aquel foso tiende a ensancharse en vez de disminuir, con el resultado catastrófico del descenso de las inversiones.

Elevación de los salarios, bajas tasas de interés, ocupación plena, aumento de las inversiones, escepticismo acerca del poder de los mecanismos estabilizadores automáticos, todo eso implica la reacción contra el modo de pensar clásico, pues transparenta una invencible desconfianza hacia la iniciativa privada y la correspondiente creencia en la misión activa del Estado. La guerra mundial que estalló en seguida implicó la aceptación práctica de las tesis de Keynes por muchos gobiernos, pues vino el desarrollo de los controles oficiales sobre la producción y la distribución. Fue un dirigismo con el cual aquel no había soñado.

Para las conclusiones que estamos buscando, es suficiente decir que las ideas del esclarecido economista inglés fueron aceptadas no solo por la mayoría de los liberales de ese país sino por los de otros, que vieron en ellas el correctivo oportuno a muchos de los defectos del capitalismo, pero sin

abandonarlo. En los predios conservadores, especialmente en los adictos a la libre empresa, la ocupación plena como ideal supremo solo es aceptable si se alcanza por el procedimiento clásico de los salarios bajos. Pero ese ideal, realizado por los medios que recomendaba Keynes, es decir, a través de jornales altos y de aumento del poder sindical y de la misión del Estado, lleva inexorablemente, según los hombres de la derecha, al detestable socialismo.

La política de Roosevelt

Si de la esfera teórica pasamos a la política gubernamental, encontramos las mismas o parecidas directrices. El presidente Roosevelt, coetáneo y amigo de Keynes, coincidió con este en muchos de sus planteamientos, y seguramente aplacó su sed de información en los escritos del profesor de Cambridge. Poco antes de ocupar la Presidencia de la República por primera vez en 1933, Roosevelt, como gobernador del Estado de Nueva York, impresionado por la crisis mundial, había concluido que el capitalismo para sobrevivir necesitaba un tratamiento enérgico. En párrafos, como el que se cita a continuación, en el que habla de la necesidad de la planeación; se ve la postura del liberalismo moderno:

Esta situación ha sugerido a muchos que se necesita un nuevo factor en nuestra vida económica, y que este nuevo factor debe obtenerse de la utilización de nuestra experiencia e ingenio en proyectar y organizar planes concertados para el mejor empleo de nuestros recursos, y la mejor estructuración de nuestra vida social y económica en general.

Ya como presidente, uno de sus colaboradores más cercanos, el Secretario del Interior, Ickes, expresó el sentido de la nueva administración al decir: “El derrumbamiento de la vieja economía nos ha forzado a considerar, como nunca se hizo, la responsabilidad adquirida por el gobierno. Sabemos ahora que tenemos que considerar un nuevo orden social”.

A Roosevelt no se le ocultaba que quebrantos tan serios como el que padecía en esos momentos la economía mundial, se debían en mucha parte a la libertad de que habían disfrutado los empresarios, tan desmedida, que los había llevado al abuso. Su política quedaba definida: era urgente, y el *New Deal* estaba saturado de esa convicción, subordinar los intereses privados a los públicos, mediante la vigorización de las atribuciones del gobierno federal. Para eso abogó por los subsidios a la agricultura, por la elevación de los impuestos a fin de que el Estado pudiera emprender obras, por el apoyo a las pequeñas empresas y por la construcción en masa de viviendas. El mito venerable del equilibrio presupuestal no ejerció ninguna

fascinación sobre Roosevelt: cuando hubiera necesidad de recurrir al déficit debería hacerse, sin sufrir complejos. Lo importante era un ejecutivo fuerte, bien provisto de recursos, que atendiera las inversiones y que creara o ayudara a crear empleos.

Esta política no podía adelantarse dentro de la incoherencia propia del liberalismo de libre empresa. El socialismo había demostrado tener en sus panoplias armas suficientes para combatir ese mal, y Roosevelt, dejando a un lado toda actitud pudibunda, apeló a ese modelo para adaptarlo al orden capitalista. Era la planeación, la que fue ensayada tanto a nivel federal como regional. Todo esfuerzo apto para salir del marasmo, cualquier tentativa de reanimar la producción y el consumo a base de buscar el equilibrio entre necesidades y recursos, era bien recibida por una comunidad todavía adolorida a causa de recientes perturbaciones.

Estos prospectos de reanimación económica no podían ignorar el mundo del trabajo. En lo más duro de la crisis, Roosevelt había propuesto la asistencia a los desocupados. Ahora había que garantizar la ampliación de la seguridad social, la ayuda a los ancianos y el aumento del poder de negociación de los Sindicatos. Dentro del espíritu que se creó fue posible hacer aprobar la ley que llevó el nombre del senador Wagner sobre la intervención del Gobierno Federal en las relaciones industriales, ley que le daba a las asociaciones de trabajadores señalada importancia.

El presidente batallaba en todos los frentes: para movilizar al Congreso, para amortiguar el golpe que le dio la Corte Suprema en 1935 al declarar inexecutable la ley sobre planeación en la agricultura y en la industria, para atraer a su lado la opinión pública y para neutralizar un capitalismo voraz que veía en Roosevelt un enemigo, cuando este lo que buscaba era salvarlo del naufragio.

Esta actitud liberal la trasladó el presidente a las relaciones internacionales. De ello dan testimonio el sobresaliente papel cumplido por los Estados Unidos, bajo la conducción de él, en la guerra contra el fascismo, y la política de no intervención y de buena vecindad —cara amable del imperialismo— que tanto contribuyó a disminuir las tensiones entre América Latina y la potencia septentrional.

Trenzado en mil combates, Roosevelt recibió la adhesión de sus compatriotas, hasta el punto de que por reelecciones sucesivas murió en el desempeño de su cargo, lo mismo que el homenaje de los liberales, de todos los países, que vieron en él un renovador de la doctrina y uno de esos hombres que sobrevienen a veces en el decurso de la historia cuando se trata de formular con claridad lo que las gentes perciben de manera confusa.

Las ideas de Kennedy

La formulación de un nuevo liberalismo tuvo otro vocero elocuente en un juvenil hombre de Estado, John F. Kennedy, formado en el surco abierto por Roosevelt. Desde temprano él se situó donde debía, cuando dijo que entendía el liberalismo como un programa económico y social. En el desempeño de la presidencia tuvo más de una vez la oportunidad de demostrar que esa definición no era solo para los discursos. Sin duda la ocasión más espectacular fue cuando le tocó medir las fuerzas del gobierno con las de los barones del acero. Acostumbrados estos, como todos los empresarios, al ritmo pausado y blando de la administración Eisenhower, que equivalía al dejar hacer, creyeron que por su exclusiva voluntad podían subir los precios del producto. Cuando se decidieron a hacerlo, el presidente, que sabía la importancia de ese metal en la determinación de los costos de producción, comprendió que se trataba de un hecho que planteaba de una vez por todas el dilema: ¿Quién manda, los magnates de la industria o el poder central? La empresa más destacada entre las que explotaban ese rubro, la United Steel, aumentó los precios en seis dólares la tonelada, medida que fue imitada en seguida por la Bethlehem Steel, al tiempo que otras se preparaban para seguir el ejemplo. Se entabló así una lucha dura, cuerpo a cuerpo. El presidente unificó su equipo de trabajo, excitó a la opinión y dispuso que se tomaran providencias como la de que el Ministerio de Defensa pasara los pedidos a las firmas que mantenían los precios anteriores. Desconcertados ante la energía del gobierno —arrogancia del poder en el buen sentido de la palabra— los negociantes del acero tomaron la retirada y comprendieron que su fuerza era menor de lo que su vanidad y tradición les decían.

Kennedy se comportó siempre como keynesiano. En 1952, cuando ya se delineaba su deslumbrante y trágica carrera, decía en un reportaje:

La política ideal consiste en crear un poder de compra que permita absorber nuestra productividad en alza... se llegará a esto, sea manteniendo los gastos públicos, sea disminuyendo los impuestos... no importa cómo para poner a la disposición del mercado un poder de compra suficiente y es claro que esos dos métodos serán operantes. Si el desempleo se mantiene, entonces yo sería partidario de desequilibrar el presupuesto, no demasiado, como para acarrear una conmoción económica seria, sino suficiente para mantener un nivel de prosperidad razonable. Si llegáramos a una recesión, una de las medidas que habría que tomar sería evidentemente la de aumentar los gastos públicos como lo hicimos en los años 30²⁰.

20 Schlesinger, Arthur M. *Les 1000 jours de Kennedy*. París: Denoël, 1966. p. 557.

La recesión, en pleno furor cuando Kennedy llegó a la Casa Blanca, y que se cifraba en febrero de 1961 en un 8.1% de desocupados, no daba espera. En el curso de la campaña por la presidencia él había prometido crear 25000 empleos por semana. Los procedimientos que adoptó se salían de la ortodoxia: fortalecimiento de la inversión pública y estímulo a la privada, alzas de impuestos, déficit presupuestal cuando fuera necesario, educación de la mano de obra en vista de la automatización creciente, ayudas especiales a las regiones víctimas de los avances tecnológicos, etc. Lo que se buscaba era fácil de descubrir: aumento de los empleos y de la capacidad de compra de vastos conglomerados. La meta de la expansión la fijó el presidente en 5% al año. Como se ha visto, Kennedy no desdeñaba la inversión privada, “clave, según él, de nuestra economía de libre empresa”, pero entendía que era la inversión pública la que debía darle el golpe de espuela al proceso económico. Kennedy, en todo caso, se situaba a mil leguas del pensamiento de los economistas obsesionados por el temor a la inflación, lo mismo que del pensamiento de un conservador como Eisenhower, para quien el gasto público era un pecado. Desde luego la distancia entre los dos hombres era mayor en el ámbito social, pues Kennedy postulaba el alza de los salarios mínimos garantizados, la ampliación de la seguridad social, la aceleración de la construcción de viviendas baratas, el subsidio a los desocupados y a los hijos de estos y otras medidas similares. Todo se ordenaba, repetimos, a mejorar el poder de compra de los individuos y a distribuir el ingreso.

Kennedy vivía muy interesado en los ensayos de planeación indicativa que se hacían entonces en la Europa Occidental. Según cuenta Arthur M. Schlesinger Jr. en su bello libro *Los mil días de Kennedy*, el presidente les preguntaba siempre a sus visitantes del Viejo Mundo cuáles eran los resultados de ese experimento, que como se sabe consiste en establecer previsiones para las industrias más importantes y en convencer —no en obligar— a cada una acerca de la conveniencia de realizar esas metas. Esta curiosidad e interés eran muy propios de un hombre que no se caracterizaba por la creencia irracional en la santidad de los principios, sino por la confianza, de estirpe liberal, en el método inductivo y en lo que dictaba la experiencia.

En Roosevelt y en Kennedy encontramos un rasgo común: la tendencia a mejorar la situación de las masas, inclusive cuando se trata de las formas más desesperadas de estas, como son los desocupados, los ancianos, etc. ¿Sensibilidad humana o cálculo político? Puede ser lo uno y lo otro. De todas maneras es evidente que el efecto que ellos perseguían era integrar

las clases laboriosas, inclusive las marginadas, al sistema capitalista, haciéndolas partícipes de sus ganancias, para impedir que ellas se desviaran hacia la revuelta, peor aún, hacia posturas revolucionarias. Esa línea de conducta tuvo éxito, y sería tonto negar que en las grandes naciones el movimiento obrero está asociado al capital monopólico multinacional, en la guerra sutil que este libra contra los pueblos sometidos de Asia, África y América Latina, asociación que persigue recibir una cuota en los rendimientos que obtiene el capital metropolitano en las regiones atrasadas. El sociólogo suizo Jean Ziegler lo establece muy bien en su último libro. Por fortuna, según él afirma, en los países subdesarrollados la clase trabajadora no está asociada a los planes del capitalismo transnacional, por lo que en ellos es delgada la capa de aristocracia obrera, lo que le da mayor capacidad de combate a los sectores explotados y más posibilidad de ruptura con el sistema prevaleciente de dominación²¹.

El liberalismo moderno en Colombia

Al liberalismo colombiano no le quedaba difícil en la época del 30 entrar en la onda de la modernización. Ese proceso se vio favorecido en nuestro caso por factores, unos de carácter interno, otros externo. En cuanto a los de carácter interno podemos mencionar los siguientes:

El país había ingresado desde el decenio anterior en la era de la construcción de una infraestructura —carreteras, acondicionamiento de puertos, ampliación de la red eléctrica— que habría de servir para el desarrollo.

Por el pago de la indemnización norteamericana a causa de la desmembración de Panamá, por los empréstitos extranjeros aplicados a las obras públicas y por el relativo avance de la industrialización espontánea, se estaba creando una clase trabajadora que demostró desde el comienzo especial beligerancia, sobre todo en las empresas imperialistas; la combatividad de dicha clase y de las clases medias, aumentó por el hecho de que el capital extranjero y las emisiones internas, unido esto al abandono en que cayó el sector agrícola, determinaron una fuerte inflación, que naturalmente perjudicó a las gentes de menores ingresos. En el dominio político muchos intelectuales del liberalismo sostuvieron que este debía enrumbarse hacia el credo socialista, como manera de insuflarle nueva savia, en el evento de que le tocara reemplazar al conservatismo en el gobierno, como ocurrió poco después; a su turno un sector de la clase obrera, que ya empezaba a estructurarse en federaciones, iba todavía más lejos, y así postuló hacia 1926 la conveniencia

21 Ziegler, Jean. *Main basse sur l'Afrique*. París: Éditions du Seuil, 1978. p. 278.

de crear el Partido Socialista Revolucionario, de clara raíz proletaria y basado en el marxismo, que ya empezaba confusamente a ser conocido entre nosotros.

En el orden externo trabajaban estas fuerzas que también contribuyeron a la necesidad de renovar el pensamiento liberal:

Las primeras realizaciones de la Revolución Soviética, que ya parecía consolidada después de los riesgos que corrió por la guerra civil interna y por la reacción internacional, y los avances de la revolución mexicana, especialmente en el aspecto agrario; el prestigio del aprismo peruano, que seducía a los mejores espíritus por el programa de unión indoamericana y de resistencia al imperialismo, y la crisis mundial desatada en 1929, que nos hizo ver los puntos débiles del capitalismo y la realidad de nuestra dependencia.

El hecho fue que cuando el liberalismo recapturó el poder en 1930, por las vías legales, era una colectividad ambiciosa, radical en muchos planteamientos, fuertemente influida por las masas y por los intelectuales de izquierda, grupos estos que esperaron el transcurso del período de transición, dirigido por Olaya Herrera, para desplegar ampliamente sus banderas a partir de 1934.

Un pensador político, Alejandro López, que había recibido y asimilado en Inglaterra las lecciones de las vanguardias políticas, llevó a la Convención de 1935 el proyecto de programa, que después de los inevitables retoques, se convirtió en la Carta del nuevo liberalismo. Allí encontramos tesis, no realizadas todavía, como el compromiso de realizar la reforma agraria y de establecer el pleno divorcio y la escuela única, laica y obligatoria.

El partido se definió ahí como revolucionario, pues se comprometió a crear un orden nuevo, para lo cual proclamó el intervencionismo de Estado; el trabajo fue erigido en la fuente principal de la propiedad privada, a la que se le asignó una función social; el acaparamiento de tierras con fines distintos al interés de la comunidad fue declarado contrario a la filosofía del partido. Elevándose a las regiones puras del pensamiento, los convencionalistas proclamaron una versión moderna, materialista de la libertad, pues según lo aprobado, ella solo se realiza cuando el hombre ha alcanzado a satisfacer sus necesidades económicas y sociales. La subdivisión del suelo apareció entonces como indispensable para la liberación del campesino, y el Estado se comprometió a prestar protección especial a quienes se propusieran poseer tierras convenientemente situadas para lograr por medio del esfuerzo un trabajo independiente. El liberalismo hizo suya la tesis, como ya dijimos, de la escuela gratuita, única, laica y obligatoria, y de un sistema en el que la vida civil esté regida por la ley civil y en que exista el divorcio con disolución de vínculos para cualquier forma de matrimonio.

Todo esto dentro del marco general del respeto a las libertades del individuo, de la garantía a sus derechos, y del combate contra los privilegios, no importa las modalidades en que se manifiesten.

El pensamiento de Alfonso López Pumarejo

En el gobernante que dirigió a la nación en el lapso corrido de 1934 a 1938, Alfonso López Pumarejo, encontraron las nuevas ideas y la nueva sensibilidad un adalid resuelto, sin duda el que ha emprendido con mayor decisión la tarea de llevar adelante algo muy parecido a la revolución democrático-burguesa, en la triple manifestación de la lucha por el descuartizamiento de la gran propiedad territorial, del estímulo a la industrialización y de la defensa nacionalista de las riquezas naturales, con la lógica consecuencia de la libre autodeterminación de nuestro pueblo.

Acabar con los privilegios de la aristocracia feudal, traspasar los poderes económicos, sociales y políticos de esta a los dueños de los bienes industriales, le parecía inaplazable. El procedimiento que puso en práctica, y que no era desde luego el camino directo para efectuar la reforma agraria, consistía en obligar a los propietarios a explotar económicamente el suelo, para que de ese modo sanearan sus títulos. Se ponía en aplicación así la tesis burguesa de la función social de la propiedad. No se iba lisa y llanamente a la división del latifundio y al reagrupamiento de los minifundios, aunque López reconocía los derechos del labriego que aspiraba a la parcela por el hecho creador del trabajo, pues ese labriego partía de la consideración exacta de que la tierra inculca es baldía. Tal vez donde se manifestó mejor el propósito fundamental de López de establecer nuevas relaciones de trabajo en el campo, fue en su afirmación de que el Estado no podía seguir dándole gusto al terrateniente en su pretendido derecho de despedir libremente a arrendatarios y colonos. La fuerza pública no serviría en adelante para eso. Era ya un nuevo concepto de la autoridad, que había sido ignorado durante largos años.

Convencido de que ya había elementos suficientes para montar industrias, tales como cierta infraestructura, mercado de capitales, algún nivel técnico, avances en la red eléctrica y un sistema de transporte, López se hizo campeón de la sustitución de importaciones que Olaya Herrera había empezado; para no tener que comprar en el exterior bienes de consumo, aunque se daba cuenta de que para poder multiplicar el número de chimeneas nos hacía falta un gran contingente de trabajadores especializados. Así decía:

faltan químicos industriales, directores de taller, mecánicos, agrónomos y no tenemos institutos que estén tratando de prepararlos. Las Facultades universitarias producen abogados, doctores en filosofía y ciencias

sociales, médicos, ingenieros y dentistas. Y esto no es suficiente. La universidad colombiana deberá preocuparse muchos años por ser una escuela de trabajo más que una academia de ciencias. Es urgente ponernos al día en el manejo elemental de una civilización importada, cuyos recursos ignoramos y cuyos instrumentos escapan a nuestro dominio. Mientras ello no ocurra no habrá autonomía nacional, no habrá independencia económica, no habrá soberanía²².

Por eso, sin haber sido universitario, entendió como ninguno de sus contemporáneos el problema de la universidad, y a reformarla, mejor, a recrearla, dedicó sus desvelos. La unificación de las Facultades existentes, la creación de otras, la construcción y equipo de la Ciudad Universitaria, la política de bienestar social para estudiantes y profesores, fueron, entre otras, las medidas que solicitaron su interés.

Pero la industria no puede desligarse del factor humano, y así como López vio la necesidad de capacitarlo, comprendió la urgencia de habilitarlo como consumidor. Era la política de aumento de salarios. Esta sencillísima y obvia actitud le valió la inquina de los patronos, rurales o urbanos, quienes seguían adictos al dogma de que solo los bajos jornales podían defenderlos de los riesgos de la competencia. Por la misma razón se declaró partidario de mejorar las condiciones de negociación de los trabajadores, lo que era tanto como abogar por la sindicalización y por el empleo de la huelga. Pero sin duda el rasgo más atrayente de la política industrial de López consistió en su creencia de que aquella debía tener un carácter nacionalista, es decir, que se desarrollara sobre la base de que el capital y el trabajo fueran colombianos.

Obsesionado por la falta de preparación de los nacionales, él veía que la técnica y el capital extranjeros llegaban al país como a tierra conquistable. Con su énfasis habitual, condenó las tareas adelantadas por las empresas forasteras. Así decía:

Toca al Ministerio de Industrias cuanto se relaciona con la minería, y dentro de ella el ramo de petróleos: Con excepción del movimiento minero de los últimos años, casi todas las relaciones del ministerio son con compañías extranjeras, fuertes empresas establecidas sobre contratos ventajosos, que ejercen en Colombia una influencia desproporcionada con las ventajas que reportan a la economía nacional. Sus sistemas de explotación se caracterizan por la magnitud del capital que las respalda en el exterior, por la presión que suelen hacer sobre los organismos públicos y privados cuando encuentran alguna resistencia a su expansión, por el rendimiento medio que dan al fisco, en relación con sus ganancias, cuando le dan alguno, y por la multiplicidad de privilegios que aseguran a los concesionarios. Industrias típicamente coloniales, aprovechan el

22 López, Alfonso. Mensaje Presidencial al Congreso de 1935. Bogotá: Imprenta Nacional.

incipiente desarrollo de los países en que trabajan, para extraer de ellos materias primas, utilizando brazos baratos, por el sistema de concesiones que los Estados de América fueron pródigos en otorgar, seducidos por la alucinante literatura de los beneficios que reportarían de la explotación de sus riquezas naturales²³.

Para adelantar programas como aquellos, López vio que era imprescindible la injerencia del Estado: el ideal del mínimo de gobierno no rimaba con el liberalismo moderno. Había que limpiar por eso al Estado de hándicaps dañinos como el de la sujeción a los poderes eclesiásticos; en la era industrial que se abría, cualquier manifestación de teocracia era contraindicada, pues una jerarquía eclesiástica ligada por lustros a los grupos feudales limitaba la capacidad del aparato público. Por la misma razón había que dotar a este de recursos económicos, con lo cual se esbozaba la reforma tributaria, y había que desarrollar la instrucción popular, pues mal se avienen con la industrialización peones ignaros y gentes marginadas, lo cual exigía el requisito de que el presupuesto de educación se acreciera.

La reforma constitucional de 1936 y leyes como la 200 del mismo año sobre régimen agrario, señalaron la institucionalización de aquellas ideas, aunque principios nuevos como el del intervencionismo estatal no tuvieron aplicación suficiente para corresponder a las expectativas que habían despertado. Tampoco sirvió la ley de tierras para efectuar la transformación que el campo reclamaba. ¿Qué había ocurrido? Sin duda alguna López Pumarejo creía más de lo que era razonable en la capacidad renovadora del liberalismo y de la clase burguesa. Se le olvidó que ese partido es policlasista, y que el policlasismo no es un dato estático, pues la contradicción subyacente en él se manifiesta cuando hay situaciones de conflicto. El presidente pudo decir en 1936 que estaban formadas las derechas y las izquierdas del partido de gobierno, con visible superioridad de las primeras. El grueso de la burguesía a su vez tampoco tuvo la entereza suficiente para romper con los otros estratos dueños del dinero, a los cuales estaba ligada por el hilo irrompible de los negocios y de la comunidad de clase, ni para volverle la espalda a un posible entendimiento con el capital extranjero, del cual podría necesitar en cierta hora. Esos dos sectores, las derechas liberales y la joven burguesía asustada, obligaron a López en el mencionado año de 1936 a decretar la pausa. El jefe de ese vasto experimento pareció perder la fe en lo que estaba haciendo e inclusive la confianza en su propia estrella. En el instante propicio a los remordimientos, al despedirse en 1958 de

23 *Ibid.*, p. 90.

la vida pública, reconoció que no había profundizado bastante en las reformas iniciadas, y que ese había sido uno de sus magnos errores. El camino quedaba abierto para que se consolidaran los intereses creados.

Lleras Restrepo y el liberalismo moderno

Miembro de la generación inmediatamente posterior a la de Alejandro y Alfonso López, dueño de una vasta experiencia política, Carlos Lleras Restrepo se ha preocupado en repetidas ocasiones por definir al liberalismo colombiano, que él ha concebido como una alianza de matices de izquierda. Olvidando los cambios que ha habido en esa colectividad por la nueva correlación de clases que existe en su interior, la que le confiere la preeminencia a los sectores capitalistas, Lleras no ha tenido el cuidado de decir cuál es el matiz de izquierda que pueden representar las notables figuras del sector privado que continúan llamándose liberales, a pesar de ser los capitanes de algunos de los grandes conglomerados financieros e industriales que manejan el país:

Al expedir los estatutos del partido en 1963 dijo Lleras Restrepo:

El partido liberal colombiano es una asociación de ciudadanos unidos por el respeto que profesan a los derechos humanos; por su común fe en la libertad política y en los sistemas de la democracia representativa, y por su voluntad de establecer, exclusivamente a través de tales sistemas; una organización social fundada en el reconocimiento de la solidaridad humana y enderezada a conseguir conjuntamente un acelerado desarrollo económico y una mejora progresiva en la distribución de la riqueza y del ingreso.

El partido liberal colombiano es el partido del pueblo. A lo largo de toda la historia nacional ha sido, en efecto, el personero político de las clases populares y, fiel a esa misión, busca para estas mejores niveles de vida, igualdad de oportunidades educativas, acceso a la propiedad de los medios de producción y seguridad contra los riesgos.

Pero es sin duda en su discurso de 1972, publicado bajo el mote de *El liberalismo colombiano*, donde el eminente hombre de Estado da mejor cuenta de sus tesis doctrinales. Después de hacer la obligada defensa de la democracia representativa, en contra de quienes dicen que ella es una ficción, dadas las ostensibles desigualdades económicas que ejercen influjo determinante sobre la libertad de expresión y el voto de los ciudadanos, el expositor afirma que es erróneo enfrentar la democracia política y la económica. Lo procedente para él es buscar la coexistencia de las dos mediante la corrección gradual de los desequilibrios sociales y la liberación de los organismos públicos de indebidas presiones. “No es forzoso [asegura] tener que abandonar la libertad política para poder conseguir

en grado creciente la igualdad económica y la justicia social, sino todo lo contrario: esta se alcanza por el ejercicio de la libertad política”.

De todas maneras, y teniendo en cuenta lo adelantado en este capítulo en relación con los esfuerzos por conciliar la democracia política con la económica, es justo colocar a Lleras Restrepo en lo que hemos caracterizado como el liberalismo moderno.

De los tres principios cardinales de la Revolución Francesa, libertad, igualdad y fraternidad, que según Lleras Restrepo son los pilares de la asociación humana, él dice que el de la igualdad ha experimentado una notable evolución, cual es la del tránsito de la igualdad de los hombres ante la ley, concepto este que no excluye la existencia de monstruosos desequilibrios sociales, a la igualdad de oportunidades, la que tiene en cuenta las condiciones económicas y las posibilidades que la sociedad ofrece a sus miembros para desarrollar sus facultades y permitirles el ascenso a condiciones mejores.

¿La evolución que se observa hoy en Colombia sí favorece los generosos votos de Lleras Restrepo? Parece que no: la desbocada concentración de la riqueza y del ingreso, denunciada en los últimos tiempos por hombres de diversas procedencias intelectuales, aleja la anunciada igualdad de oportunidades. El hecho es que el liberalismo colombiano se acomoda cada día más a las desigualdades y a la injusticia social, y así los gobiernos liberales o de participación liberal de los años recientes no han hecho nada por detener el proceso mediante el cual disminuye la participación del trabajo en el ingreso nacional, conforme lo revelan estas cifras del Banco de la República:

- En 1970 41.2%
- En 1972 40%
- En 1974 36.3%
- En 1976 34.8%
- Para 1980 se calcula que descenderá al 30%

En esta selva que es el mundo contemporáneo, inclusive Colombia, cruzada de tensiones, de conflictos raciales, religiosos y de clase, Lleras Restrepo vuelve a levantar el lema de la fraternidad, que él interpreta como la solidaridad entre los hombres. Hay algo de sabor cristiano, cierto relente de caridad, en esta frase suya, negada por las circunstancias que vivimos:

Si somos solidarios, tenemos que acudir al remedio de las desigualdades, y de los males de los demás con un espíritu al que se mezclan ciertamente sentimientos utilitaristas porque queremos defendernos contra los peligros que la situación de los otros puede provocar, pero

también más nobles inspiraciones. Si la especie humana es solidaria, debemos tratar a los demás con un criterio fraternal, de acercamiento y colaboración. Las medidas que se desprenden del hecho de la solidaridad no deben ser egoístas, frías, sino que tienen que estar alimentadas por el calor humano, por el amor a los semejantes²⁴.

La intervención del Estado, de la cual Lleras Restrepo ha sido férvido amigo, debe servir entonces para lograr mayor libertad, mayor igualdad y mayor fraternidad. Con esto llegamos al punto, calcinante hoy, de la distribución de la riqueza y del ingreso. El liberalismo colombiano, según lo recuerda el expositor, ha sido enemigo de la tesis conservadora de la neutralidad del impuesto, por lo cual se ha erigido en adalid de la utilización de la tributación, no como simple manera de allegar fondos, sino con el fin superior de corregir los desajustes sociales. Por la vía impositiva se pueden lograr cambios apreciables en la sociedad, pues si el Estado posee finanzas prósperas, puede avanzar hacia la igualdad de oportunidades, de que hablamos atrás, asegurando servicios como el de la salud, la educación y la recreación. Fomentar estos servicios es tarea irrenunciable de los gobiernos si desean organizar una sociedad de tendencia igualitaria, así como le corresponde asegurar que la redistribución de la carga tributaria no se vea burlada por la traslación del impuesto, expediente que permite a comerciantes y empresarios valerse del alza de precios para escapar a los mayores impuestos, a costa naturalmente de los consumidores. En una sociedad de marcada tendencia al monopolio como es la nuestra, este fraude a la justicia fiscal no es un devaneo ocioso sino una realidad de cada hora. El intervencionismo estatal no ha actuado en ese importantísimo dominio.

Pero Lleras Restrepo va más allá de la simple distribución del ingreso causado, y este es sin duda el aspecto que mejor lo sitúa en el liberalismo moderno, toda vez que afronta el punto conflictivo de la propiedad de los medios de producción. Es evidente, dice, que no hay igualdad de oportunidades cuando en la propiedad de esos medios hay una concentración acentuada, porque esta conduce a su vez a la concentración en la distribución del ingreso. La reforma agraria es una de, las maneras de alcanzar la redistribución original de la riqueza, aspiración a la cual el liberalismo ha contribuido solo parcialmente por medio de leyes como la 200 de 1936 y la 135 de 1961, pero aún estamos lejos del estadio feliz en que el labriego accede a la propiedad de la tierra, según veremos dentro de poco.

24 Lleras Restrepo, Carlos. *El liberalismo colombiano*. Bogotá: Tercer Mundo, 1973. p. 18.

Pero la distribución racional del ingreso y la riqueza no debe limitarse a la propiedad de la tierra. Lleras Restrepo extiende el concepto hasta cobijar la propiedad de los medios de producción industrial, y por eso aboga porque los trabajadores puedan adquirir parte del capital de la empresa, con el derecho consecuencial de intervenir directamente en su manejo. Cada año el factor trabajo se convertirá en dueño de un porcentaje del capital, por la destinación que se haga a un fondo común de cierta porción de las utilidades, la que estaría libre de impuestos y se iría capitalizando para reforzar financieramente a la empresa.

En Alemania Federal este sistema ha traído consecuencias afortunadas como la de que el número de horas perdidas por huelgas se ha reducido al mínimo y la de que se ha perfeccionado el personal, pues los dividendos correspondientes al factor trabajo se dedican preferencialmente a aumentar su productividad. Esta democratización de los establecimientos industriales juega muy bien con el criterio de la fraternidad, es decir, de la solidaridad de que habla Lleras Restrepo; ya que esa condición de copropietarios de la misma unidad económica conduce a la camaradería de clase entre empresarios y trabajadores.

A pesar de que Lleras Restrepo viene sosteniendo esta medida desde hace cerca de veinte años, no tenemos noticia de que el liberalismo la haya incorporado a sus programas, y mucho menos de que los dueños del capital se hayan mostrado sensibles a esa concesión, no solo porque se les veda su concepción intransigente de la ganancia sino su noción arrogante de las jerarquías, en virtud de las cuales se sienten colocados en un rango que no debe estar al alcance de las gentes de abajo. Puede ser que en Alemania Federal o en Suecia, países desarrollados, con altos salarios y con elevado índice de sindicalización, estas formas de capitalización social den resultado, lo que no es fácil en áreas como la nuestra, de características muy distintas de las que acabamos de mencionar.

No podemos terminar esta rápida incursión en los predios de un jefe político de manifiesta vocación por las ideas, sin aludir, como ya lo prometimos, a las mutaciones ocurridas en su pensamiento y en su acción. La reforma agraria nos da pie para ello. De ardoroso partidario de ella, como se vio al comienzo del decenio del 60, cuando toda América Latina estaba mecida por los vientos promisorios de la Alianza para el Progreso, pasó a un significativo enfriamiento, cuando se esfumó ese capítulo de la Nueva Frontera de Kennedy, debido tal vez a la aparición y auge del capitalismo en el campo. En la ponencia que llevamos en 1978 al foro abierto en la Cámara de Representantes dijimos lo siguiente:

El hecho es que en los últimos tiempos su entusiasmo inicial [el de Lleras Restrepo] se ha enfriado, y de la revisión de sus ideas al respecto ha brotado la conclusión, expuesta en la campaña presidencial que terminó en febrero de 1978, de que las condiciones prevalecientes en el campo se han ido mejorando, pues se han multiplicado las empresas agrícolas que ocupan un personal permanente de asalariados, que por su remuneración y condiciones de trabajo se acercan visiblemente a las que prevalecen en el ramo fabril. Él reconoce sin embargo, y no podía ser de otro modo, qué aún quedan latifundios, pero a sus ojos se han operado cambios en los últimos años en virtud de los cuales ya no es el complejo latifundio-minifundio el dominante. En suma, para el expresidente Lleras Restrepo, la variación estructural en la explotación de la tierra le ha quitado gravedad a la cuestión agraria, pero si se fuere a hablar de un problema en el campo habría que señalar como tal el referente a la todavía vigencia del minifundio. Como jefe del Estado entre 1966 y 1970, el doctor Lleras Restrepo contribuyó en forma decisiva al incremento de exportaciones distintas del café, lo cual se plasmó en el estatuto cambiario de 1967, calificado con acierto por un economista como el cambio de la política de sustitución de importaciones, por la política de exportaciones. De ese modo en 1974 el envío al exterior de géneros distintos del café representó el 55% del total, mientras que las del grano habían descendido al 43% y las del petróleo al 5%. Dentro de esas exportaciones nuevas, las de origen industrial representaban el 62.6% y el 37.4% estaban constituidas por productos básicos²⁵.

Esto quiere decir que la aparición de la empresa capitalista en el campo estaba dando sus resultados, y que estos no podían menos de frenar el ánimo del doctor Lleras Restrepo como reformador rural. Para nosotros no cabe duda de que la evolución económica que se expresó en el estatuto cambiario de 1967, en el fondo del cual estaba el reconocimiento de los éxitos del capitalismo, hizo que en el partido liberal, y con mayor fuerza en el conservatismo, doblaran las campanas por la reforma agraria.

Las ideas de Agudelo Villa

Laborioso, concienzudo, enemigo de la improvisación y de la estridencia, Fernando Agudelo Villa es a estas alturas de 1980 el liberal más preocupado por definir la naturaleza y los contornos de esa colectividad. Su extensa producción, de la cual la parte más sustantiva es el libro *Retorno del liberalismo*, aparecido en 1975, sus folletos sobre diversos temas nacionales y su incansable labor periodística confluyen al propósito de sacar a su partido del abatimiento doctrinario en que lo dejó el

25 Eastman, Jorge Mario. (Comp.). *La concentración de la riqueza y del ingreso*. Bogotá: Cámara de Representantes, 1979. p. 233.

Frente Nacional y de fijarle unas ideas que pueden ser definidas como de izquierda moderada.

Nos parece que la concepción que del liberalismo presenta hoy Agudelo Villa fue elaborada teniendo en cuenta los cambios económicos, sociales y políticos que ha experimentado el país a partir de 1958, cuando se inició el proceso de recuperación de las instituciones, después de la liquidación del período más cruento de la violencia y del desplome de las dictaduras. Ese período aparece marcado por cinco grandes hechos que son definitivos en los análisis de Agudelo Villa. Ellos son: la temible concentración de la riqueza y del ingreso, el auge del desarrollismo, la fuerza que ha adquirido el llamado neoliberalismo, el incremento de la dependencia externa y los efectos disolventes que sobre la vida de los partidos produjo el Frente Nacional. Veamos por separado esos temas:

1. Sobre la concentración de la riqueza y del ingreso ha librado el autor que comentamos una inteligente campaña, victoriosa en el sentido de que ha logrado crear una conciencia nacional alrededor de los peligros que apareja ese fenómeno, el que, de no sobrevenir un cambio substancial, puede disolver lo poco que nos queda de democracia y de libertades. No es el caso de dar cifras, las que abundan en publicaciones recientes, sino de señalar, como lo hace Agudelo, que esa concentración se localiza en poquísimas personas a tiempo que se ensancha el círculo de la miseria. De ese modo la participación del trabajo en el ingreso se ha reducido en un 10% en los siete años anteriores a 1978, y sabemos que llega al tope inquietante del 35% la población llamada marginal, es decir, la que está por fuera del circuito del empleo estable y del goce de los servicios públicos, no solo en la forma de vivienda con acueducto y alcantarillado, sino de la privación de los derechos, hoy imprescindibles, de la salud, de la educación y de la seguridad social.

En el libro citado, Agudelo explica que la concentración de la propiedad y del ingreso agrava las tendencias monopolistas, sobre todo en la industria y en el sector financiero, lo cual permite decir que la movilidad económica, la libre competencia y la libre empresa son piadosos recuerdos. La trágica desigualdad social que la mencionada concentración trae consigo, determina la distorsión del aparato productivo, el que se dedica a elaborar artículos que tienen demanda asegurada por parte de los grupos de altas y medianas rentas, sin

que importen mayor cosa las necesidades de las grandes masas, grandes en volumen pero de mínima capacidad económica.

Para tener buena conciencia, los defensores de la concentración de la riqueza y del ingreso afirman que ella favorece la formación del ahorro, y por tanto, la acumulación de capital y el aumento de la inversión. Agudelo Villa comprueba la falacia de ese raciocinio, pues lo que está demostrado es que las gentes de elevados ingresos hacen casi imposible la producción con fines sociales, pues gastan muchísima parte de sus entradas en bienes superfluos, en la imitación del sistema de vida de sus homólogos de los países prósperos. La reforma en la distribución de la riqueza y del ingreso, a base de elevar el nivel de vida de las mayorías, sí impulsaría el ahorro, pues habría un remanente de los gastos esenciales, y en consecuencia aumentaría la inversión. En otras palabras, el desarrollo no puede concebirse en función del beneficio de unos pocos sino del beneficio de los más.

2. Lo que acabamos de decir se conecta íntimamente con los avances de la ideología desarrollista. Podemos citar el año de 1964, cuando los militares brasileiros tomaron el mando y enrumbaron la nación por ese cauce, como el momento de arranque de una filosofía económica que pone el acento en la producción, y deja para más tarde lo referente a la distribución, la que vendrá como un subproducto, como un acto espontáneo dentro de un fabuloso proceso de movilización de las fuerzas productivas. Con la tesis, aparentemente seductora de que lo importante es producir, muchos conservadores y liberales colombianos han adherido con júbilo a los planteamientos brasileiros. Agudelo Villa se pronuncia con vigor contra ese modo de pensar, que reposa sobre la tesis falsa de que la producción y la distribución pueden separarse, cuando la verdad es que ellas están interrelacionadas, dentro del mismo concepto macroeconómico. Son muchos los elementos de la derecha que llegan a la conclusión disparatada y cruel de que los países subdesarrollados no deben pensar en la justicia social, pues si lo hacen se exponen a pagar un alto precio en la forma de la lentitud en su progreso económico.

Lo ocurrido en los que hoy son los países ricos demuestra que es errónea la argumentación desarrollista, pues en ellos son simultáneos el crecimiento económico y los beneficios sociales que se agrupan bajo el nombre de Estado para el bienestar. Y sobre todo, hay que admitir que dadas las tensiones sociales de nuestro tiempo, es

cándido pensar que las masas van a dejar para un mañana indeterminado el disfrute de la porción que les corresponde de los logros conseguidos.

3. Con estos argumentos, Agudelo Villa sale al encuentro del neoliberalismo, el cual, a pesar de la partícula neo no tiene nada que ver con el liberalismo moderno. Es la resurrección del de estirpe clásica, es decir, de aquel que tuvo fe entrañable en la iniciativa privada y en las leyes del mercado. Los apóstoles de esa tendencia hablan de la necesidad de abolir tantas restricciones comerciales como hay, empezando por la alta protección de que gozan determinados sectores industriales, hasta llegar a una adecuada devaluación del tipo de cambio para hacer viable el aumento de las exportaciones. Este neoliberalismo, que a nuestro entender es una de tantas versiones nuevas del imperialismo, pugna por la apertura de estos países al capital extranjero, como lo afirma tranquilamente el economista norteamericano Mc Kinnon, citado por Agudelo Villa:

Una liberalización realmente amplia del comercio exterior (incluidos los bienes de comercio y del sistema financiero), asociada con una considerable devaluación y una pronunciada alza de las tasas de interés, tal vez hiciera virtualmente innecesaria la transitoria restricción administrativa sobre la entrada de capital extranjero de corto plazo, además de rechazar los préstamos de estabilización y otra ayuda extraordinaria de gobierno a gobierno²⁶.

Esta tesis, muy peligrosa como que envuelve una pausa en el proceso de industrialización y el retorno a la idea de que la verdadera vocación de estas naciones es la agricultura, informó gran parte de la política económica de la administración López Michelsen (1974-1978) y así uno de los orientadores de ella, el Ministro de Hacienda Rodrigo Botero sostuvo lo siguiente:

En el sector externo hay una palabra que podría resumir el objetivo de la política económica colombiana: eficiencia. Vamos a pedirle a las empresas que están participando en el comercio internacional una eficiencia “darwiniana”. Así como la gran directriz en materia de política económica y social interna del gobierno de Colombia se puede resumir en la palabra equidad, en la palabra distribución, en la palabra justicia, vamos a hacer todo el esfuerzo para romper, para interrumpir, para interferir con lo que sería el juego de las fuerzas de la competencia, en el sector externo vamos a adoptar un criterio totalmente diferente. No podemos darnos el lujo de tener unas empresas que sean “flores de invernadero”. Vamos a someter gradual pero seguramente a las empresas colombianas que están participando en el comercio internacional,

²⁶ Agudelo Villa, Hernando. *Retorno del liberalismo*. Bogotá: Tercer Mundo, 1975. p. 191.

al agua fría de la competencia. Claro que esto no quiere decir que se vaya a dismantlar de la noche a la mañana toda esta “muralla china” de protección detrás de la cual ha ido surgiendo una industria más o menos eficiente. Pero no debe haber la menor duda en qué dirección estamos avanzando y dentro de ese proceso de derrumbar la barrera, de eliminar la protección se puede actuar con graduación²⁷.

Como se vislumbra, estos planteamientos llevan implícita la desconfianza hacia la presencia del Estado en la actividad económica, y desde luego, la dependencia de la nación respecto de los planes de las metrópolis dominantes. Agudelo Villa lo vio muy bien y por eso presenta sus inquietudes en forma de pregunta, en el citado libro:

¿La abolición de las barreras proteccionistas, la apertura de nuestras fronteras comerciales para que la dura competencia internacional imponga un saludable criterio de eficiencia en el proceso de nuestra industrialización, permitirá a un país subdesarrollado como Colombia defenderse de las agresivas políticas del capitalismo financiero internacional y de las políticas expansionistas de los conglomerados transnacionales, que caracterizan el mundo contemporáneo?²⁸

Contra este neoliberalismo económico, el mundo subdesarrollado tiene reivindicaciones muy nítidas, como estas señaladas por Agudelo Villa:

Derecho de los países en vía de desarrollo a establecer o mantener una razonable protección aduanera; derecho a imponer restricciones cuantitativas a las importaciones con fines de industrialización y de defensa de la balanza de pagos; necesidad de estabilizar el comercio mundial de los productos básicos y de defender los precios mediante la firma de acuerdos intergubernamentales; derecho a integrar uniones aduaneras para ensanchar los mercados nacionales. Y al lado de la apertura del comercio internacional para sus productos, los países latinoamericanos han luchado permanentemente por la eliminación, con respecto al mercado europeo y al norteamericano, de las barreras que impiden el comercio y el consumo de sus productos, tales como aranceles, cuotas, impuestos internos y tarifas preferenciales discriminatorias que benefician a unos países subdesarrollados en perjuicio de otros²⁹.

4. Todo esto lleva a Agudelo Villa a denunciar la dependencia externa, la que constituye, junto con el estancamiento y la marginalidad, las notas características del desenvolvimiento latinoamericano de las últimas décadas. A pesar de los progresos hechos en el empeño

27 *Ibid.*, p. 198.

28 *Ibid.*

29 *Ibid.*, p. 193.

de sacudir esa subordinación, como son el rompimiento de la monoexportación, los acuerdos internacionales del café, el Pacto Andino, los instrumentos creados para manejar el comercio de importación, y los estatutos legales vigentes que buscan definir la política de inversiones extranjeras y de regalías, a pesar de esto; reiteramos con Agudelo Villa que “sería necio desconocer que los lazos de dependencia externa de la economía colombiana aparecen más fuertes y peligrosos”. A él le preocupan sobremanera, el crecimiento considerable de la deuda externa, cuyo servicio demanda un notable porcentaje de las divisas, las nuevas necesidades de importación de petróleo, el hecho de que el presupuesto nacional de inversiones ha perdido flexibilidad, pues no menos del 50% de ellas están atadas a las condiciones de los préstamos internacionales contratados para financiarlas, lo cual, a su vez, “es un índice de que el crédito externo, por naturaleza un complemento de los recursos internos, ha llegado a ser el principal sustento de la inversión pública”. Y en seguida da este toque de alarma:

Desde otro punto de vista, sin incurrir en exageraciones nacionalistas, el grado de control que el capital foráneo tiene sobre sectores muy importantes y estratégicos de la economía se viene acentuando, lo mismo que el grado de dependencia que representa la tecnología importada y el régimen de patentes y regalías que la regula³⁰.

5. La situación del liberalismo a la salida del Frente Nacional es uno de los temas sobre los cuales Agudelo Villa vuelve con mayor insistencia y desazón. De ese ensayo, dice él, el partido emergió con una arraigada mentalidad de transacción y compromiso. Se contagió además de muchas de las tesis económicas y sociales de su compañero de viaje durante diez y seis años, sin contar con el flagelo que lo ha minado hasta la medula: la burocratización. En esas condiciones, según el expositor, todo ímpetu reformista queda frenado, y de ahí que dicho bando pueda ofrecerle tan poco a las gentes nuevas. En ese punto reside para nosotros la esencia de la crisis liberal: es la imposibilidad de atender las demandas de la mayoría, es decir, de los trabajadores y de los jóvenes. Algo parecido le ocurrió al liberalismo inglés, el cual no ha podido ni podrá recuperarse de la catástrofe que significó para él la circunstancia de haber perdido la vocería legítima de los grupos que deseaban

³⁰ *Ibid.*

cambios en la Gran Bretaña. En el caso colombiano, Agudelo Villa percibe bien el problema al escribir:

El partido liberal emerge del gobierno de responsabilidad compartida con una mentalidad estratificada en los problemas internos de la paz, del orden público, del estado de sitio y alejado del análisis y estudio de las grandes transformaciones en todos los órdenes que está sufriendo el mundo y que están haciendo obsoletas las instituciones que no tienen criterio ágil y avizor para adaptarse³¹.

¿Qué hacer entonces ante esa estratificación, o mejor, conservación del enantes innovador partido? Para Agudelo Villa son necesarios dos pasos inmediatos: la diferenciación programática respecto del conservatismo y su organización moderna. Para lo primero, él se ha preocupado como ninguno de sus correligionarios por marcar los nuevos linderos, y a ese empeño dedica mucha parte de su último estudio³². Allí se lee:

- a) Mientras el conservatismo guarda silencio sobre el torturante problema de la concentración de la riqueza y del ingreso, el liberalismo debe combatir las diferentes causas, modalidades y efectos de ese fenómeno; de lo contrario iremos directamente al naufragio de la democracia. Reglamentar los manejos de los grupos financieros, dedicados a formar los conglomerados a través de los cuales obtendrán el control de las principales empresas, le parece de urgencia inaplazable.
- b) El conservatismo continúa mostrándose reactivo a la intervención del Estado, la que solo admite excepcionalmente cuando se trata de llenar los vacíos que dejan las fuerzas del mercado. Bajo la inspiración de las tesis desarrollistas, expuestas admirativamente por el doctor Álvaro Gómez Hurtado, el partido de la derecha propugna la eliminación del control de cambios, la plena libertad de importaciones y la libre acumulación de divisas a manos de particulares. El liberalismo a su vez debe afirmar que el poder público necesita intervenir, como se vio en el caso reciente de la bonanza cafetera; cuando aquel actuó sobre los precios internos del grano que habían llegado a niveles muy altos e impidió la aplicación del principio de la libertad de mercado, que habría conducido a que los precios internos fueran reflejo de los

³¹ *Ibid.*, p. 293.

³² Agudelo Villa, Hernando. *El liberalismo: partido del futuro*. Bogotá, 1999. pp. 6 y ss.

externos, lo cual habría sido un estímulo a la inflación. Actuó también sobre las tasas de interés y sobre el crédito para dirigirlo hacia los sectores considerados prioritarios.

- c) El desarrollismo da lugar a otra diferencia, pues él, según la formulación conservadora, consiste en que el proceso de capitalización se efectúe sin parar mientes en cómo se reparte el ingreso. Así fue como se constituyó el capitalismo en los siglos pasados y esa es la senda que sigue hoy los economistas brasileros a la sombra de los generales. Según Agudelo Villa, el liberalismo debe garantizar que los frutos del crecimiento vayan a los grupos deprimidos. Sin una amplia capacidad económica de la población no es tolerable la expansión. En otros términos, los conservadores, como todos los desarrollistas, quieren impulsar el crecimiento pero sin tocar las estructuras actuales; el liberalismo también debe estar por el crecimiento pero abriéndolo a las transformaciones de la sociedad.

A lo largo de lo que hemos dicho, aparece que el rasgo que mejor define el pensamiento de Agudelo Villa es el afán por la redistribución de la riqueza y del ingreso. Yendo un poco más allá de lo que vimos en Lleras Restrepo, aquel toma con mayor decisión la bandera de las reformas estructurales de la sociedad. Eso es lo que configura al liberalismo moderno. De ahí que Agudelo Villa destaque la necesidad de modificar el régimen de propiedad de la empresa a efecto de darle al factor trabajo acceso a ella, así como a la dirección de los medios de producción. Es el llamado capitalismo social. Esa posición de Agudelo Villa lo distancia de los liberales de centro y de derecha, que aceptan la redistribución del ingreso mas no la de la riqueza, la que a juicio de ellos debe permanecer incólume, pues es la garantía de que haya crecimiento. Agudelo ve claramente que si no se toca la riqueza es casi imposible que tenga éxito un plan que se atenga únicamente a la transferencia del ingreso de unos grupos a otros. Así dice:

Hay dos clases de estrategias en este particular: las políticas distributivas que tienen por fin la modificación de las condiciones determinantes de la repartición original del ingreso; y las políticas denominadas redistributivas que solo implican cambios *ex post* de la distribución original.

Hasta el presente, en países como Colombia, ha tenido primacía la política redistributiva y apenas se han intentado tímidos ensayos de políticas verdaderamente distributivas, como una auténtica reforma agraria.

De nuevo los instrumentos fiscales han constituido el núcleo central de las políticas redistributivas convencionales, mediante las cuales se hacen fundamentalmente transferencias de ingresos de unos grupos o sectores sociales a otros. La tributación progresiva y el gasto público, incluido el que se destina a financiar la seguridad social, han sido los medios principales utilizados para alcanzar, mediante políticas de educación, salud y vivienda, los limitados logros igualitarios que se tienen a la vista.

Por lo tanto, de acuerdo con las nuevas tesis, el problema de la distribución no se resuelve mediante una transferencia de ingresos de unos grupos a otros, sino mediante una transformación de los patrones existentes respecto al uso y a la propiedad de los recursos productivos, lo cual supone establecer nuevas formas de dominio, ampliar la esfera de propiedad pública en algunos campos y crear otras modalidades de tipo colectivo o cooperativo³³.

Es también en este punto donde aparecen las diferencias entre la posición doctrinaria de Agudelo y la del socialismo. Ante la propagación cancerosa de los monopolios y de los cuasimonopolios que pone en peligro el cuerpo social, el único tratamiento que el autor recomienda es el del control estatal para evitar que aquellos gigantes se excedan en sus ambiciones. Pero acontece que ese sistema ha sido ensayado sin éxito en los Estados Unidos, donde las leyes antimonopolios son muy viejas, a pesar de lo cual esas temibles concentraciones de capital siguen disfrutando de muy buena salud. En cambio, la fórmula socialista no se detiene en el respeto a la propiedad privada de los medios de producción sino que preconiza la nacionalización de los que más se relacionan con los procesos económicos, y su entrega a los trabajadores para su manejo.

En cuanto al capitalismo social, este se manifestaría, como ya lo había expresado Lleras Restrepo, en la forma de posesión de acciones por parte de los trabajadores, a efecto de que participen no solo en la utilidad de las empresas sino en su conducción. Agudelo Villa es del mismo parecer, y esta es sin duda una de las reformas de estructura de que habla. Lejos del colectivismo, el destacado hombre público ve en ese sistema una manera de que el operario actúe en un doble frente: como trabajador, y en ese carácter recibiría el salario, y como condueño del Capital percibiría una renta. Hay que reconocer que este paso hacia la democracia económica no sería ya “el antiguo accionariado obrero sino un acceso planificado y masivo a la propiedad del capital”, como dice Eduardo Frei, el jefe de la Democracia Cristiana en Chile, quien ha postulado más de una vez esa reforma, cuya fuente inicial se encuentra en las Encíclicas papales.

33 Agudelo Villa, Hernando. *Retorno del liberalismo*. Op. Cit. pp. 228-229.

Es claro que también en la socialdemocracia encontramos el mismo criterio, y así los socialistas suecos postulan hoy, como manera de regresar al poder, la constitución de los *fondos salariales*, formados con parte de los jornales, los que ayudarían a financiar grandes inversiones, al tiempo que les darían a los trabajadores la oportunidad de convertirse en copropietarios de la empresa, pero como lo subrayan varios analistas, en esa reforma se trata menos de *poder de los obreros* y más de *formación de capital* mediante el ahorro colectivo. ¿Será viable un proyecto como ese en Colombia, donde empleados y operarios no obtienen las entradas suficientes para las necesidades inmediatas? ¿No se tratará una vez más de buscar la solidaridad entre capital y trabajo, haciendo que este disminuya sus demandas, sobre todo a través de la huelga, para no perjudicar el desarrollo de la empresa? ¿Podrá pensarse en sana lógica que el capitalismo acepte esa operación indolora mediante la cual, de la noche a la mañana, va a dejar de ser lo que es para convertirse en socialismo?

Hemos hablado de uno de los hombres mejor acondicionados intelectualmente para imprimirle a los sectores populares que perseveran en llamarse liberales una dinámica avanzada. Esos sectores se debaten hoy en la impotencia y el abatimiento al ver que nadie los convoca a una acción decidida y que el partido de sus sueños se define cada día más como el partido de la gran burguesía. ¿Perderá Agudelo Villa otra oportunidad? No lo sabemos. Pero son muchos los que desearían que él rompiera el aislamiento en que está respecto de las masas, tal vez por su visión demasiado cerebral de las cosas, y que venciera su santo temor a comprometerse³⁴

Liberalismo político y liberalismo económico

Hasta ahora hemos visto al liberalismo, tanto al clásico como al moderno, organizado en torno de la defensa de las libertades, con énfasis especial en las de carácter político. Pero en la década del 70 ha sobrevenido un cambio de especial gravedad, consistente en que dicho partido ha atenuado su interés por las libertades políticas y en su lugar ha dejado que prosperen peligrosamente las de tipo económico.

Para fijar conceptos, conviene recordar que las libertades políticas son las que tienen relación con el hombre como ciudadano y mediante ellas participa en los destinos de la comunidad a que pertenece, como

34 Hubiéramos querido referirnos en la parte final de este capítulo a la corriente surgida en 1979 bajo la dirección del senador Luis Carlos Galán, y que por lo visto hasta ahora puede ser la forma más moderna del Liberalismo Democrático. Pero ocurre que en el momento en que escribimos —junio de 1980— el joven político no ha expresado su pensamiento de manera orgánica.

son la de prensa; la de asociación, la de reunión, el derecho de militar en este o aquel partido y el de pronunciarse con sus preferencias sobre los aspirantes al poder público. Por eso dichas libertades y derechos tienen tanto que ver con la democracia política y con la soberanía del pueblo. Las de carácter económico en cambio se desenvuelven en torno de la propiedad privada sobre los medios de producción como ocurre con la libertad de industria, la de trabajo, la de fijación de precios y salarios, la de movimiento en el interior y en el exterior de mercancías y capitales, la de inversiones, etc. Estas libertades en suma son anexas al capitalismo y deben desaparecer con él. Ya en la exposición de las ideas de Agudelo Villa vimos la significación que ellas han adquirido en América Latina y concretamente entre nosotros, por obra de economistas y sociólogos, como los agrupados en la Escuela de Chicago.

Por algún tiempo hubo cierto equilibrio entre los dos géneros de libertades en mención, pero últimamente se ha revelado el antagonismo entre ellas, pues en la misma proporción en que crece el liberalismo económico o neoliberalismo aumenta su capacidad para impedir el avance de la democracia política, del poder sindical y de las libertades en que aquella y este se sustentan. En varios de los densos trabajos de Raúl Prebisch sobre el subdesarrollo latinoamericano se demuestra cómo la pugna redistributiva, al exacerbarse por la protesta de los sectores desfavorecidos contra los privilegios que tiene el capital, conduce a una crisis mediante la cual los estratos altos acuden a la fuerza, es decir, a la represión por parte de los gobiernos, para restablecer la dinámica del sistema y quitarle a los protestatarios las palancas que utilizan, como son el derecho de huelga, el de organización sindical, el de constituir partidos que protejan sus intereses, en una palabra, a implantar regímenes dictatoriales. Esto se ve muy bien en los países del Cono Sur de América Latina donde el liberalismo económico ha hecho progresos escalofriantes en detrimento del liberalismo político.

Dicho liberalismo económico, con la consiguiente libertad en los negocios por la ausencia forzada del Estado, trae según el análisis de Prebisch una consecuencia que compromete la soberanía y el desarrollo autónomo de estas zonas del mundo, y es el auge de las firmas transnacionales, que miran con especial complacencia el establecimiento de gobiernos donde las regulaciones de estos son débiles y escasas, lo que les permite a dichas firmas realizar ganancias de fábula con desmedro del trabajo nacional.

En Colombia los progresos del liberalismo económico se manifiestan sobre todo en el abandono en manos particulares de servicios que

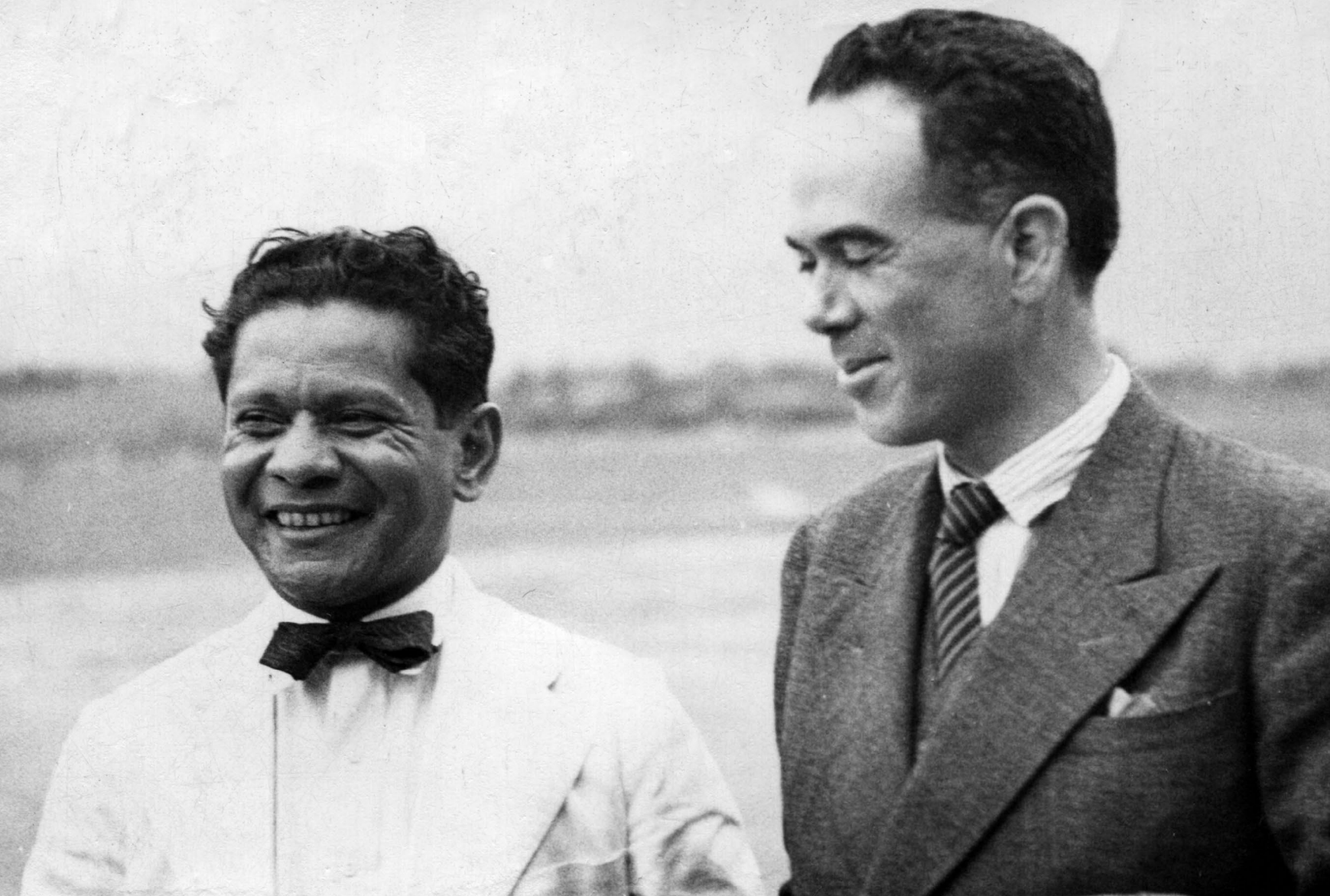
corresponden al Estado o que él venía prestando, como el de educación en sus diversos niveles, el de la conservación de carreteras, el de la construcción de puertos, en el traspaso a la propiedad privada de establecimientos que formaban parte del área estatal, como el caso de las Acerías Paz del Río, el servicio de vigilancia en edificios de toda índole, sin que hayan faltado quienes propongan que los Seguros Sociales deben encomendarse a la iniciativa particular. Se ve igualmente en la benevolencia con que las autoridades reciben las propuestas de los empresarios sobre alza de precios, y las de los bancos sobre elevación de los intereses. La liberación de importaciones es otra de las manifestaciones aberrantes del liberalismo económico, pues a tiempo que las naciones pobres abren sus puertas al comercio exterior, para darle salida a los excesos de divisas o para remediar la escasez de productos, las sociedades industrializadas cierran sus aduanas, con perjuicio de la exportación de nuestras manufacturas.

Digamos en síntesis que el neoliberalismo es una de las nuevas versiones del imperialismo y una de las formas de incrementar la civilización de consumo, pues las elevadas cuotas del excedente que va a manos de los grupos de mejores ingresos se aplican no a la acumulación destinada a la inversión, sino a los gastos suntuarios.

Una de las últimas enseñanzas del malogrado Nicos Poulantzas fue la de que, en nombre del liberalismo, y so capa de liberación del individuo, la ideología de derecha se apropia del discurso antiestatal, con el agravante, diríamos nosotros, de que en la proporción en que se ensancha el liberalismo económico decrece la importancia del liberalismo político. La crisis actual de la doctrina y de los partidos liberales en Colombia y en general en América Latina está precisamente ahí, porque esa circunstancia hace que dichas colectividades sellen cada día con más fuerza su alianza con la sociedad tradicional y con el imperialismo, lo que las inhabilita para sacar a estos países del subdesarrollo y de la dependencia y para volverse a batir por las libertades democráticas y por los derechos humanos. Y esto ocurre porque esa alianza con las corrientes tradicionales no es inocente, pues lleva a los partidos liberales, sean clásicos o modernos, a defender el orden, que en el fondo es el orden que le sirve al capital monopolista; de ahí que se institucionalicen procedimientos de gobierno como el estado de sitio, el Estatuto de Seguridad con cualquier nombre que se le dé, la justicia militar, todo aquello en suma que configura el Estado represivo y la democracia restringida de nuestro tiempo.

III. El socialismo

*Gerardo Molina junto con el dirigente sindical y líder gaitanista Víctor Manuel Rincón. ►
Medellín, 7 abril de 1945*



Han discutido mucho los historiadores de las ideas acerca del momento en que el término *socialista* entró a formar parte del vocabulario político, bien como sustantivo o como adjetivo. Los principios que llevan ese nombre eran conocidos desde la antigüedad, pero solo muy tarde se halló la palabra que los identificara. Alguno de los autores sostiene que en el siglo XVIII ella fue aplicada a las tesis del internacionalista holandés Grocio. En 1803 apareció impresa en italiano, aunque con significado distinto al que hoy tiene³⁵. El mérito de haberla popularizado en su alcance correcto, como lo opuesto al individualismo, le corresponde al publicista francés Pierre Leroux quien llevó a término ese trabajo intelectual, entre 1830 y 1835 en su periódico *Le Globe*. Ya bien asimilado el vocablo, fue aplicado por unos a las tesis de Saint Simon, por otros a las del inglés Robert Owen, uno y otro socialistas utópicos.

Decimos que antes del siglo XIX hubo ideas socialistas, pero no consideramos necesario referirnos a las de la antigüedad, dado su carácter balbuciente e impreciso. En lo que alude a la edad moderna, podemos señalar tres grandes episodios en los que hubo manifestaciones de esa ideología. El primero fue el protagonizado en el siglo XVI por Lutero, en cuyas prédicas ardorosas Jean Jaurès descubre gérmenes de socialismo, pues cuando el reformador lanzó sus imprecaciones contra la usura, cuando dijo que esta hace sus víctimas principales en los humildes y en los pobres, bien a través del suministro de dinero a interés o de tierras para cultivar, se estaba anticipando a lo que hace el capitalismo de nuestro tiempo, que lanza al pequeño empresario agrícola o urbano a la condición proletaria y que le hace ver al obrero que por la expoliación de que es objeto, su situación se torna difícil y desesperada³⁶. Por algo, según Jaurès, el mismo Marx hizo frecuentes alusiones a Lutero, al destacar que este puso de presente la habilidad del dinero en hacer aparecer sus

35 Cole, G.D.H. *Historia del pensamiento socialista*. Tomo I. México: Fondo de Cultura Económica, 1957. p. 9.

36 Jaurès, Jean. *Les origines du socialisme allemand*. París, 1969. pp. 61 y ss.

exacciones como servicios humanitarios y en ocultar que los verdaderos móviles son los de la arrogancia y la dominación. El hecho es que, según este análisis, el socialismo alemán, por su conducto el socialismo mundial, quedaron fuertemente impregnados de las enseñanzas de Lutero.

El segundo episodio se refiere a lo acontecido en la guerra civil de Inglaterra, entre 1642 y 1652, durante la cual apareció un grupo de extrema izquierda, cuyo solo nombre, *Los Niveladores* indicaba que querían llevar lo más lejos posible la revolución de Cromwell, hasta que tocara los límites del socialismo. Naturalmente ellos, sintiendo que su hora no había llegado aún solo alcanzaron a preludiar la gran transformación futura, y de ahí que las únicas medidas prácticas fueran las de aconsejar a los pobres que partieran a cultivar las tierras ociosas, y la de creer ingenuamente que al confiarle a Cromwell, enemigo suyo, la realización de su programa, el Protector extremaría su papel revolucionario hasta el grado de convertirse en abanderado de la igualdad social, cosa que realmente no le interesaba, pues la misión que se había trazado era la de darle un golpe a la monarquía y llevar a la victoria la revolución puritana.

En el plano teórico los Niveladores sí realizaron una formidable tarea, pues a través de su líder, Gerard Winstanley, hicieron planteamientos que constituyen hitos en la estructuración del socialismo. En los dos folletos de él publicados en 1648, de los cuales Paul Sweezy nos ha dado un resumen, aparecen ideas claramente aceptables hoy, como la de que en el curso de la historia, las guerras y las luchas civiles han tenido origen en la división en ricos y pobres, división basada en el hecho de la propiedad privada de la tierra³⁷. La propiedad privada, dice él, no solo da lugar al enfrentamiento de esas dos clases, sino que deshumaniza a los ricos y degrada a los pobres. Los gobiernos, agrega Winstanley, fueron establecidos para proteger los intereses de los dueños de la propiedad, así como la religión tiene por fin estimular la sujeción de los desheredados, al hacer creer que el orden vigente tiene la aprobación divina. La propiedad colectiva de la tierra aparece entonces en el análisis del jefe de los Niveladores como el desiderátum. Esto es lo que se deriva de estas palabras suyas: "La tierra fue hecha por el Dios Todopoderoso para hacer un tesoro común de vida. para el conjunto de la humanidad en todas sus ramas, con independencia de personas".

Pero donde el espíritu de Winstanley aparece más penetrante, es en su aseveración de que desde el momento en que los beneficiarios de la organización actual son los propietarios y sus representantes en el

37 Sweezy, Paul. *Socialism*. Nueva York: McGraw-Hill, 1949. pp. 91 y ss.

Estado y en la Iglesia, es inútil esperar de ellos el cambio. Como por otra parte son los pobres los directamente interesados en el cambio, es a ellos a quienes compete el honor y el esfuerzo de la transformación revolucionaria.

La conjuración de los Iguales

Al final del siglo siguiente aparece el tercer episodio, centrado en el corazón de la Revolución Francesa. Esta, como la Iglesia de que acabamos de hablar, tuvo su sector radical, encarnado en Babeuf y en los Iguales. Los acontecimientos desatados en 1789 no tenían, no podían tener un sello socialista, pues su tarea era asestar el golpe de gracia al absolutismo monárquico y hacer de la burguesía la clase líder de la sociedad. Pero indirectamente le prestaron un servicio eminente al socialismo, pues como anota Sweezy, ellos implantaron el concepto de la igualdad en la conciencia europea. Era cierto que los abanderados de esa revolución solo entendían por igualdad la simple abrogación de los privilegios basados en el nacimiento o en el estatus social, es decir, la igualdad ante la ley, pero el curso de las cosas no podía quedarse ahí, porque las clases bajas, movidas por ese ejemplo, habrían de levantar a su turno la cuestión de la verdadera igualdad, la cimentada en las condiciones de vida. Con esto quedaba planteado el magno tema de la propiedad de los medios de producción, la que si está en poder de particulares genera la desigualdad en el modo de vivir de las mayorías. Los sectores bajos pudieron hacerse este raciocinio: Si el proceso iniciado en 1789 les quitó el dominio de la tierra a los estratos feudales para pasarlo a la burguesía y a la pequeña burguesía, ¿qué razón hay para que mañana los medios de producción no pasen a nuestras manos, si forzamos a la clase dirigente a hacerlo?

Esto fue lo que entendieron Babeuf y sus amigos, quienes como Winstanley siglo y medio antes, introdujeron embriones de socialismo en la revolución burguesa que se adelantaba. En 1795 y 1796 aquellos, al ver que la reacción volvía a levantar la cabeza, creyeron que se acercaba la hora, su hora, de instalar la genuina igualdad, socializando muchos de los medios de producción. Hablaron entonces de expropiar los bienes de los emigrados y de los funcionarios enriquecidos, de los propietarios negligentes, de la explotación en común de esos medios por todos los miembros de la sociedad, de eliminar la herencia y de concentrar los productos en almacenes públicos, para ser distribuidos en las diferentes regiones. Era, pues, un sistema colectivista el que los Iguales proponían. Recordando a los filósofos de ese siglo, Babeuf les dirigía a los dueños de la riqueza este

terrible apóstrofe de Rousseau: “Estáis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y que la tierra no es de nadie”.

Con un don genial de anticipación, y a pesar de que el proletariado no estaba constituido todavía, Babeuf fue el primero en hablar en la historia política “del proletariado organizado como clase dominante”, consigna que habría de volverse popular en los centros de agitación parisiense a partir de 1830. Todo eso para lograr el fin supremo de la igualdad entre los hombres. De ahí este párrafo elocuente del Manifiesto de los Iguales:

¡Igualdad!, ¡primera promesa de la naturaleza! ¡Principal necesidad del hombre y principal vínculo de toda asociación legítima! La igualdad no ha sido nada sino una sonora y estéril ficción de la ley. Hoy cuando la pedimos con más fuerza que nunca se nos dice: “¡Silencio, miserables! La igualdad real es una quimera; conténtense con la igualdad condicional, pues ustedes todos son iguales delante de la ley. Cerdos, ¿qué más necesitan ustedes?”. ¿Qué más necesitamos nosotros? Nosotros exigimos el derecho a vivir y a morir como iguales así como hemos nacido iguales, y queremos la igualdad real o la muerte. La Revolución Francesa es solo la precursora de una revolución más grande y más solemne que será la última. Pedimos algo mucho más sublime y más equitativo que la ley agraria: la comunidad de los bienes. No más propiedad individual sobre la tierra. La tierra no pertenece a nadie; sus frutos pertenecen a todos.

Al cumplir el papel de profetas de la Revolución Socialista, Babeuf y los Iguales llevaron a término una doble hazaña que en el futuro habría de ser tenida en cuenta: la de ligar la doctrina de la igualdad con la de la propiedad colectiva de los medios de producción, y la de entender claramente que para lograr esa transformación era indispensable la toma del poder político. De ahí la insurrección que promovieron y la tarea que adelantaron a fin de ganar para ella el apoyo del ejército y de la población civil. La empresa era prematura, por lo cual la insurrección fracasó y Babeuf y su compañero Darthé pagaron con la vida su asombroso intento.

Lo que deseamos subrayar es que no obstante el carácter burgués de la Revolución Francesa, en ella jugaron relevante papel ideas que contradicen tal carácter y que contribuyeron a darle a ese magno acontecimiento un tinte socialista del cual ya no puede prescindirse, pues desde entonces quedó flotando en la historia el enunciado de que los tiempos nuevos reclaman la igualdad económica y social. Por eso elementos de una generación posterior, como Victor Considérant, sostuvieron la necesidad de continuar aquella revolución, de completarla, a fin de abrirle ancho cauce a los anhelos de mejorar las condiciones de vida de las mayorías, anhelos que a fin del siglo XVIII no pudieron colmarse.

Si la actuación de los Iguales fue más definida y clara que la de los Niveladores, fue porque en las postrimerías del siglo XVIII se había precisado más la cuestión sin la cual no se concibe el socialismo contemporáneo: la cuestión social. Es claro que esta existe desde que la humanidad salió del comunismo primitivo, pero en los días de la Revolución Francesa ese horrendo problema comenzaba a adquirir contornos especiales, por el hacinamiento de los asalariados en fábricas y talleres, por las excesivas jornadas de labor, por el trabajo de mujeres y de niños en competencia con los hombres, por la miseria de las remuneraciones, por la falta de higiene y de seguridad en los establecimientos, por la deficiencia, en suma, de todo aquello que hoy constituye la política social de los Estados. Y fue también al acabarse esa centuria cuando empezó a tomar cuerpo el elemento que recibe y padece los efectos de la cuestión social. Al desarrollarse el capitalismo crece y adquiere músculos su hijo, el movimiento obrero, que acaba por volverse contra su progenitor. La Revolución Industrial iniciada en ese siglo, al implantar sistemas de producción no conocidos en la época de la manufactura, estaba dando lugar a que por el contacto de codos en las fábricas los trabajadores comenzaran a tomar conciencia de la explotación a que eran sometidos y a barruntar los caminos de la liberación.

Debió haber sido muy grave el fermento de protesta que se incubaba en los bajos fondos, cuando el hombre de letras más inteligente de la época, Voltaire, innovador en otros campos; como era innovadora la intelectualidad, no vaciló en escribir que la religión debía tener el prestigio suficiente para mantener a las clases inferiores en su verdadero sitio, y para hacerles comprender que en la otra vida tendrían el consuelo que se les negaba en esta. La religión aparece así como aliada de la clase en ascenso, la burguesía, y lo único que se esperaba de ella, en ese siglo en que la superstición recibía tantas diatribas, era que hiciera lo imposible por atajar la rebeldía del sector que Voltaire llamaba “la canalla” y Burke, “la multitud porcina”.

En el dominio de las doctrinas económicas ocurría cosa parecida. La escuela predominante en el siglo XVIII, la fisiocracia, de la que ya hemos hablado, enunciaba postulados que contribuían a la sumisión de los humildes. Debía mantenerse en su plenitud el dogma de la libertad de contratación entre patronos y trabajadores, la fijación de los salarios debe dejarse a la acción incontrolada de la ley de la oferta y la demanda, la actividad del propietario necesita ser respetada plenamente porque es el mejor juez de sus actos, y el Estado, desde luego, debe mantenerse con los

brazos cruzados. Todo esto lo resumió Quesnay, el oráculo de la escuela fisiocrática, en su famoso aforismo: “Si yo fuera rey no haría nada”.

Por eso la Revolución Francesa, al concretar principios básicos, estableció la libertad-autonomía, es decir, la que le permite al individuo escoger su oficio, fijar donde quiera su domicilio, moverse, pensar con independencia, pero no reconoció, ni podía hacerlo, lo que se llama la libertad-poder, que es la que le da a la persona instrumentos para su liberación. Por eso, la legislación revolucionaria prohibió la sindicalización y con mayor razón la huelga, por ser atentatoria contra la “libertad” que había triunfado. Algunos espíritus zahoríes sacaron desde entonces la conclusión heterodoxa de que sin pan y sin garantías para la lucha, el ciudadano no es libre.

Al llegar al siglo XIX el paisaje se vuelve más claro y el camino más preciso. El industrialismo hacía avances de consideración y por tanto se ensanchaban las filas del movimiento obrero, sin el cual no se concibe el socialismo. El debate entre capitalistas y trabajadores despertó el interés de intelectuales y de políticos que entendieron desde entonces que la justificación de su existencia consistía en ayudar a la modificación de la sociedad. Por eso son acertadas las observaciones de quienes dicen que fue en las primeras décadas de la centuria pasada cuando se formó el socialismo moderno, un socialismo impreciso, vaporoso, como correspondía a la etapa en que el combate de clases no había alcanzado la intensidad que adquiriría después.

El socialismo utópico

Por eso lo que floreció en aquel momento fue el llamado socialismo utópico. Saint Simon, Fourier y Cabet en Francia y Robert Owen en Inglaterra, vieron que el capitalismo, a pesar de su juventud iba mal, pero no supieron localizar las causas y menos todavía indicar el remedio. Saint Simon, por ejemplo, y toda su escuela, se extasiaban ante las realizaciones técnicas del nuevo sistema económico, y llegaron a reverenciar el industrialismo como a una religión, en lo cual se apartaban de los fisiócratas, partidarios fanáticos de la agricultura, y le abrían las puertas al marxismo, pero su utopismo consistió en que creyeron encontrar el núcleo portador de la justicia social en *una clase industrial*, en la que estarían mezclados curiosamente como observa el profesor Bouglé, los jefes de empresa, los ingenieros, los organizadores de la producción, los banqueros y naturalmente los trabajadores³⁸. Un areópago, constituido por cierto número de sabios, se reuniría periódicamente para señalar los rumbos de la sociedad. Lo importante era

38 Bouglé, Célestin. *Socialismes français*. París: Colin, 1946.

adoptar métodos que aumentarían la producción sin afanarse mucho por la distribución. Un tipo nuevo de Estado, que aplicaría en la administración los procedimientos probados en la industria, y con la colaboración de los bancos, impulsaría el desarrollo.

El verdadero aporte de los saintsimonianos al socialismo estuvo sin duda en la denuncia de la propiedad privada, a la cual le quitaron el halo de derecho absoluto, y por eso recomendaron medidas muy concretas como la supresión de la banca privada, por considerarla estrechamente ligada a los privilegios, la creación por consiguiente de bancos del Estado, con bajas tasas de interés y orientadas a financiar empresas de utilidad pública, la eliminación de la herencia y de las rentas sin trabajo. Todo esto adobado con la reiteración del derecho de los pobres a la felicidad. Como dice hermosamente Bouglé, al hacer de la propiedad privada una categoría histórica, es decir, transitoria, los saintsimonianos bañaron ese viejo derecho absoluto en el gran río de Heráclito.

Era natural que el socialismo utópico se desarrollara en los dos países más industrializados, Inglaterra y Francia, donde la cuestión social era particularmente aguda. Si omitimos, por razones de espacio, la referencia a los otros utopistas franceses, Fourier y Cabet, podemos avanzar alguna información sobre Robert Owen, jefe de fila de ese bando en la Gran Bretaña.

Owen, como lo sería Engels pocos años después, fue industrial, con mucha experiencia en ese ramo como director de una fábrica de algodón, y admirador al igual que Saint Simon; de las inmensas posibilidades técnicas que traía consigo el capitalismo. El ataque a este sistema lo basaba Owen, como advierte el tratadista Cole en las calamidades sociales a que da lugar³⁹. A él lo irritaba la pobreza que se extendía en amplios círculos a su alrededor el hecho de que hubiera hombres que por el prurito de hacerse ricos dejaban de ser insensibles para volverse inhumanos. A su juicio, la pobreza no se debía a la incapacidad de los que la sufrían para triunfar en la vida, sino a la vigencia de un sistema que daba lugar a fenómenos funestos como la competencia desenfrenada a que se entregaban los empresarios, empeñados sobre todo en eliminar a los rivales, para lo cual llegaban a todos los excesos.

El utopismo de Owen se manifiesta en varios aspectos: en la creencia de que el capitalismo podría ser aceptable si se le introducían algunos correctivos, por el estilo de estos: divulgar la educación y el cooperativismo. Por eso Owen se hizo líder de la educación popular en Inglaterra, y como

39 Cole, G.D.H. Op. Cit. p. 95.

Fourier en Francia, creyó que una red amplia de cooperativas era la mejor manera de crear empleos, sobre todo si mediante ese sistema se proveía al cultivo de la tierra. De todos modos está en su haber el que algunos de sus discípulos formaran en 1844 la Sociedad Equitativa de Pioneros de Rochdale, que siempre se cita como el verdadero punto de partida de esa forma de organización; recomendaba también someter al capital a tener una recompensa limitada a un ingreso razonable, para poder destinar el resto de las utilidades al bienestar de los trabajadores; y fundar empresas comunitarias modelos, y así fue como Owen compró una considerable extensión de tierra en los Estados Unidos, para que funcionara, como realmente funcionó por un tiempo, la colonia *La Nueva Armonía* formada por emigrantes que vivirían y trabajarían en un ambiente aún no corrompido, según las reglas owenianas, es decir, dentro de una organización comunitaria en la que todos fueran iguales. Es de advertir que organizaciones de ese estilo quisieron establecer en Francia, Fourier con su célebre Falansterio y Cabet con su Icaria.

Generosos, sensibles, amigos de darle al corazón la parte que merece, los utópicos ocupan puesto destacado en los anales del socialismo, sobre todo en su período formativo. Sweezy, a pesar de su rigor doctrinario, reconoce que fueron acertados en su análisis de la historia, que le suministraron a Marx y a Engels muchos de los materiales con que habrían de trabajar en seguida, y que gracias a ellos, el socialismo se extendió a Alemania, Suiza, Bélgica y otros países. Claro que no fueron obreristas, porque aún la clase obrera era débil, ni demócratas ni revolucionarios, pues como buenos hijos de La Ilustración pensaron que por los avances de la industria habría en la sociedad tal opulencia, que mediante el empleo de la razón, es decir sin grandes conmociones, la condición de todos podría ser mejorada. En síntesis, su flaqueza intelectual estuvo en no haber comprendido la importancia de la lucha de clases como agente de la transformación de la humanidad.

1848

La condición precaria en que aún se encontraba la clase obrera, que dio lugar a que por varios decenios se impusiera el socialismo utópico, hizo que ella actuara en la Revolución Francesa de 1830 como un simple agregado de la burguesía. Poco a poco sus miras y su acción se fueron radicalizando y por eso, en los mismos años 30, hubo levantamientos proletarios en París y en Lyon, determinados por las malas condiciones de trabajo, y en el otro país industrializado, Inglaterra, ocurrió en el

mismo lapso el notable movimiento conocido con el nombre del Cartismo, del que diremos unas palabras.

Las clases medias inglesas habían conquistado en 1832 el derecho al voto, ejemplo que dio lugar a que el obrerismo reclamara el sufragio universal. El movimiento organizado en torno de la Carta, o sea la petición dirigida al Parlamento en ese sentido, tuvo su hora de plenitud en 1838, pero la agitación continuó por un tiempo más sin que las peticiones obtuvieran éxito. Ellas no eran solo políticas: también había unas de carácter social, como las relativas a una mejor vivienda y a trato humano por parte del patronato. El Cartismo fue el equivalente inglés de las revoluciones de 1848 en varios países del continente. Los cartistas pensaban en efecto que el voto universal era el paso obligado hacia la transformación completa de la sociedad. Por algo Marx y Engels, yendo más al fondo, escribieron en dicho año del 48 que en lo que se debía pensar era en el derrocamiento del capitalismo. Conquistas como la primera ley de fábricas y la reducción de la jornada de trabajo a diez horas, no alcanzaron a atemperar las ambiciones radicales de los cartistas. Cuando sus dirigentes organizaban sindicatos y trataban de unirlos en un solo frente, daban la prueba de que su pensamiento iba más allá de las reivindicaciones inmediatas.

Es sabido que las revoluciones europeas de 1848 no alcanzaron a estar teñidas de colores extremos. Donde la revolución fue más intensa, en Francia, no pasó del derrocamiento del rey burgués Luis Felipe y de la creación de un gobierno provisional en el que figuraba Louis Blanc en representación del socialismo; en Alemania se obtuvo la abdicación del rey de Baviera; en Austria la promesa de una Constitución por parte del Emperador; en Italia Garibaldi y Mazzini declararon que había terminado el poder temporal del Papa, el que huyó de Roma, y en Holanda, Bélgica y Suiza hubo algunas reformas constitucionales. Fueron revoluciones de vastas repercusiones, aunque no socialistas, como lo subraya el tratadista Cole⁴⁰, pero si tomamos en conjunto esas sacudidas, podemos decir que todo indicaba el comienzo de otra era.

Al escribir que en 1848 se abría otro capítulo en los anales de la liberación humana, nos basamos en el hecho de que en ese año se manifestaron dos movimientos que debían confluir: de un lado el estrictamente obrero, expresado en luchas como las que hemos mencionado, y del otro, el movimiento socialista, con una filosofía precisa, pues fue entonces cuando se publicó el *Manifiesto Comunista*, en el cual Marx y Engels

40 Cole, G.D.H. Op. Cit. p. 280.

fijaron los derrotados de la nueva clase. Los vaivenes conceptuales, las oscilaciones teóricas, debían terminar por obra de ese texto, elocuente y profundo.

No era cualquier conglomerado el que estaba a la vanguardia. Karl Kautsky, uno de los primeros en estudiar a fondo la clase obrera, expresó en uno de sus mejores libros que ella es la única que se interesa por la suerte de toda la comunidad, no porque sus componentes sean superiores a los otros seres, sino porque lo que buscan coincide con la suerte de todos⁴¹. En otras palabras, mientras los señores feudales y los burgueses hicieron derivar las revoluciones que acaudillaron en el sentido de entronizar privilegios que solo convenían a los sectores sociales victoriosos, ahora llegaba una clase que no se propone establecer y proteger con alambradas las ventajas que solo a ella conciernen, sino que procura amparar los intereses de todos los asociados. Por eso promete suprimir las diversas clases.

Naturalmente el agregado humano que persigue tan altos fines tiene que limpiarse cada día de la escoria. Erigidos en pedagogos de elevada jerarquía, Marx y Engels se dirigieron así a los obreros en 1850: “Tenéis que sostener 15, 20, 50 años de luchas sociales, no solo para cambiar las condiciones actuales, sino para transformaros vosotros mismos y hacerlos dignos del poder”⁴².

Y donde esa clase no está todavía en capacidad de dar la batalla definitiva, no debe intentarla sino ayudar a la burguesía a suprimir el poder supérstite del absolutismo y del señorío feudal. Ese fue el consejo que les dio Marx a los trabajadores alemanes en la década del 40, en el entendimiento de que ellos arreglarían cuentas después con los capitalistas.

En el *Manifiesto Comunista* los autores señalan que los progresos del proletariado en madurez y competencia son uno de los requisitos esenciales para sustituir la sociedad actual. Del crecimiento del número de asalariados y de su concentración en las fábricas se encarga el capitalismo; pero tomar conciencia de sus derechos y de sus deberes hacia los asociados es tarea que incumbe exclusivamente a los trabajadores. El despegue consiste en que estos entiendan que su salvación no es individual ni está en la constitución de pequeñas unidades económicas, sino en la explotación colectiva de los grandes medios de producción, para lo cual es necesario eliminar de una vez por todas la idea de que esos medios pueden ser objeto de propiedad privada.

41 Kautsky, Karl. *La doctrina socialista*. Buenos Aires: Claridad, 1966. p. 33.

42 Cit. en *Ibid.*, p. 44.

¡Larga empresa, camino empinado! Pero si se miraba hacia atrás se descubría que se había recorrido mucha parte del sendero. Bastaba establecer el contraste entre lo que se pensaba ahora y lo que se pensaba antes. En el siglo XVIII; por esa misma época, reinaba la Escuela Fisiocrática. Mientras esta; según el paralelo que señala Bouglé, defendía la propiedad privada, en la actualidad los revolucionarios la combaten; cuando los fisiócratas exaltaban la agricultura, las nuevas tendencias consagran la industria; mientras el héroe de entonces era el campesino, el de hoy es el obrero. Es toda una revolución.

El marxismo y las ideas socialistas

Se puede preguntar ahora cuál fue el aporte del marxismo a la doctrina que estamos estudiando. Ese aporte, *grosso modo*, consistió en dos hechos cardinales: en que Marx y Engels lograron convertir los muchos socialismos que había, de los cuales el más importante era el utópico, en uno de bases científicas, fundado en la lucha de clases, y en que supieron fusionar ese socialismo científico con la praxis revolucionaria, de modo que a partir de entonces la aspiración a una sociedad distinta dejó de ser una disertación erudita para trocarse en algo que tiende a la acción. O sea, según la frase repetidamente citada, que ya no se trataba de interpretar el mundo sino de transformarlo.

En el *Manifiesto Comunista* se encuentran en germen las ideas que pasaron a constituir el patrimonio del socialismo. Otras obras de Marx y Engels ayudarán a completarlas. Pero inmediatamente aparece una interrogación: ¿por qué si hasta ahora se ha hablado de socialismo, de pronto tropezamos con una palabra nueva, comunismo? ¿Por qué aquellos pensadores no denominaron su programa Manifiesto Socialista? Aunque sobre este punto volveremos con más detenimiento, es del caso decir que en 1848 ya había diferencias entre socialismo y comunismo. En 1847 funcionaba una agrupación política, especie de organización obrera internacional, aunque su fuerza mayor residía en los alemanes: era la Liga Comunista, que había escogido ese nombre para diferenciarse de los muchos socialismos que había, ninguno de los cuales le parecía aceptable. Fue esa Liga la que comisionó a sus dos miembros, Karl Marx y Friedrich Engels, para que redactaran el programa respectivo, trabajo que fue terminado en enero de 1848, cuando se anunciaban las revoluciones de ese año en Europa.

Todo el *Manifiesto* está saturado de la idea de que el comunismo era un hecho cierto, y por eso él arranca con las palabras famosas: “Un espectro se cierne sobre Europa: el espectro del Comunismo”. Y para

que se vea la lentitud desesperante con que evolucionan los eslóganes políticos, viene a continuación este párrafo que parece escrito hoy:

No hay un solo partido de oposición a quien los adversarios gobernantes no motejen de comunista; ni un solo partido de oposición que no lance al rostro de las oposiciones más avanzadas, lo mismo que a los enemigos reaccionarios, la acusación estigmatizante de Comunismo.

Decimos que en ese momento ya se hablaba de diferencias entre socialismo y comunismo, pues en 1842 había aparecido un libro, el del alemán Lorenz Von Stein, quien sostuvo que mientras el socialismo aspiraba a formar una nueva sociedad por la fuerza de las verdades proclamadas, es decir, por la vía pacífica, el comunismo quería derrocar la vieja sociedad por la fuerza de la masa mediante una revolución⁴³. Nadie más autorizado para precisar esas diferencias que Engels quien en 1890, en el prólogo a la nueva edición alemana del *Manifiesto*, decía que el mote de “socialistas” convenía a los que abrazaban diversos sistemas utópicos, los cuales pensaban que las calamidades sociales podían curarse a base de remiendos, sin tocar para nada el capital y la ganancia, en tanto que el sector obrero que propugnaba la radical transformación del cuerpo social escogía la etiqueta de “comunista”⁴⁴.

Nuestra creencia es que después de la aparición del *Manifiesto* esa fue una vana disputa, pues en la medida en que se asimilaban las ideas en él contenidas, las dos expresiones, “socialista” y “comunista” pasaron a ser casi equivalentes, y por eso Marx y Engels las usaban en forma indistinta. El mismo Lenin se proclamaba socialista y socialdemócrata, y solo después de mucho tiempo, en 1917, propuso que su partido se llamara comunista. Fue a partir de esta fecha cuando empezaron a marcarse de nuevo las diferencias entre los dos términos.

Aquel año de 1848 fue, pues, crucial, porque durante él tanto el movimiento obrero como el movimiento socialista entraron en una fase distinta de su agitado destino, no solo por el vigor de que daba muestras la clase trabajadora, sino por la serie de revoluciones que se sucedieron en los países más adelantados, y por la invaluable adquisición que significó para las fuerzas interesadas en el cambio la publicación del *Manifiesto Comunista*. Había además algo nuevo de destacada importancia: la extensión fulgurante del capitalismo, no únicamente en Europa sino en los Estados Unidos, por el hecho de que ya se había cumplido un ciclo

43 Marx, Karl y Engels, Friedrich. *Manifiesto comunista*. Introducción de Wenceslao Roces. Madrid: Cenit, 1932. p. 22.

44 *Ibid.*, p. 47.

de la primera revolución industrial. Los avances técnicos eran incalculables, según la relación que trae Riazanof: En el siglo XVIII se había inventado el hilado mecánico, los telares correspondientes y el uso del vapor como fuerza motriz, gracias en este último caso al genio de Watt. A comienzos del siglo XIX el empleo del vapor, en vez del agua, como fuente de energía se había hecho casi universal. En seguida vino la aplicación del vapor a los transportes: Roberto Fulton perfeccionó en 1807 la navegación con base en él, y Jorge Stephenson ideó la locomotora, ensayada con éxito en 1814. En 1819 un barco de vapor hizo la travesía entre Europa y los Estados Unidos en el tiempo récord de 26 días, y en 1825 Inglaterra estableció el ferrocarril como servicio público⁴⁵. El capitalismo contaba con una rica panoplia de fuerzas productivas y podía desenvolverse hasta tocar los límites de la fantasía.

Ahora sí podemos tratar a espacio el punto relativo a la contribución del marxismo a las ideas socialistas. Para mayor claridad vamos a dividirlo en varios rubros:

1) *La interpretación materialista de la historia*. Sin duda la enseñanza más fecunda entre las dejadas por el marxismo es la que suministra el hilo conductor para orientarse en el dédalo de la evolución de la especie. Esta obedece, según esa doctrina, al modo como van cambiando las fuerzas productivas, que son las que le suministran al ser humano lo necesario para vivir y desenvolverse. Es decir, que la evolución depende en primer lugar del dominio que la humanidad ha alcanzado sobre la naturaleza y sobre sí misma. El carbón, el hierro, el vapor, el trabajo mismo, son fuerzas productivas solo cuando el hombre ha alcanzado a conocerlas y a determinar su uso. Cuando ellas varían, todo cambia. La estructura social, la jurídica, la política, las ideologías, se van adaptando a esas mutaciones. En su libro *Contribución a la crítica de la economía política*, aparecido en 1859, escribió Marx:

El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina la realidad; es al contrario la realidad social la que determina su conciencia. En cierto estadio de su desarrollo, las fuerzas productivas de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica, con las relaciones de propiedad, en el interior de las cuales ellas se habían movido hasta entonces. De formas evolutivas de las fuerzas de producción que eran, esas relaciones se vuelven trabas a esas fuerzas. Entonces se abre una era de revolución social. El cambio que se ha producido en la base económica sacude, lenta o rápidamente, la colosal superestructura.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 103-104.

Esto no quiere decir que para Marx el factor económico sea el único. Esa sería una simplificación aberrante de la realidad social, de por sí compleja. Engels salió al encuentro de esas interpretaciones equivocadas, cuando hizo ver que para su ilustre compañero y para él, dicho factor económico no alcanza por sí solo a explicar la evolución, sino que es el que tiene la primacía. El caso personal de ellos es ejemplo ilustrativo: los fundadores del socialismo científico no se habrían impuesto el duro trabajo intelectual que se impusieron, si no hubieran visto el peso que tienen las ideologías en la evolución humana.

La concepción materialista de la historia no debe entenderse en consecuencia como que el hombre se rige exclusivamente por motivos económicos o egoístas. Eso es propio del sistema de Bentham. El profesor Cole está en lo cierto cuando dice que aquella teoría se refiere, no a los móviles que guían al individuo, sino al movimiento general de las fuerzas históricas, es decir, a las que afectan a los grandes grupos⁴⁶.

2) *La lucha de clases*. El punto anterior se conecta con la tesis de que la historia humana es la historia de la lucha de clases. Y ello porque ante la evolución incesante de las fuerzas productivas y de la sociedad, uno o varios sectores quieren mantener las antiguas relaciones de producción y de propiedad, a tiempo que otro u otros de esos sectores, a medida que van obteniendo poder social y dominio sobre las mencionadas fuerzas, quieren romper la antigua organización para imponer una que les convenga. Así la crónica humana, una vez que la especie salió del comunismo primitivo, es un forcejeo sin reposo entre las clases, las cuales derivan su antagonismo del hecho de que una de ellas obtiene sus ingresos de la posesión de los medios de producción, y la otra u otras los obtienen por el pago del servicio que prestan como asalariados, ya que solo son dueñas de su fuerza de trabajo. Ese forcejeo, que le da al desenvolvimiento de la especie un fuerte y áspero colorido, solo terminará con la victoria del socialismo y con el establecimiento de una sociedad sin explotadores ni explotados. Con esto decimos que el socialismo no es amigo de la lucha de clases, como superficial que perversamente se asegura. Es su enemigo declarado, porque considera que ella le causa a la comunidad males indecibles, en forma de pérdidas materiales y humanas, de gastos en armas y en el mantenimiento de un aparato represivo. El socialismo entonces lo que hace es utilizar la lucha de clases, pero con el fin de que desaparezca.

46 Cole, G.D.H. Op. Cit. p. 277.

¿Pero cuáles son esas clases? Marx y Engels las redujeron a dos, la burguesía y el proletariado, porque a su juicio el capitalismo va reduciendo a los sectores medios hasta lanzarlos a la condición de asalariados, por su incapacidad de afrontar las grandes empresas. ¿Se habrá cumplido totalmente esa predicción? No lo creemos, y Colombia es una prueba de ello. Las viejas clases medias, pequeña burguesía del campo y la ciudad, artesanado, pequeños comerciantes, profesionales y funcionarios, conservan su vigor e importancia, e inclusive con la evolución reciente de las fuerzas productivas, se ha visto florecer nuevas clases medias, formadas por técnicos, ejecutivos, administradores, artistas, investigadores, etc., cuya influencia es manifiesta.

La teoría de la lucha de clases no fue descubrimiento de Marx y Engels, pues otros historiadores y líderes sociales la habían visto. Lo que aquellos hicieron fue darle una formulación clara y enérgica. Esa teoría, lo mismo que la de la interpretación materialista de la historia, son elementos insustituibles para el conocimiento de la sociedad y para el análisis de sus transformaciones. Como observa Jaurès, si el hombre comprende el verdadero curso de las cosas, acaba por ayudarlo y precipitarlo, y entonces es un revolucionario. Pero si no lo comprende, se convierte en obstáculo de ese proceso, y aun cuando viva en medio de las sediciones y de los ardores de la renovación, es un reaccionario⁴⁷.

3) *La concentración del capitalismo.* El *Manifiesto* describe la tendencia del capitalismo a concentrarse, o sea, a hacer que cada vez sea menor el número de personas naturales o jurídicas que ejercen dominio sobre la industria, el comercio, la tierra y el sector financiero, mediante la absorción de unidades de menor volumen y capacidad, aunque como acabamos de decir, las clases medias económicas a veces resisten con éxito. Es cierto que los socialistas utópicos alcanzaron a intuir esta ley, pero fueron los fundadores del marxismo los que le dieron al fenómeno una formulación científica. Así dijeron: “La burguesía suprime cada vez más la dispersión de los medios de producción, de la propiedad y de la población. Ella ha aglomerado las gentes, centralizado los medios de producción y concentrado la propiedad en pocas manos”.

Con el tiempo se vio que la concentración opera no solo en el plano interno, mediante la expansión de los monopolios y los oligopolios, sino que desborda el ámbito internacional, y de ahí el auge de las empresas transnacionales y la continua incorporación de firmas nativas a compañías extranjeras. Es natural entonces que el movimiento obrero haga a su

47 Jaurès, Jean. Op. Cit. p. 145.

turno lo mismo, mediante la formación de confederaciones sindicales de alcance nacional y que inclusive adquiriera dimensiones internacionales. De ese modo, como advierte Paul Louis en instructivo libro, la teoría de la lucha de clases se articula a la ley de la concentración de capitales⁴⁸.

Esta adquiere en la Colombia de fines del siglo xx proporciones que asustan. En 1978 una institución oficial, la Superintendencia de Sociedades Anónimas, reveló la existencia de 24 conglomerados que controlan 434 empresas, las que son manejadas por solo 354 personas naturales, estratégicamente repartidas en las Juntas Directivas. El presidente Turbay, a comienzos de 1979, le informó a la opinión que el 5% de los accionistas controlan el 95% de las acciones industriales, que el 0.2% de ciudadanos que acuden a obtener los servicios de los bancos reciben el 64% del crédito, y que el 0.9% de los propietarios territoriales tienen en sus manos el 93% de la superficie laborable.

El poder económico concentrado da lugar a que en la esfera política ocurra lo mismo, por lo cual cada día le resulta más difícil al Estado escapar al asedio de los grupos de presión. Todo esto pone en peligro el funcionamiento de la democracia representativa, pues esta no puede funcionar en una nación donde hay tales disparidades en la distribución y el uso de los instrumentos de influencia y de dominio. El control de los medios de información por unas pocas entidades es una prueba más de ese perturbador fenómeno.

4) *Dentro del capitalismo la fuerza humana de trabajo es una mercancía.* Convertido el asalariado en un resorte de la máquina, no tiene más horizonte que el de aumentar cada día el rendimiento. Es patética la descripción que hacen Marx y Engels del modo como el trabajador vende esa mercancía sui generis, la degradación constante de que es víctima y la manera como pierde toda iniciativa y oportunidad de creación. Ford decía que el oficio del obrero no es pensar, pues de eso se encargan los intelectuales a quienes las empresas remunerar para que lo hagan. Es tal vez en ese acápite donde Marx y Engels muestran mejor el hondo humanismo que preside sus reflexiones; de ahí que diseñen un sistema social en el que desaparezca el régimen del salariado y en el que el trabajador emerja como ser libre.

Pero acontece algo más grave: el obrero está obligado, según lo demostró Marx en el primer tomo del Capital, a trabajar gratuitamente cierta fracción de su tiempo. Es el inmenso tema de la plusvalía. De su significado dentro de la construcción marxista, da cuenta Engels en este

48 Louis, Paul. *Les idées essentielles du Socialisme*. París: Rivière, 1931, p. 51.

párrafo del *Anti-Dhuring*: “Es por estos dos grandes descubrimientos: la concepción materialista de la historia y el descubrimiento del secreto de la producción capitalista, por medio de la plusvalía, como el socialismo ha llegado a ser una ciencia”

A pesar de los cambios económicos ocurridos desde entonces, la fuerza de trabajo sigue siendo una mercancía y la plusvalía continúa jugando su papel expoliador. Pero sí es del caso anotar que no se ha cumplido en todos los casos la tendencia a la pauperización que los padres del marxismo creyeron inevitable. Ellos escribieron en tiempos en que, la situación del obrero europeo era calamitosa, pues por algo la década del 40 fue llamada en Inglaterra “la década del hambre”. Después se vio que no era cierto que el salario se redujera al mínimo de lo que el hombre necesita para vivir y perpetuarse. Mediante una cadena de combates efectuados desde entonces, los siervos del trabajo han logrado conquistas que les han permitido recibir una remuneración mayor que la que significaría el costo de producción y de reproducción de su labor.

Esto es en bloque. Porque habría que hacer la diferenciación entre naciones industrializadas y naciones subdesarrolladas. En aquellas, por lo mismo que el trabajador se beneficia de la explotación que padecen los operarios de las áreas atrasadas, percibe una remuneración superior al mínimo vital, aunque como observa J. Kenneth Galbraith, la miseria afecta aún a extensas zonas de una sociedad tan rica como la norteamericana⁴⁹. Sensible a esa realidad, poco tiempo antes de su muerte, el presidente Kennedy había diseñado un plan para atacar frontalmente la extrema pobreza en su patria, pues por algo había familias, sobre todo en el campo, que percibían al año menos de mil dólares.

Si en los países industrializados no se cumple la ley de la pauperización física, sí ocurre algo que ha merecido el nombre de pauperización psíquica. Los sociólogos que han estudiado esta nueva forma de miseria la describen como el malestar que produce en los trabajadores, cualesquiera que sean su remuneración y su bienestar, el sentimiento de no ser dueños de los aparatos que manejan y del producto obtenido, la frustración de no poder disponer libremente del tiempo de ocio que han conquistado, de ser condicionados por una gigantesca maquinaria que se apodera de todos los reflejos. Como dice Wright Mills en su libro *The Marxists*, la capacidad de razonar y todas las oportunidades de experiencia personal le son conculcadas al asalariado mediante esa nueva

49 Kenneth Galbraith, John. *La sociedad opulenta*. Barcelona: Ariel, 1960. pp. 303 y ss.

manera de explotación. Es esa, ciertamente, una de las manifestaciones más atroces de la alienación.

En cambio en los países pobres sí es un hecho la pérdida incesante del poder adquisitivo del salario, como se vio en Colombia en la década de 1970, pérdida que en muchos casos lanza al obrero al vórtice de la pauperización. Que esta es una realidad entre nosotros no admite dudas: se han publicado estadísticas según las cuales, con base en las cifras de 1970, el 70% de la población rural y el 56% de la urbana están por debajo del nivel de subsistencia. Diez años después, en 1980, según datos de ANIF, el 70% de la población recibe al año menos de 500 USD (o sea 23000 COP), a tiempo que el 20% de la población se queda con el 65% del ingreso nacional. El Banco de la República a su turno muestra con los datos siguientes la disminución año por año del trabajo en dicho ingreso:

- En 1970 era del 41.2%
- En 1972 era del 40%
- En 1974 era del 36.3% y
- En 1976 del 34.8%.

5) *La teoría del valor.* Dentro de la construcción económica de Marx tiene especial preeminencia la teoría del valor. A pesar de que es muy conocida, conviene recordarla. Según ella, cada producto tiene dos tipos de valor. El de uso consiste en la capacidad de la mercancía para satisfacer una necesidad, sea material o intelectual. Pero esa mercancía, para llegar al consumidor, debe pasar por diversas manos, cada una de las cuales recibe una recompensa por su intervención, la que lleva el nombre de valor de cambio. En Economía ese valor de cambio se llama precio, y se expresa en moneda. Ese es el valor que al consumidor le interesa, pues es el que debe pagar en definitiva.

¿Pero qué es lo que determina ese valor de cambio? Marx responde diciendo que es la cantidad de trabajo incorporada en el producto. Pero no cualquier trabajo sino *el socialmente necesario*, es decir, el que se debe invertir teniendo en cuenta el promedio fijado por el sistema productivo, el que proviene del desarrollo técnico adquirido en cada período. O sea, que con todo invento disminuye la cantidad de trabajo indispensable, y esto a su vez trae consigo el descenso del precio del artículo. De modo que no es la utilidad, mayor o menor, de este, o su escasez, según otros economistas, lo que establece el valor.

¿En qué momento se fija el precio? Sin duda es cuando el género aparece en el mercado, es decir, cuando se ponen frente a frente el vendedor y el comprador. Esa confrontación impide que en la evaluación prevalezca el juicio personal de una de las partes. Se sabe entonces si se ha producido mucho o poco de la mercancía. De esta observación se han valido algunos críticos de la teoría marxista, para aseverar que el volumen de la oferta y la demanda también tiene que ver con la determinación del precio.

Sea que se tengan en cuenta otros elementos, como este de la mayor o menor abundancia del bien, o el de la competencia que se hacen los productores, la realidad es que el trabajo incluido es el factor esencial del precio.

Es del caso recordar que la teoría del trabajo como fuente del valor no fue descubrimiento de Marx, pues antes lo habían dicho Adam Smith y Ricardo. Lo que aquel hizo fue darle una presentación más amplia y rigurosa, y sobre todo, deducir de la teoría lo que es realmente nuevo y explosivo: la noción de la plusvalía. Para Marx, y habida cuenta de que dentro del capitalismo el trabajador no es dueño de los medios de producción, una vez que él los pone en acción producen géneros que tienen un valor más alto que el desgaste de la maquinaria, el costo de los insumos y el de la misma fuerza de trabajo. El capitalista no se limita a hacer que el operario produzca lo indispensable para indemnizarlo por esa inversión, pues lo obliga a trabajar horas adicionales, las que son las creadoras de la plusvalía, la que pasa al bolsillo del empresario o del dueño del establecimiento. Esto hace del trabajador un explotado y del patrón un explotador.

La teoría del valor y de la plusvalía, complicadas de suyo, y sobre las cuales Marx se explaya en *El Capital*, es objeto todavía y lo seguirá siendo, de agrias disputas y de tentativas de rectificación por parte de los economistas del sistema, pero ella ha pasado a ser patrimonio de las clases productoras y de los socialistas en general, pues en esa construcción se basan para postular la necesidad de otra organización social en la que no se expropie por particulares una parte del trabajo. Sin duda la causa principal del cambio de mentalidad de los trabajadores y de su avance en la conciencia de clase, reside en la seguridad que hoy tienen de que a cada momento están generando valor y plusvalía.

6) *Carácter humanista del socialismo*. El problema del hombre, de su liberación y de su realización, es el leitmotiv de la obra de Marx. Sería inexacto, a la luz de sus enseñanzas, reducir el socialismo a un sistema económico en el cual solo sería importante la magnitud de los artículos producidos. La demanda persistente de la eliminación de la propiedad privada sobre los medios de producción, no es, ni mucho menos, un fin:

es solo un medio dirigido a lograr el bien supremo de que se liberen las enormes reservas de superación y creación que hay en cada miembro de la especie. El paso inicial consiste en poner a la persona en condiciones de satisfacer las necesidades físicas: eso le abre la puerta para llegar a la posesión de otras libertades. Así aparecerá un hombre que esté en capacidad de escoger libremente sus fines, o si se prefiere, un hombre que dejará de ser un objeto, que es la condición a que lo rebaja el capitalismo, para llegar a ser el sujeto de su destino. En *El Capital* Marx dice que el miedo a perder su pan y el de los hijos somete al trabajador al actual sistema con más fuerza que la que tuvo encadenado a Prometeo a las rocas del Cáucaso. Suprímase la alienación, es decir, esa condición en la que el asalariado no es dueño de los medios productivos y de su producto, y surgirá un ser distinto. Se habrá conseguido entonces lo que Marx resumió en la frase estupenda de que “el libre desenvolvimiento de cada uno es la condición del libre desenvolvimiento de todos”.

7) ¿Qué es el Estado según el marxismo? Para responder a esta pregunta lo mejor es referirse primero al concepto del Estado que tenía a la sazón más prestigio. Se debe a Hegel: para él esa institución es “la idea divina que venía rigiendo”, es “el desenvolvimiento del espíritu universal”; según el filósofo, “ser miembro del Estado es el más alto deber individual”. Apartándose de esa visión idealista, Marx y Engels se propusieron estudiar esa institución a lo largo de la historia y en función de las realidades que vivían, y llegaron a la conclusión de que era preciso verla en sus relaciones con la lucha de clases. El Estado no se encuentra por fuera ni por encima de las clases, y de ahí que analizaran el proceso mediante el cual la burguesía se adueñó de las palancas de mando para construir el Estado representativo, como expresión de la centralización política, detrás de la cual palpita la unidad nacional, lograda en los países más evolucionados de Europa después de intensas y a veces sangrientas jornadas. Alcanzada esa unidad, era natural que los sectores dominantes pusieran al servicio de sus intereses ese colosal instrumento que son los órganos públicos de poder. Nada, pues, de atributos divinos en el Estado: él es descarnadamente para los autores del *Manifiesto*, “el Consejo de Administración que rige los intereses colectivos de la burguesía”. Esa institución tiene entonces por tarea resolver los conflictos entre los diversos componentes de la sociedad, inclinándose en favor de aquellos que tienen la superioridad económica.

Esa noción del Estado se mantiene en términos generales, pero basándonos en la experiencia de nuestro tiempo y en los continuos cambios en la correlación de fuerzas, es un hecho que en las naciones donde se

respetan las libertades políticas y sociales, a veces las clases subalternas están en condiciones de desafiar transitoriamente a las altas y de obligar al Estado a terciar en su favor. Para evitar que eso ocurra, en los países subdesarrollados de hoy, los estratos superiores presionan al poder público para que perfeccione su aparato coercitivo, so pretexto de amparar la seguridad nacional, aunque lo que buscan efectivamente es impedir el ascenso de las masas.

En los últimos años algunos economistas y sociólogos de América Latina, como el brasileño Ruy Mauro Marini, han señalado que una de las características de las sociedades dependientes es el considerable grado de autonomía relativa de que goza el Estado respecto de las clases privilegiadas, cuando estas se han debilitado a causa de las contradicciones que a veces se producen en su interior y que son inherentes a dicha situación de dependencia⁵⁰.

Puede que esa haya sido la situación del Brasil en los momentos en que Marini escribía, pues es a su patria a la que se refiere principalmente su análisis. No es el caso de Colombia, donde los monopolios y cuasimonopolios están en ascenso y en buenos términos, por lo cual pueden ejercer vasta influencia sobre el Estado.

Al desarrollar este punto, es preciso tener presente que en su teoría del Estado, Marx anunció la extinción de él en la etapa superior del comunismo. Será entonces una entidad innecesaria y perjudicial, pues frenará la libertad del hombre y en esa época solo será indispensable una simple administración de las cosas. ¿Tendrá bases esa profecía? No lo creemos. Las realidades de hoy, muy distintas de las que Marx tuvo por delante, nos muestran una sociedad cada vez más complicada, lo cual tiende, no a debilitar el aparato estatal sino a vigorizarlo. La coerción se nos presenta como algo insustituible. Por esfuerzos dialécticos que se hagan, no parece previsible que tantas atribuciones como hoy tiene el poder público puedan reemplazarse. El debate es un poco ocioso, porque se refiere a lo que puede acontecer en un mañana distante, ya que ningún país ha entrado en el período propiamente del comunismo, pero quizás no está de sobra anotar que muchos pensadores de nuestros días formulan serias reservas en cuanto al pronóstico de una posible extinción del Estado.

Lo que acabamos de escribir es corroborado por los científicos sociales de matrícula marxista que en nuestro tiempo se ocupan del Estado. Ellos no le conceden importancia al tema de la posible extinción de ese

50 Marini, Ruy Mauro. "Estado y crisis en Brasil". *Cuadernos políticos de México*, 13, (julio-septiembre de 1977): 76-84.

conjunto de aparatos. En cambio, analizan in extenso las diversas tareas que debe desarrollar esa institución para mantener la cohesión de la sociedad de clases y su reproducción como tal. Es lo que han hecho autores tan penetrantes como Nicos Poulantzas en su libro *Estado, poder y socialismo* y los que se agruparon en torno de Poulantzas para producir la obra *La crisis del Estado*, básica hoy para entender lo que se piensa sobre el particular.

Según ese análisis, el Estado actual tiene entre sus actividades cardinales la de asegurar la reproducción del capital y también la de la clase obrera, lo que le permite, al menos por un tiempo, el consenso de los sectores dominados. La reproducción de estos se logra por la política social que adelanta el poder público, por la de empleo, la de seguridad social, la de educación y la de defensa del medio ambiente.

Con esto no se disminuye sino que se alimenta la dominación de una clase o de varias sobre otras, pues esa dominación no se asegura solo por la coerción o la violencia sino por los medios ideológicos o de persuasión que tienden a obtener que los grupos mal instalados socialmente hablando aceptan esa condición desfavorecida. Aquí el Estado adquiere su plena significación: Poulantzas y sus colaboradores demuestran que el sector preponderante no está constituido siempre por una sola clase sino por varias, y de ese modo lo que hay es un bloque en el poder marcado por contradicciones internas entre los socios, pero la cohesión de estos, como la de toda la comunidad, se alcanza a través de una instancia formalmente separada de esas fracciones de clase. Esa instancia superior es el Estado. Por eso hoy se habla tanto de la autonomía relativa de él, y así de ese análisis fluya la conclusión que se hacía esperar: el Estado no es un sujeto dotado de voluntad propia, ya que en el fondo no es más que la forma organizada de las relaciones de clase.

Pero hay casos en que aparece el papel represor del Estado en el plano del pensamiento. Esto lo explica muy bien el alemán Joachim Hirsch, colaborador de Poulantzas, al escribir en la página 144 de la edición española de la obra citada:

El Estado reprime las ideologías y los movimientos anticapitalistas, no por lo que son por ellos mismos, sino únicamente en la medida en que hay que esperar que pongan dificultades de manera consecuente a la realización de la integración ideológica; (esto explica también el ocasional "liberalismo" del Estado burgués respecto a grupos ideológicos disidentes: liberalismo que depende de las condiciones

coyunturales de la integración ideológica y de la relación de la fuerza política entre las clases)⁵¹.

La cuestión está en que de pronto sobrevienen situaciones en las que las clases trabajadoras ponen en entredicho la estabilidad del sistema y del mismo Estado. Entonces nos encontramos en el torbellino de una crisis política. Estas surgen, según otro miembro del equipo de Poulantzas, Jean Pierre Delilez cuando aparecen contradicciones en cadena en el interior del sistema y de la serie de aparatos y de órganos que constituyen el poder estatal. Este no tiene más recurso que el de apelar a los procedimientos ya mencionados de violencia y de la propagación exclusiva de la ideología prevaeciente. La solución de la crisis está determinada por el modo como se distribuye la fuerza entre las clases que chocan⁵².

8) *La cultura de una época es la cultura de la clase dominante*. Dado el carácter de esa clase, es comprensible que se valga de todos los elementos disponibles para fijar su tabla de valores y para seguirla reproduciendo. La escuela, la religión, la propaganda oficial, los diversos medios de comunicación, todo tiende a dicha finalidad. De ese modo el Estado socializa la mente de niños y de adultos en el sentido que le interesa, que es el de la perpetuación del orden establecido. Así vemos que en la actualidad, a pesar de la abundancia de las fuentes de información, el hombre común y corriente es uno de los peor informados, ya que le es difícil sobreponerse a las “verdades” que difunde el sistema.

Por fortuna, en proporción a la fuerza que adquieren las clases populares se crean por ellas organizaciones de diversa índole, que constituyen contrapoderes, los que a su turno generan una contracultura, y de ese modo se van abriendo conductos para independizar la mente humana de las ideas, conceptos y modelos establecidos por el mundo oficial y por los grupos dirigentes.

9) *La teoría de la revolución*. El análisis de la sociedad y de las leyes que presiden su desenvolvimiento, debió llevar a Marx y a Engels a fijar un resultado y una meta: la revolución social. En esto, como en otros puntos, ellos se apartaron de los socialistas utópicos, quienes, creían que ella no era necesaria, pues la equidad y el sentido solidario de la ayuda, llevarían a los sectores dominantes a mejorar la condición de los de abajo.

51 Hirsch, Joachim. “Observaciones teóricas sobre el Estado burgués y su crisis”. En: Nicos Poulantzas (Ed.) *La crisis del Estado*. Barcelona: Fontanella, 1977. pp. 123-151.

52 Delilez, Jean Pierre. “Las relaciones de la crisis del Estado y de la internacionalización”. En: Nicos Poulantzas (Ed.) *La crisis del Estado*. Barcelona: Fontanella, 1977. p. 191.

En la visión marxista, la organización de la sociedad basada en el socialismo supone la ruptura con el sistema capitalista, y es ahí donde está la esencia de la revolución. Esa ruptura implica el ascenso de otras clases a los puestos de comando, un modo diferente de ser del Estado y otro tipo de cultura. Se trata en síntesis, del paso de la lógica de la ganancia a la lógica del trabajo.

Por lo mismo que en el momento en que escribían, Marx y Engels no tenían la experiencia de una revolución, pues la de la Comuna solo se produjo en 1871, se abstuvieron de dar pautas acerca del modo como se efectuarla este tránsito, y además, porque esta es una obra en extremo compleja que depende de circunstancias variables. Fue en dos casos especialísimos, los de Inglaterra y Alemania, en los que Marx se atrevió a decir en 1872 que los trabajadores podrían llegar al poder por la vía pacífica. Engels hizo lo mismo respecto de Francia en 1891.

Nos parece que en el día de hoy pueden discernirse tres modos de efectuar aquella transición:

- a. Por la vía legal,
- b. Por métodos políticos, como la huelga general, la movilización de las masas y la resistencia pasiva, y
- c. Por la insurrección.

El hecho es que en todas estas formas interviene la violencia: aunque la revolución se efectúe por el canal parlamentario, el hecho de despojar a la clase dominante del poder económico es un acto de violencia. Si esta adquiere especial intensidad, es porque dicha clase se aferra a sus privilegios y obliga a los trabajadores a recurrir a métodos que no quisieran.

En el caso de Colombia, de un pueblo que ha padecido la orgía de la sangre desde la Conquista, es deseable que la transformación social se efectúe por vía pacífica y con el mínimo posible de violencia.

En un folleto aparecido en Alemania al término de la primera guerra mundial y que se atribuye con fundamento a la insigne Rosa Luxemburgo, se lee lo siguiente:

En las revoluciones burguesas, la sangre, el terror, los asesinatos políticos eran las armas inevitables en las manos de las clases insurgentes.

La revolución proletaria no tiene necesidad del terror para alcanzar su fin: ella detesta el asesinato. Por eso no necesita apelar a los medios violentos, porque no combate contra los individuos, sino contra las instituciones.

Pero desde luego el folleto agregaba que “toda resistencia debe ser rota”⁵³.

La conclusión que podemos sacar de este capítulo es la de que ante la pluralidad de socialismos que hay en los tiempos actuales, el auténtico, el verdadero, por tener bases científicas, es el de inspiración marxista. A falta de un basamento teórico sólido, los demás son erráticos y oportunistas, pues no se proponen lo que es la esencia del socialismo: la edificación de una nueva sociedad. Desde luego, al hablar de marxismo, tenemos en la mente un sistema abierto, permeable a los cambios del pensamiento y de la vida, en ningún caso una construcción intelectual cerrada, convertible por tanto en una serie de dogmas, eternamente estériles. Cuando Marx decía “personalmente yo no soy marxista”, quería significar sin duda que el conjunto de principios que entregaba a la reflexión de los hombres, era una guía para la acción y un método para el análisis de los hechos sociales, guía y método sujetos a las enmiendas y rectificaciones que la realidad va imponiendo.

53 Cit. en Louis, Paul. Op. Cit. p. 81.

IV. El socialismo posible

Gerardo Molina junto con Darío Echandía, José Francisco Socarrás ►
y Apolinar Díaz Callejas. Bogotá, 1977



Lo menos que puede decirse del socialismo como forma de organización social entre nosotros es que es tan viejo como el país. Repudiarlo como extranjerizante es un adefesio. En la época precolombina era practicado por los indígenas, y así la tierra era de la comunidad y el trabajo se ordenaba en torno de los intereses colectivos, no del individuo. La producción se encaminaba por tanto a la satisfacción de las necesidades generales y no a obtener ganancia para unos pocos, concepto este de la ganancia que era del todo desconocido.

Cuando más tarde llegaron los españoles, vieron con nitidez que aquella forma de organización estaba de tal modo anclada en la vida de los nativos, que resolvieron respetarla y utilizarla. Los peninsulares conocieron el socialismo práctico al entrar en comunicación con las poblaciones subyugadas. Los jesuitas, por ejemplo, con su envidiable don de la adaptación, establecieron haciendas y fundaciones siguiendo pautas comunales; no encontraron otro modo de motivar a los indígenas. Desde luego los discípulos de San Ignacio explotaron a las tribus conquistadas a efecto de desarrollar sus plantaciones. Pero lo importante es destacar su clarividencia al comprobar que sin rendirle homenaje al espíritu socialista de los viejos pobladores no podían adelantar ninguna empresa.

En época muy posterior, la de la República, el elemento socialista volvió a aparecer, bien como manera de vida y de trabajo de los indígenas, bien como ideología. En este último aspecto aquel elemento fue manifiesto, y así los jóvenes que insurgieran al definirse la revolución de 1849, profundamente anticolonial, y al entrar en contacto en las Sociedades Democráticas con la clase trabajadora de la época, los artesanos, difundieron las ideas socialistas, esta vez procedentes de Europa. Uno de esos jóvenes, Murillo Toro, tuvo el talento de presentar como indisolubles esa ideología y el concepto mismo de República. Así escribía: "La idea socialista es la misma idea republicana: es la parte inseparable de la parte política para formar el todo de la República". Debió ser muy hondo el calado de esa doctrina, porque al ser nombrado Murillo Secretario de Hacienda por el presidente

José Hilario López, fue unánime la protesta de los ricos que temían que el nuevo secretario fuera a poner en vigencia “las tesis comunistas”. Una muestra de la sensibilidad socialista de Murillo Toro, antes de que virara hacia el individualismo, lo da el hecho de que al presentar al Congreso su proyecto sobre la Reforma Agraria, sostuvo que el cultivo es el verdadero fundamento de la propiedad y que nadie debe poseer más tierras que la necesaria para subsistir.

Esta brevísima incursión histórica tiende a demostrar que el socialismo, así sea bajo su modalidad primitiva precapitalista, es entre nosotros anterior al liberalismo, al conservatismo y aun a la religión cristiana.

Entonces, ¿por qué no hay en Colombia un partido socialista, ahora que existe movimiento obrero, que se acusan hondas contradicciones sociales y que tantos países se reclaman del socialismo en el mundo? Intentos ha habido en esa dirección, pero sin resultados tangibles. Inclusive un líder popular de las condiciones soberbias de Jorge Eliécer Gaitán no tuvo éxito cuando en la década del 30 constituyó la Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria (UNIR), de orientación socialista, la que a poco se desintegró para volver sus tropas y su jefe al liberalismo. En los años 40 fue creada la Liga de Acción Política, la que en la mente de sus fundadores⁵⁴ estaba dirigida a ser el núcleo catalizador del Partido Socialista Democrático. Tampoco dio resultado. Con excepción del Partido Comunista, filial de la Tercera Internacional, constituido en 1930, nada sólido ha podido establecerse.

Como causa principal de ese fenómeno estaba el hecho de que desde el momento de su creación en 1849, el partido liberal tuvo un ala socialista, a la que hasta hace pocos años respetó, estimuló y escuchó. En la era republicana, el socialismo ha funcionado en Colombia como cuerpo de ideas, no como organización. Con fundamento en esa ala socialista, el liberalismo desplazó su programa y su actitud hacia la izquierda, cada vez que las presiones de abajo lo hicieron necesario. Caudillos liberales de tanta aceptación en las filas de los desposeídos, como Uribe Uribe, Herrera, el mismo Gaitán, hablaban sin rodeos de viraje hacia el socialismo, o creaban en el viejo partido, como ocurrió con López Pumarejo, un espacio para que se sintieran a sus anchas los innovadores más radicales. Sobre esto insistimos en varios apartes de nuestra obra en tres tomos sobre *Las ideas liberales en Colombia*.

54 Entre los fundadores puede citarse a Juan Francisco Mujica, Antonio García, Carlos H. Pareja, José Francisco Socarrás, Alberto Aguilera Camacho, Francisco Gómez Pinzón, Indalecio Liévano Aguirre y el autor de este trabajo.

De ahí deriva la fe que tuvo el pueblo durante muchísimos años en el liberalismo. A diferencia de Europa, donde ese bando se formó como el de la burguesía, aquí, donde esa clase no existía, el liberalismo apareció como una formación popular. La lucha contra la triple aristocracia, la de la sangre, la de la tierra y la clerical, se presentó en 1849 como la suprema razón de ser del nuevo partido. Todo esto enfervorizaba a las masas, las que volvieron a exaltarse en 1930 cuando vino el derrumbe, que tanto se debió a ellas, de la dominación conservadora. Ese entusiasmo fue una realidad viva hasta 1948, cuando cayó Gaitán, y volvió a tener ciertos destellos hacia 1957, cuando las guerrillas quisieron llevar a la práctica algunas de las tesis de redención social que circulaban en su sangre.

El avance triunfal del capitalismo en los últimos 30 años, apoyado fuertemente por la inversión extranjera, no despertó por el instante reacciones agresivas de las masas; ellas confiaban en que el viejo partido liberal no solo las defendería de los movimientos predatorios de ese sistema, sino que obtendría de él concesiones que las favorecieran. Poco a poco ellas empezaron a ver, al agudizarse las desigualdades de clase, que el capitalismo hacía aquí la misma carrera cruel y expoliadora que había hecho en Occidente bajo la enseña de la necesidad de la acumulación.

Fue a partir de la iniciación del Frente Nacional en 1958 cuando el deslinde comenzó a definirse: al ver que constitucionalmente estaba asociado al conservatismo, el partido liberal comprendió que era el momento de empezar a prescindir de la colaboración del pueblo, incómoda y perniciosa, porque podía empujarlo a situaciones revolucionarias que no eran ya las suyas; comprendió también que el pábulo que pudiera darle al pueblo constituía un obstáculo a los progresos del capitalismo; descubrió igualmente ese partido que el crecimiento cuantitativo del Estado, por el ensanche de sus funciones, determinaba el aumento de la burocracia, y que por tanto la repartición de empleos, en igualdad de condiciones con el antiguo adversario de la derecha, era condición suficiente para que se entretuviera la clase política.

El partido que hasta 1902 vertió la sangre en las guerras civiles en defensa de los principios y que luego libró batallas inolvidables contra la legislación liberticida, contra la pena de muerte y en favor de la justicia social, se volvió una entidad burocratizada, amiga del orden autoritario, del Estado de sitio, de la ampliación de las funciones del Ejecutivo y de las Fuerzas Armadas. La rigidez de una organización económica con marcada concentración de la riqueza y del ingreso, tenía que llevar a que por el liberalismo se tengan hoy por subversivas las clases obreras, las clases medias, la juventud estudiosa y los intelectuales. El ala socialista dentro

de esa colectividad desapareció del todo, y los pocos políticos liberales que hablan esporádicamente del socialismo lo hacen en el exterior, o aquí después de renovar la adhesión a los gobiernos del Frente Nacional y después de justificar las violaciones de los derechos humanos, el Estatuto de Seguridad y todas las manifestaciones del crecimiento del poder autoritario. A la altura de 1980 el liberalismo se comporta como el partido por excelencia de la burguesía, con más títulos para ello que el conservatismo, aunque cuente, como cuenta todavía, con el concurso sentimental de gruesos contingentes de las masas.

Vemos entonces que en el mundo político actual hay espacio para movimientos nuevos, necesariamente de inspiración socialista, cualquiera sea el calificativo que se adopte. La experiencia universal prueba que la tercera vía, el camino medio entre el capitalismo y el socialismo, el ejercicio de andar por el filo de la navaja no ha dado ni puede dar resultados convincentes.

Esta conclusión ayuda a resolver la magna cuestión, de carácter económico y social, de si el capitalismo puede llevar a término la necesidad avasalladora de que Colombia alcance el desarrollo pleno. Es indudable que dicho sistema ha traído avances de consideración y que todavía puede prometerse una vida más o menos larga, ¿pero sí será la organización que colme nuestras ansias?

Las razones principales para negarlo pueden resumirse así:

- a) El capitalismo, movido hoy y siempre, por el determinante de la ganancia, perdió tempranamente entre nosotros la posibilidad que tuvo por un tiempo de producir con la mira de satisfacer las necesidades del hombre. Hoy vemos que encamina sus afanes a atender de preferencia la demanda solvente, es decir, la circunscrita a sectores muy reducidos de la población, sin importarles mayor cosa la suerte de las mayorías. Se produce así, no lo necesario, sino aquello que atiende las exigencias de personas dueñas de un elevado género de vida, todo envuelto en una nube espesa de publicidad que conduce a adquirir lo superfluo, lo que confiere prestigio. En el dominio agrícola prevalece hoy la tendencia a producir los artículos bien cotizados en el exterior, sobre los que satisfacen los requerimientos de consumo de las grandes mayorías.
- b) La tendencia al monopolio, tan viva en la economía colombiana de hoy, conduce al mismo resultado de que el capitalismo no pueda desarrollarse en función de las necesidades sociales. Quien dice monopolio dice precios altos y bajos salarios. La riqueza se va concentrando en pocas gentes, con todos los desajustes que ese

fenómeno suscita en la vida política, en el funcionamiento de la democracia y de las libertades públicas. Dos libros recientes, el elaborado por la Superintendencia de Sociedades Anónimas y el de don Julio Silva Colmenares, *Los verdaderos dueños del país*, muestran el punto tan alto que ha logrado esa concentración. Datos correspondientes a 1979 señalan la intensidad del hecho: el 7% de los propietarios tiene un área correspondiente al 93% de la tierra laborable; diez y seis empresas manufactureras disponen del 82% del capital; el 51% de las compañías inscritas en la Bolsa de Bogotá está en poder del 0.3% de los inversionistas y menos del 1% de los deudores del sistema bancario tiene más del 50% de la cartera total.

- c) Pero la concentración de la riqueza no se queda ahí, pues da lugar a la concentración de las rentas: hoy se sabe que el 60% de la población solo percibe el 15% del ingreso nacional, en un país donde el valor de la canasta familiar en 1980 es de 10000 COP y el salario mínimo de los obreros de 4500 COP. El destacado economista conservador Hernán Jaramillo Ocampo sostuvo públicamente en 1978 que con cifras de 1970 el 56% de la población urbana y el 70% de la rural están por debajo del nivel de subsistencia. Como réplica aumenta la participación del capital en los ingresos.
- d) Esto solo sería suficiente para condenar al sistema, pero otros datos agregan obscuridad al cuadro. Tenemos, por ejemplo, la incapacidad que revela el capitalismo para darle ocupación a los jóvenes que llegan al mercado del trabajo, inclusive a los que tienen preparación técnica o científica. Las estadísticas señalan que dentro de las inevitables fluctuaciones se mantiene sin oficio un millón aproximado de personas.

En los suburbios de los grandes centros se aglomeran millares de gentes marginales, es decir, de compatriotas que no disfrutaban de los servicios esenciales, ni de trabajo, salvo una que otra actividad accidental, en tanto que mucha parte del potencial instalado en las fábricas permanece ocioso, por el malthusianismo económico que se ha denunciado:

- e) Lejos de ser hoy agente de la independencia nacional, como lo fue en un tiempo, el capitalismo ha venido colaborando en el proceso de desnacionalización de la economía colombiana que se inició con la llegada del capital extranjero. Muchas empresas que eran orgullo del esfuerzo patrio han ido cayendo en la órbita foránea. Con la implantación de las firmas multinacionales, el fenómeno dejó de ser fenómeno para volverse hecho cotidiano. Como observa el economista

suizo Konrad Matter prácticamente no hay industrial de nuestra tierra que no tenga entronques con los intereses de fuera⁵⁵. Lo que pudiera quedarnos de autonomía en ese dominio, desaparece ante el alud de tecnología importada, la que desde luego en muchos casos no consulta el estado actual de nuestro desarrollo ni la realidad de un país con exceso de mano de obra. Todo esto nos permite concluir que al remachar la dependencia, nuestro capitalismo fuerza el subdesarrollo, todo lo contrario de lo que perseguimos.

- f) El capitalismo lleva hoy trazas de no poder vivir sin la inflación. Esta ha dejado en los últimos años de ser coyuntural para volverse estructural. Inclusive se da el caso en muchas partes de que coexista con la que parecía ser su antítesis, la recesión, y de ahí el término nuevo, *stagflation*, que se ha acuñado para denominar esa extraña situación. En los países todavía no desarrollados, con atormentadores desequilibrios en la distribución de la riqueza y del ingreso, y donde por tanto disminuye la participación del trabajo en los beneficios que deja el proceso económico, la inflación aumenta la distancia entre los pocos que ganan mucho y los muchos que ganan poco. En este punto sí ha dicho la verdad Milton Friedman cuando observa que la inflación divide a la sociedad en ganadores y perdedores, y ya sabemos dónde se ubican los unos y dónde los otros. Esto quiere decir que el capitalismo se ha vuelto inaceptable porque se presenta en las áreas mayoritarias del mundo como productor de hambre, ya que establece el racionamiento según la capacidad de compra de los individuos, con lo cual hace intolerable la vida para vastos sectores de la población.
- g) Pero el capitalismo se vuelve no solo contra los hombres y sus necesidades sino contra la misma naturaleza. Con saña salvaje, él, con la mira siempre en la ganancia, envenena los ríos con los residuos industriales, tala las florestas, hace irrespirable el aire, destruye el paisaje y le quita alegría a la vida. Cuando en 1979 la movilización nacional quiso defender la fauna y la flora en un lugar de la Costa Atlántica, uno de los prohombres del régimen resumió aquella filosofía asesina en la frase de que “los parques no pueden detener el progreso”. Para quienes piensan de ese modo parece escrita la sentencia de Herbert Marcuse: “En la medida en que la naturaleza pasa a ser ambiente del capital más que del hombre, contribuirá a consolidar la servidumbre humana”.

55 Matter, Konrad. *Inversiones extranjeras en la economía colombiana*, Medellín: Hombre Nuevo, 1977. p. 377.

- h) Para no alargar esta enumeración, podemos decir por último que sin duda lo más grave que le ha acontecido a nuestro empresario es que ha perdido la condición audaz, innovadora, el sentido del riesgo que ostentó en sus días de gloria. Desde hace veinte años un economista de talento habló de *fatiga industrial*, y con el tiempo se ha venido acentuando esa circunstancia. Últimamente se ha dicho que ya no se fundan empresas de envergadura y que los hombres adinerados se dedican al simple tráfico de comprarlas y venderlas. Es el triunfo del capital especulativo. Donde se muestra mejor el descenso de sus virtudes primitivas, es en la circunstancia de que después de repudiar al capitalismo viciado, el de las mafias, y el del contrabando, acabaron aquellos por aceptarlo, más aún, por recibirlo en calidad de socio. Era una frontera que se desvanecía entre la actividad regular, creadora, y la turbia y parasitaria.

Ante esa crisis del capitalismo entre nosotros que puede ser larga y tener flujos y reflujos, surgen dos tesis y actitudes, una, la socialdemócrata, según la cual, como lo veremos en el próximo capítulo, el capitalismo es susceptible de seguir en pie, por lo cual lo procedente es modernizarlo, extraerle los jugos que todavía alcanza a dar en beneficio del pueblo. Es un razonamiento que puede tener validez en sociedades como la alemana y la sueca, de elevado desarrollo. Pero en otras, como la nuestra, corroídas por la miseria, la ignorancia, el atraso y la dependencia, cualquier retoque de ese sistema dejaría en pie las causas que generan aquellos efectos. El camino es entonces reemplazarlo y erigir otro, el propiamente socialista, tal como estamos intentando delinear.

Ese socialismo tendrá su centro de gravedad en Colombia, lo que significa que será auténticamente nacional, es decir, que su única fuente de inspiración será la voluntad de nuestras gentes, con plena independencia de los grandes y pequeños centros socialistas de poder del mundo contemporáneo. Si hay algo que debe ser nacional es el modo como cada país debe buscar el camino para edificar la sociedad que le conviene. Respetando las diversas revoluciones que han implantado el socialismo a su manera, la que se efectúe entre nosotros no debe ser calco de ninguna. El movimiento de renovación que propugnamos será el producto de nuestra historia, de nuestra cultura, la cristalización de tantos anhelos de liberación que se han intentado desde el arribo de los españoles.

Ese proceso liberador no puede ser obra de un solo partido y de una sola clase. Son tantas y tan plurales las energías que hay necesidad de

movilizar, que solo un vasto frente social y político puede ser efectivo. Hablar, por ejemplo, de dictadura del proletariado es un doble error, porque la palabra dictadura, en cualquiera de sus usos, despierta entre nosotros general repulsa; y la noción de proletariado, por el número tan reducido de trabajadores que están en esa condición, no garantiza el volumen de gentes indispensables para semejante mutación.

El pluralismo de corrientes que han de concurrir al cambio debe subsistir después de que este haya sobrevenido. Si no es así sería imposible asegurar el éxito del experimento y evitar la aparición del dogmatismo, en cualquiera de sus manifestaciones. Además, no vemos otra manera de que pueda cumplirse una de las aspiraciones primordiales del proceso innovador, cual es la creación de una cultura distinta.

Esta consideración nos lleva a expresar un concepto acerca de si el socialismo que se propone debe declararse marxista. En páginas anteriores enumeramos algunas tesis de esa doctrina que consideramos válidas, y dijimos que la característica del verdadero socialismo es su inspiración marxista, pero esto no significa que ese credo deba ser la filosofía oficial de los movimientos políticos. respectivos. En países de poca cultura como el nuestro, la exigencia de que todos los militantes den por ciertas las enseñanzas de Marx, produciría un grave caso de conciencia para muchas personas que sienten la urgencia de inscribirse en asociaciones que protejan sus intereses, pero que retrocederían ante el compromiso de suscribir principios que no conocen. Otra cosa es que los dirigentes los divulguen y sustenten en ellos su quehacer público. Además, el marxismo está hoy en momentos difíciles, pues naciones de diversas tendencias se basan en él. Vemos a dos potencias enfrentadas, la URSS y la China, y a esta en conflicto armado con Vietnam, todas las cuales se proclaman marxistas. Esto saca verdadero lo expresado en 1862 por el eminente sociólogo C. Wright Mills según el cual los trabajos de Marx y de sus continuadores no son objeto hoy de debates tranquilos en las academias, sino que han pasado a ser parte esencial de acontecimientos palpitantes, con el agregado de que cada revisión, cada desviación o rechazo, está ligado a desarrollos políticos y económicos, primero en el interior de un país y después en el mundo como un todo⁵⁶.

El marxismo no está en bancarrota como dicen algunos filósofos y comentaristas apresurados. Él se halla en crisis, lo cual es algo muy distinto. Como ha explicado recientemente una autoridad internacional en la materia, Luis Althusser, esa crisis no implica que haya necesidad de llamar

56 Wright Mills, Charles. *The Marxists*. Nueva York: Dell, 1962. p. 132.

a los sepultureros; implica que ha llegado el momento de salir del túnel en que el marxismo ha estado desde hace más de 30 años, cuando Stalin marcó su huella en el movimiento revolucionario universal⁵⁷.

Bien está entonces que en el socialismo colombiano haya marxistas convencidos. Su pensamiento ayudará a salir de la mencionada crisis, pero sin pretender convertir ese sistema, de por sí difícil, en norma obligatoria. No debe verse en esta opinión algo semejante a lo ocurrido con tantos partidos socialdemócratas, que por un oportunismo deplorable han retirado de su programa toda reminiscencia de marxismo. Nuestra tesis es el reconocimiento de que para formar un movimiento social y político tan amplio como el que defendemos, la atadura a una doctrina, por ilustre que sea, puede confundir en vez de iluminar, dividir en vez de compactar.

Socialismo y desarrollo

Para abrirle paso al socialismo entre nosotros lo primero es saberse situar. Si se va a repetir lo ensayado en otras partes es muy poco lo que resta por hacer. Recordemos por tanto nuestra condición de subdesarrollo para expresar la verdad trivial de que al acoger esa forma de organización se tiene en mientes no solo el crecimiento económico sino el propósito de cambiar la calidad de la vida de los hombres. Pero se debe reconocer que desde el comienzo aparecen las dificultades. Como lo expuso muy bien Jacques Chonchol, Ministro de Agricultura en el gobierno de Unidad Popular en Chile, para poder realizar tamaña empresa hay que colocar el debido énfasis en el proceso de acumulación del capital, a base de intensificar el ahorro para financiar las inversiones⁵⁸. No hay más remedio que someter temporalmente a los grupos capaces de ahorrar a una severa disciplina. Tal vez eso era lo que tenía en la cabeza el inolvidable José Carlos Mariátegui cuando en los días inaugurales del socialismo habló de “una creación heroica”.

Naturalmente esa etapa difícil puede y debe acortarse mediante la reducción inmediata de los consumos de quienes están en el tope o en la parte media alta de la escala. Es decir, se pasará, como dice Chonchol, de la organización económica que hoy opera en beneficio de los estratos de elevada renta a una que tenga por fin la producción en grande de los bienes que requieren los sectores populares. Como será difícil

57 Revista *Alternativa*. Bogotá, 1979.

58 Chonchol, Jacques. “Elementos para una discusión sobre el camino chileno hacia el socialismo”. En: VV.AA. Chile: *Búsqueda de un nuevo socialismo*. Santiago de Chile: Nueva Universidad, 1971. p. 186.

esa reconversión de la economía tradicional, es prudente y honrado explicarles desde el principio a las gentes de niveles medios y bajos la inevitabilidad de unos días ásperos, los que mediante la cooperación colectiva pueden reducirse.

¿Pero sí tendrá el socialismo la virtud de despertar las energías necesarias para llegar a un alto desarrollo? ¿Sí ofrece él la suficiente gama de incentivos para impulsar la economía en forma acelerada? Puntos son estos sobre los cuales se ha adelantado dura polémica. Parece que ya no hay duda al respecto, desde que la práctica ha demostrado en los países que han hecho la revolución que es posible pasar en plazo brevísimo de un sistema feudal o semifeudal a uno regido por la industrialización. Para tomar solo los casos más salientes de uno y otro lado, es evidente que hoy pueden compararse en muchos aspectos los Estados Unidos y la Unión Soviética, a pesar de que aquellos han contado con doscientos años y con circunstancias casi siempre favorables, mientras que la otra potencia solo lleva sesenta años de construcción socialista, y gran parte de ellos en condiciones adversas. Las cifras podrían acumularse, pero alargarían inútilmente este trabajo.

El progreso alcanzado por el socialismo en Europa Oriental, en Asia, en África, en Cuba, ha permitido ver experimentalmente que era falso el raciocinio según el cual no hay esfuerzo durable si el individuo no está seguro de que la recompensa será el acceso a la propiedad privada. Esta, adornada antes con las galas propias de los fetiches, no se presenta ya como el supremo móvil del trabajo. Más aún, aparece como un obstáculo al progreso, bien porque se destine a usos distintos de los que le convienen a la colectividad, bien porque permanece ociosa.

Deben aclararse al respecto dos cosas: una es la de que el socialismo solo elimina la propiedad privada que se presta a la explotación de unos hombres por otros, lo que equivale a decir que ella será respetada y se transmitirá por herencia, en casos como el dominio sobre la vivienda familiar, la granja doméstica, los ahorros, el vehículo, las bestias de labor, los utensilios del oficio. La otra es que el socialismo utilizará los mismos métodos que emplea el capitalismo para inducir al individuo a trabajar, esto es, cada uno ganará de acuerdo con su eficiencia (a cada cual según su trabajo). Solo más tarde, muchísimo más tarde, vendrá la etapa comunista, en que se repartirá según las necesidades de cada uno. Además, tienen que inducir al operario a dar un mayor rendimiento, la seguridad de que la producción está planeada de acuerdo con los intereses de la comunidad de

que es miembro, y la educación que él recibe de la escuela, del sindicato y del partido para desempeñar su oficio dentro de ese criterio⁵⁹.

Esta aspiración a un mayor rendimiento nos obliga a definirnos acerca de los modelos de socialismo posible. Uno es el centralizado, jerárquico, autoritario, que se aplica en la mayor parte de los países que han hecho la revolución: es un modelo que lleva al aumento notable de los poderes del Estado, pues de él depende, directa o indirectamente el manejo de la empresa, mediante una planificación rigurosa, y una burocracia que cada día tendrá más atribuciones hasta el punto de que llegará a constituir un freno al ejercicio de las libertades personales.

Enfrente de ese modelo existe otro, descentralizado, flexible, en el que la planificación también es aplicada, pero con mayor libertad de movimiento en el plano regional, sectorial o de empresa. Es, pues, un modelo que se expresa en la fórmula sabia de “socializar sin estatizar”. Él puede manifestarse de diversas maneras, todas susceptibles de funcionar simultáneamente: en la empresa autogestionada, de que hablaremos en seguida; en las empresas cooperativas, las que permiten que haya propiedad sobre los bienes aportados por cada miembro; las empresas estatales, en áreas estratégicas del desarrollo económico y social, con participación de los trabajadores en la gestión, o sea la cogestión. A través de estas estructuras de la empresa, se harán presentes, según Antonio García, los tres elementos claves de la economía socialista: la socialización de los medios productivos y de los recursos básicos de desarrollo; la planificación global, regional y por sectores, o sea la socialización de la dirección económica, y la participación social, es decir la autogestión y la cogestión⁶⁰.

Cuando hablamos de socializar los medios de producción, no lo hacemos en forma absoluta, pues debe haber un sector en el que como hemos dicho sigue rigiendo la propiedad privada, y que estaría formado por la pequeña industria, la empresa agrícola de pocas dimensiones, la artesanía y el comercio al por menor.

La autogestión

De las formas de socialización que hemos mencionado, la única que debe ser explicada es la de autogestión: en virtud de ella se entrega el manejo de la empresa al colectivo de trabajadores, incluyendo a los técnicos y a los científicos; se busca de ese modo avanzar hacia el autogobierno y estimular el sentido de iniciativa y de responsabilidad de

59 Sweezy, Paul. Op. Cit.

60 García, Antonio. *Una vía socialista para Colombia*. Bogotá: Cruz del Sur, 1977. p. 59.

quienes integran cada unidad. Esa responsabilidad y esa iniciativa no solo le presta un positivo servicio a la consolidación del socialismo sino a los mismos trabajadores, los cuales tienen participación en el mayor rendimiento de la empresa dentro del principio socialista, “a cada cual según su trabajo”.

Si echamos una mirada al país donde este sistema ha tenido más amplio desarrollo, Yugoslavia, encontramos que hasta el momento de la ruptura en 1948 con la URSS, la nación balcánica había seguido el modelo soviético de planificación rigurosa y de acentuada dirección estatal de la producción. Obligados a estudiar de nuevo el marxismo, los dirigentes yugoslavos llegaron a la conclusión de que el monopolio estatal de la economía conduce a la burocratización creciente, con lo cual se perjudica el proceso revolucionario. Era el caso de virar hacia otra forma de organización en la cual se pudiera cumplir el enunciado del *Manifiesto Comunista* de que “el libre desarrollo de cada uno sea la condición del libre desarrollo de todos” Al anunciar en 1950 la política de la autogestión, Tito observó que al cabo de treinta y un años de revolución, la URSS mantenía un sistema en el que los medios de producción estaban todavía en manos del Estado. Era del caso entonces darle cumplimiento a la divisa socialista “la fábrica a los obreros”, para poder realizar la democracia económica. La ley que se votó en seguida estableció que las minas, las empresas industriales y agrícolas, las de transporte, etc. serán manejadas por los colectivos obreros.

Según la legislación inicial, en las empresas pequeñas el Consejo Obrero, que es la entidad responsable, será constituido por todos los trabajadores, y en las que tengan mayor número dicho Consejo será elegido por todos ellos esa entidad designará un Comité de Gestión de pocas personas, del que formará parte el director de la fábrica. Respecto a la distribución de lo producido, existe una variada legislación. El principio motor es el de que los colectivos obreros deben asegurar un alto grado de acumulación, a fin de lograr el desarrollo de la empresa. Descontada esa parte, la restante se distribuye entre la que va a los trabajadores como remuneración, la que se destina a obras sociales en la respectiva unidad y la que se encamina a ayudar a la satisfacción de necesidades comunes como la educación, la salud, la vivienda, etc.

Una forma de organización como esta debía tropezar en la práctica con varias dificultades. Una de ellas fue la necesidad de acudir a los técnicos para sacar adelante las metas propuestas. Se corría así la contingencia de que la auto-gestión condujera a una tecnocracia, lo que pondría en peligro lo que se busca, el poder efectivo de los trabajadores.

Los dirigentes yugoslavos reconocieron esa eventualidad, pero es evidente que con la progresiva capacitación de los obreros, la cual los aproxima a los técnicos, y con la convicción en unos y en otros de que tratan de edificar el mismo sistema, y de que obran dentro de un plan general, se irá consolidando la autogestión, como ha ocurrido en la práctica.

Otro reparo que se ha hecho al sistema es el de que no fomenta el pleno empleo. Se dice que en la medida en que el colectivo obrero observe que al aumentar el nivel de ocupación de mano de obra puede reducirse el ingreso del trabajador, se abstendrá de hacerlo y buscará en su lugar aumentar la producción y sus propios ingresos a través de la mayor mecanización. Este argumento, anota el economista chileno Eduardo García, es correcto en la medida en que la renta de capital que el colectivo debe pagar al Estado sea baja. “En consecuencia [dice él] para lograr el pleno empleo, el Estado tendrá que subir tal renta, con lo cual se reducirá el ingreso por trabajador y entonces el colectivo encontrará que es ventajoso aumentar el empleo para mejorar dicho ingreso promedio”⁶¹.

Todavía en 1969, Tito señalaba algunas desviaciones en el manejo de las empresas y reclamaba las rectificaciones del caso. El hecho es que en 1974 el Octavo Congreso de la Liga Comunista sacó entre otras estas conclusiones:

- a) El país ha salido del monopolio estatal –propietario sobre los medios de producción–;
- b) Se ha fortalecido el poder del trabajo asociado y se han rechazado las tendencias a restaurar las relaciones del capitalismo; y
- c) Se ha edificado una organización autogestionaria de la sociedad, en la forma de un sistema coherente y no solo como la antítesis del socialismo estatal.

Año por año las estadísticas muestran que con la implantación del modelo que comentamos, la agricultura se ha desarrollado en forma notable, después de que los campesinos recibieron la tierra que venían demandando, y que se han creado grandes unidades agroindustriales, cuyos rendimientos por hectárea van a ascenso, merced al ardor de los labriegos, a la multiplicación de los tractores y a la utilización de abonos. En cuanto a la producción industrial, ella ocupa hoy elevado sitio en el Producto Nacional Bruto. Al mismo tiempo en las universidades se

61 García, Eduardo. “Viabilidad económica del sistema de autogestión”. En: VV.AA. Chile: *Búsqueda de un nuevo socialismo*. Santiago de Chile: Nueva Universidad, 1971 p. 73.

diplomán más y más jóvenes, lo cual acelera el avance económico y se logra la disminución del número de enfermos y de los índices de mortalidad.

Esto debió influir para que en la Constitución expedida en 1974 se hubiera confirmado el sistema autogestionario, como base de la organización nacional, y para que el plan social 1976-1980 reposara sobre esos cimientos.

Otra realidad es que el sistema en mención se ha ido extendiendo al área de los servicios sociales y de la misma cultura, esto es, que entidades como las universidades y colegios, los hospitales y teatros puedan ser manejados con arreglo a los cánones autogestionarios.

Cuando se habla de ese sistema es imposible prescindir del nombre de Edvard Kardelj. El destacado político yugoslavo fue su ideólogo más penetrante, la conciencia que vigiló la marcha del ensayo para que no perdiera su ruta. Fueron muchas las obras escritas que dejó, pero quizás la más ilustrativa fue el discurso pronunciado en Oslo en 1954. En esa oportunidad manifestó:

Para nosotros el principio del autogobierno por los productores es el punto de partida de toda política socialista democrática, de cada forma de democracia socialista. La revolución que no abre la puerta a tales desarrollos, inevitablemente, y por un largo o corto tiempo, se estanca en formas capitalistas de Estado, en el despotismo burocrático.

En otro párrafo del mismo discurso dijo Kardelj:

Dada la socialización de los medios de producción, solo la voluntad consciente de los individuos brotada de su interés personal, material y moral puede llegar a ser una fuerza creadora. Mientras mayor sea la conciencia del trabajador de que sus intereses son inseparables de los de la comunidad, y mayor el grado en que a través de los órganos del autogobierno él participa en igualdad de condiciones con los demás en la solución de los problemas relativos a su bienestar material y moral y a los que son propios de la comunidad; con mayor fuerza su voluntad hallará expresión. Lo que determina la calidad de la labor creativa del individuo, física o mental, es la calidad y la intensidad de su decisión de crear. Esta no puede ser despertada ni intensificada por el control, la inspección o la presión externa. Y esto es mucho más cierto después de que los medios de producción han sido socializados⁶².

Toda la construcción yugoslava gira en torno de la creación de la verdadera democracia. Para Kardelj y sus compañeros, la marcha hacia el socialismo debe estar dominada por estos factores: El primero es que con el cambio de las relaciones de producción es natural que aparezcan

62 Cit. en Wright Mills, Charles. *The Marxists*. Nueva York: Dell, 1962. pp. 416 y ss.

las correspondientes demandas de los trabajadores en el sentido del manejo democrático de la economía, y esto ocurrirá, sea que se llegue a la socialización de los medios productivos por métodos evolucionistas o revolucionarios. El segundo es que la emancipación de la clase laboriosa implica la ampliación y la profundización del papel del individuo dentro del mecanismo de la administración social.

La autogestión es sin duda el mejor aporte de Yugoslavia al socialismo mundial, y si se limpia de los defectos que se le han señalado será una de las formas dominantes del futuro. En el Occidente algunos partidos socialistas la aceptan, como ocurre con el francés. En el caso latinoamericano, dicho sistema era el preferido en Chile, en los días de la Unidad Popular. Y lo que es más interesante, en la misma Unión Soviética, reviviendo posibilidades de los primeros tiempos de la Revolución, ya algunos hablan de autogestión como la mejor manera de organizar la sociedad.

Hablamos de posibilidades en el alba de la revolución, En octubre de 1917, Lenin exaltaba, según recuerda Roger Garaudy, la iniciativa histórica de la base y su espontaneidad creadora. Por eso en la mencionada fecha, él legalizó el control obrero, a fin, decía, de “demostrar que solo reconocemos una vía, la de las transformaciones que vienen de abajo, donde los obreros elaboren en la base los nuevos principios del sistema económico y político”. El socialismo, agregaba Lenin, “no se establecerá por órdenes venidas de arriba, el socialismo vivo, creador, es la obra de las masas populares mismas”⁶³. Así, observa Garaudy, su último combate estuvo dirigido contra los burócratas dueños del aparato, que querían hacer el socialismo *para el pueblo y no por el pueblo*. En los días finales, él debió mirar espantado los avances de los burócratas y los tecnócratas, avances que el stalinismo habría de estimular.

Conclusiones

Ya el lector habrá deducido que lo que más nos atrae del socialismo es su sentido humanista, con lo cual sugerimos su tendencia a hacer posible el desarrollo cabal del hombre. Hacer consistir ese sistema en la simple socialización de los medios productivos o en la planificación de la economía, es empequeñecerlo. El establecimiento de nuevas formas de propiedad o la sujeción del desarrollo a planes severos son ciertamente cosas de especial magnitud, pero no hay que olvidar que apenas tienen el carácter de medios. La visión de la verdadera sociedad socialista implica

⁶³ Garaudy, Roger. *Parole d'homme*. París: Laffont, 1976. p. 197.

que los trabajadores tengan la responsabilidad del manejo de los instrumentos de producción, es decir, que se realice la democracia económica. E implica igualmente la eliminación de todas las formas de comportamiento en las que el ser humano es considerado como un objeto. Por eso, según lo recuerda Garaudy, Marx insistió siempre en que el fin último del socialismo es restituir al hombre la dimensión perdida, la dimensión fundamental de su trabajo, la dimensión que lo lleva a realizar todas las posibilidades que hay en él. Será, al fin, la democracia.

Siguiendo al existencialismo sartriano, se puede decir que por definición el hombre es lo que hace y el producto de lo que hace, por lo cual hay que remover todo lo que obstaculice ese designio de creación.

Solo de esa manera se alcanzará la libertad, y se llevará a término lo que Goethe dentro de las limitaciones del horizonte burgués expresó en el *Fausto* como ideal supremo de la humanidad: “Vivir en un suelo libre con un pueblo libre”.

V. La socialdemocracia

*Gerardo Molina junto con Fernando Cepeda, Alberto Dangond Uribe, Blanca Ochoa, ►
Luis Carlos Galán, Plinio Apuleyo Mendoza, José Gutiérrez. Congreso sobre
el pensamiento político latinoamericano, Caracas, 1983*



En el socialismo contemporáneo pueden discernirse dos corrientes principales: Una, la socialista propiamente dicha, de la cual acabamos de fijar las grandes líneas; la otra es la socialdemócrata, de la que vamos a ocuparnos.

La socialdemocracia ha tenido notorios avances en los últimos tiempos, y así se ha extendido a varios países de Europa en los que domina o está a punto de dominar: Alemania, Austria, Suiza, Dinamarca, Noruega, Suecia, Holanda e Inglaterra. Hoy cuenta igualmente con notable influencia en España y Portugal, lo mismo que en algunas naciones de Asia y África. De sus progresos en América Latina hablaremos más adelante.

Nos parece que el modo mejor de fijar las ideas y tendencias de la socialdemocracia es tomar como punto de referencia al partido que es considerado como el de más largo recorrido, el más fuerte y el de mayor poder de irradiación en nuestros días: el socialdemócrata alemán.

La socialdemocracia alemana

Fundada en 1869 por Augusto Bebel y Wilhelm Liebknecht, figuras egregias del socialismo mundial, ambos marxistas, la SPD (seguiremos usando la sigla alemana) fue el punto de cristalización de un proceso de más de veinte años en los que el movimiento obrero había registrado visibles progresos. El desarrollo industrial de Alemania había comenzado aproximadamente con la revolución de 1848, la que como hemos dicho conmovió a la Europa Occidental. Impulsado por la ampliación del mercado interno, debida al aumento de la población, al ascenso de los salarios y a los descubrimientos científicos y tecnológicos, el capitalismo fue ocupando el lugar del artesanado tradicional, de la manufactura y de la economía campesina cimentada en la gran propiedad de la tierra.

La producción se fue “socializando”, en el sentido de que eran muchos los obreros que contribuían a la fabricación del mismo objeto, lo que suscitaba en ellos la conciencia de que era inicuo un sistema en el que esta producción social daba lugar a la apropiación individual de la mercancía creada.

Marx y Engels seguían desde Londres los pasos del proletariado de su patria y trataban de orientarlo a fin de que tomara la única ruta que conduce a la liberación: la revolucionaria. Los intelectuales que en Alemania actuaban al lado de los trabajadores se movían en la misma dirección, y por eso en 1878 el marxismo se convirtió en la doctrina oficial del partido.

Pero en este había también una tendencia reformista, inspirada en la acción y el pensamiento de un líder multifacético, Ferdinand Lassalle, que alcanzó a hacer una deslumbrante carrera hasta que a los 39 años halló la muerte en un duelo por asuntos amorosos. El, siguiendo las huellas de Hegel, veía en el Estado al supremo pedagogo y organizador de la sociedad; por encima de las clases. Por eso no podía aceptar la tesis marxista sobre extinción paulatina del Estado. Lo esencial era que los trabajadores se lo tomaran, lo cual era posible a través del sufragio universal. Como en la década del 60 Alemania no había logrado aún la unidad nacional, Lassalle abogaba por un Estado unitario, salido del voto secreto de todos los ciudadanos, que se dedicara a realizar obras en provecho de los desposeídos y que pusiera especial ahínco en el desarrollo de las cooperativas. Poco amigo de la lucha de clases, Lassalle pensaba que para derrotar a la burguesía el proletariado podría unirse inclusive con el Emperador, la aristocracia y el ejército. La orientación que de él emanaba era, como se ve, legal y pacífica y estaba bañada en las aguas del reformismo.

El hecho fue que al fundarse el partido, si bien fue colocado bajo la enseña del antagonismo de clases, le abrió amplio espacio a reformas como la supresión de los impuestos indirectos, la enseñanza gratuita, la limitación de la jornada laboral de las mujeres y de los niños, el derecho de asociación y el fomento oficial de las cooperativas.

Como a poco de fundado el partido tuvo éxitos electorales tan vistosos como la obtención de la cuarta parte de los votos emitidos, empezó a fulgir ante los militantes el miraje del Parlamento y del significado de la función legislativa. Así fue como la SPD llegó a ser el primer bando socialista que envió sus diputados a dicho órgano, uno de los cuales fue precisamente Bebel. Naturalmente había sectores que no abandonaban la fe en la revolución, pero a poco se convirtió en verdad lo que dice el publicista francés Joseph Rovin en su obra *Histoire de la social-démocratie allemande*, que tan útil nos ha sido, que el alma de dicha organización política estaba dividida entre las reformas y la utopía revolucionaria⁶⁴.

64 Rovin, Joseph. *Histoire de la social-démocratie allemande*. París: Éditions du Seuil, 1978. p. 58.

Esta situación se aclara si se tiene en cuenta que los integrantes de la SPD eran demócratas al mismo tiempo que socialistas, y como demócratas pensaban que una revolución no se debe planear sino cuando cuenta con el apoyo de la mayoría del pueblo. También obró la circunstancia de que desde el principio se estableció que podían ingresar al partido los pequeños burgueses urbanos y rurales.

Debe destacarse igualmente el papel que entró a jugar poco después la aparición de lo que andando los años habría de llamarse la aristocracia obrera. Por la alta calificación de algunos trabajadores, en un país de tan marcada vocación técnica como Alemania, desde aquella época se hizo sentir la influencia política de ese sector, ampliamente remunerado. En nuestro siglo esa influencia ha sido mayor, como lo explica Ardaiev en su estudio sobre el programa de la SPD, lo cual se ha reflejado en el aburguesamiento del partido⁶⁵.

Por una de tantas astucias de la historia, la tendencia reformista de la socialdemocracia encontraba eco en la evolución del capitalismo: este tiene que reformarse para subsistir. A los trabajadores les quedaba fácil entonces aprovecharse de los vaivenes propios del sistema para obtener ventajas. El mismo Estado, después de adelantar una política represiva en contra del joven proletariado, resolvió, bajo el impulso férreo del canciller Bismark, dictar medidas benéficas que iban desde la legislación sobre accidentes de trabajo hasta las primeras regulaciones que se conocían en Europa sobre seguridad social.

Pero de todas maneras en el fondo de la socialdemocracia subsistía la contradicción. Viendo el margen favorable que había para las reformas, pues fue entonces cuando empezó a hablarse de *posibilismo*, un fuerte núcleo recomendaba esa línea. Al mismo tiempo, la doctrina marxista iba ganando adeptos en Europa. Alemania, patria de los fundadores, no podía escapar al contagio, y fue así como en el Congreso de 1878 el partido se declaró marxista. En ese año aparecieron en dicho país dos obras medulares, el *Anti-Duhring* de Engels y *La Mujer*, de Bebel, alegato elocuente este último en favor de la liberación femenina. Esos textos daban la impresión de que habían uniformado las mentes y derrotado la influencia que aún quedaba de Lassalle. Los acontecimientos posteriores habrían de mostrar la fugacidad de esa victoria.

65 Ardaiev, Guéorgui. "Le nouveau programme du parti Socialiste d'Autriche". *Recherches Internationales a la lumière du marxisme*, 11 (enero-febrero 1959). París: Editions de La Nouvelle Critique.

A todas estas el capitalismo continuaba su ascenso. La indemnización pagada por Francia como resultado de su derrota en la guerra del 70, acentuaba la industrialización. Los medios de producción se concentraban y los trust nacientes, financiados por la Banca, obtenían visible influjo en el poder político. ¿Era eso un mal o un bien? El más ilustre de los marxistas residentes en Alemania, el que definía todos los problemas teóricos, Karl Kautsky, decía que era un bien, porque dialécticamente a mayor concentración de la riqueza correspondería un mayor crecimiento del proletariado y una profundización de su conciencia política.

En el congreso de Erfurt en 1891 tuvo el partido uno de sus momentos cenitales. Cuatro años antes, en las elecciones, había derrotado a Bismark, lo cual era mucho decir. Parecía llegada la hora del radicalismo. Eso se reflejó en el programa aprobado en aquel congreso, en el que encontramos párrafos tan ortodoxos como este:

Únicamente la transformación de la propiedad individual de los medios de producción en propiedad colectiva y la transformación de la forma de producción capitalista en forma de producción socialista, puede hacer que la gran industria y la productividad siempre creciente del trabajo social dejen de ser para las clases hasta aquí explotadas un manantial de miseria y de opresión, para convertirse en fuente de bienestar y perfeccionamiento armónico universal⁶⁶.

Pero la realidad se empeñaba en alucinar a los militantes con la tentación de la vía parlamentaria. ¿No sería esa la mejor de todas las vías? En 1890 la SPD había obtenido 1 427 000 votos (19.7% del total); en 1893 alcanzó a 1 786 000 (23.28% del total) para llegar en 1903 a 3 110 000 (31.7% de la masa de electores). Columpiándose entre las reformas y la revolución, la socialdemocracia justificaba la definición punzante de Kautsky cuando dijo en esos días que se trataba de “un partido revolucionario que no hace revoluciones”. El mismo Bebel, con su inmensa autoridad, justificaba en 1891 las dos líneas al enfrentarse al extremismo de los jóvenes:

El inmenso aflujo y la confianza de las masas obreras, los hemos logrado solamente porque ellas ven que nosotros obramos en la práctica en beneficio suyo y que no nos limitamos a remitirlas al porvenir del Estado socialista del cual nadie sabe cuándo vendrá⁶⁷.

66 Kautsky, Karl. Op. Cit. p. 197.

67 Rován, Joseph. Op. Cit. p. 87.

Había sin embargo quienes creían que la SPD era esencialmente un vivero revolucionario. El mismo Lenin, quien militaba en la socialdemocracia rusa, decía en 1907: “Es la socialdemocracia alemana la que ha sostenido siempre el punto de vista revolucionario del marxismo”. Anticipándonos un poco a los hechos, debemos recordar que los dos dirigentes de la revolución rusa, Lenin y Trotsky, tuvieron la esperanza, mejor la seguridad, que solo abandonaron en 1923, de que los socialistas alemanes se tomarían el poder, lo cual a su juicio era vital para defender la Revolución de Octubre.

El revisionismo

La tendencia reformista en la SPD no dormía, y de ello fue expresión teórica el revisionismo, movimiento de la última década del siglo, que tuvo fuerte impactación en el partido. Eduard Bernstein había empezado en él su carrera como marxista, pues por algo fue amigo incondicional de Marx y de Engels, con quienes convivió en Londres. Sin embargo, se fue apartando de la ortodoxia como resultado de la atención con que seguía y del modo como interpretaba la evolución del capitalismo y de la clase obrera en Inglaterra y Alemania. Por eso sostuvo tesis como estas:

En primer lugar, la experiencia demuestra que *no es cierto lo que había dicho Marx que el capitalismo se concentra en las manos de unos pocos*, lo cual implica, decía Bernstein, que tampoco se ha producido la proletarianización de las clases medias urbanas y rurales. En segundo lugar, *no se ven los signos que anuncien el derrumbamiento del capitalismo*, fenómeno que Engels esperó hasta su muerte. Y algo más grave, que a nuestro entender constituye la esencia del revisionismo: se pueden abrigar dudas acerca de que ese derrumbamiento ocurra.

De esas dos ideas-fuerzas, Bernstein sacaba estas conclusiones:

- a) El proletariado no debe luchar solo, sino unido a las clases intermedias, aunque algunas de estas tengan características burguesas;
- b) La socialdemocracia debe concentrar sus empeños en arrancarle al capitalismo todas las concesiones posibles en favor del pueblo; en desarrollo de lo anterior es tarea del partido pugnar por la democratización del Estado y por utilizarlo para el lleno de los fines que se acaba de señalar;
- c) Lo que determina al socialismo a la acción no es la lucha de clases ni razones de tipo económico. Si el capitalismo se desploma, será principalmente por razones éticas, por la condenación que de él haga la conciencia humana, por el triunfo que a la larga obtendrá el bien sobre el mal. La socialdemocracia debe entonces basar su

actuación en esas consideraciones, no en las pretendidas leyes científicas del materialismo histórico.

- d) Un partido socialista que engloba una parte notable del electorado, con entronques además en el sector sindical y en el cooperativo, puede alcanzar sus fines por medios constitucionales, evitándole a la comunidad los trastornos de una sacudida violenta. Es cuestión de fuerza: a mayor poder de presión, por la movilización de agrupaciones afines, mayor margen para las reformas y menor necesidad de recurrir a los espasmos revolucionarios.
- e) Una conquista de los trabajadores que se concreta en medidas legislativas tiene más consistencia y duración que las logradas por la fuerza. Y ello porque en el caso de las reformas prevalece el intelecto, en tanto que en los golpes revolucionarios prevalece la emoción. En consecuencia, en vez de abogar por la destrucción del Estado actual, tal como lo aconseja el marxismo, lo procedente es utilizar las múltiples posibilidades que aquel ofrece para darle satisfacción a los anhelos de los sectores subalternos;
- f) En esta época de avances sobre cogedores en la fabricación de armas, controladas todas por las agencias gubernamentales, es infantil pretender que masas inermes puedan enfrentárseles. Las luchas callejeras, las barricadas, todo eso hay que mandarlo al desván de las cosas inútiles. Un instrumento poderoso como es la huelga política solo debe ser empleado en casos extremos, cuando se cierran los caminos jurídicos, y
- g) Las fuerzas productivas no han alcanzado todavía el desarrollo indispensable para proceder a suprimir las clases sociales. Proponerse ese empeño en nombre del socialismo, equivale a reducir el nivel de vida de las gentes, lo contrario de lo que se busca.

Estos y otros argumentos de Bernstein, piezas maestras del oportunismo reformista, son explayados en su libro *Socialismo evolucionista*, aparecido en 1899. A él pertenece este párrafo diciente:

Los campesinos no se reducen en número; las clases medias no desaparecen; las crisis no son profundas ni largas; la miseria y la servidumbre no aumentan. Lo que aumenta es la inseguridad, la dependencia, la distancia social, el carácter colectivo de la producción, la inutilidad funcional de los propietarios de la riqueza.

En el fondo del pensamiento de los revisionistas estaba la duda acerca de la capacidad de la clase trabajadora para tomar el poder y ejercerlo eficazmente.

A pesar [decía Bernstein] de los considerables progresos que ha hecho la clase obrera desde el punto de vista intelectual, político y económico a partir de la fecha en que escribían Marx y Engels, no la considero todavía lo bastante adelantada para manejar el poder político⁶⁸

Por eso, ante la enorme pregunta de si el proletariado debe seguir su lucha como organización política autónoma o como fracción de un amplio partido del pueblo, sus preferencias iban al segundo término de la alternativa.

Los razonamientos de Bernstein, en suma, ponían en duda la posibilidad y aún la necesidad del advenimiento del socialismo⁶⁹.

Rosa Luxemburgo no se equivocó al darle a las tesis de Bernstein la importancia que alcanzaron en seguida, y que hoy se manifiestan, en esos o parecidos términos, en la socialdemocracia. A refutarlas dedicó ella mucha parte de su libro clásico, *Reforma y revolución*, donde demostró que las clases dirigentes y el Estado, a medida que el movimiento obrero se afianzaba, tendían a recortar o a dificultar los procedimientos de que él se valía, como el propio sufragio universal y la huelga. La historia reciente de Inglaterra lo acreditaba.

La argumentación de Rosa Luxemburgo iba encaminada, no solo a reafirmar la exactitud de las formulaciones del marxismo, sino a hacer evidente que para los verdaderos socialistas entre reforma y revolución hay un vínculo indestructible, sin que la una excluya a la otra. Por medio de la primera en efecto se avanza hacia la segunda, que entra en acción cuando aquella se vuelve ineficaz. Es lo opuesto a la concepción de Bernstein, en la que la reforma hace inútil la revolución.

Rosa Luxemburgo rebatió la afirmación bernsteiniana de que el capitalismo tiene un poder de adaptación tan asombroso que puede esquivar las crisis y la pendiente que lo lleva a la ruina. Todas las medidas que según Bernstein le sirven a dicho sistema para renovarse, tales como la formación de monopolios, el progreso en la condición material de los trabajadores, el perfeccionamiento de los mecanismos de crédito, todo eso que según Bernstein libra al capitalismo del colapso económico, tiene, de acuerdo con nuestra expositora, un límite intraspasable, el que hace que en ciertos momentos entren a jugar papel definitivo el socialismo y la revolución.

Con agudeza propia de su inteligencia, Rosa Luxemburgo muestra que, en vez de situarse en las amplias avenidas abiertas por el marxismo para

68 Kautsky, Karl. Op. Cit. p. 229.

69 Rován, Joseph. Op. Cit. pp. 101 y ss.

analizar la evolución mundial en curso, lo que hace Bernstein es desandar la historia. Aquella insistencia en que el capitalismo puede resistir todas las pruebas, aquella repudiación de la lucha de clases, y el principio reiterado de que por las buenas pueden conseguir el todo, eso no es más que el regreso al socialismo premarxista, al socialismo utópico.

Karl Kautsky, a su turno, guardián todavía de la heredad marxista, le dedicó mucho tiempo en la prensa, en la tribuna y en los libros a refutar sin clemencia los enunciados de Bernstein, sin que su estrella le anunciara que veinte años después ellos pasarían a ser la columna de su pensamiento. De su larga polémica con Bernstein salió su obra *La doctrina socialista* que tuvo tanta repercusión. Según él, Bernstein cometió el error de confundir el caso inglés, en el cual es posible que un partido socialista llegue legalmente al poder y realice las aspiraciones del proletariado, con la situación alemana, en la que las cosas son distintas. “Lo que aquí nos espera no es la democracia sino el golpe de Estado, la supresión de los derechos electorales por el Parlamento y los trabajos forzados para los huelguistas”. Ante esos peligros de la reacción, solo la victoria de la clase obrera por los medios que estén a su alcance realizará el socialismo. La SPD no puede contentarse por tanto con ser el adalid de las reformas democrático-burguesas, sino que debe ser la vanguardia de la revolución social. A la pregunta de si la democracia puede atenuar los antagonismos de clase, Kautsky se remitía a la experiencia, la que daba una respuesta negativa.

En cuanto a las tesis económicas de Bernstein, Kautsky, basado siempre en la evolución de Alemania, sostenía que la exacerbación de la competencia por el mercado entre los empresarios favorecía directamente al gran capital, es decir a su concentración, por el hecho de que la pequeña y mediana industria, a las que el revisionismo daba tanta importancia, quedaban trituradas. En lo que hace al número de obreros, también era un hecho que crecía, en forma más rápida que el aumento de la población, y esto solo podía explicarse por la proletarianización de los sectores intermedios.

Para Kautsky era una evidencia la agravación de la miseria, según la predicción marxista. Y así escribía:

Possible es que puedan escapar a esta miseria fracciones de la clase obrera especialmente favorecidas por la suerte, y que puedan elevarse a otras condiciones de vida que hagan posible la comparación

con las condiciones de la vida burguesa. Pero también para ellas subsistirá la tendencia a la agravación de la miseria que domina en todo el régimen capitalista; estos obreros están expuestos sin cesar al peligro de perder su situación privilegiada, volviendo a caer en la miseria, lote común de la clase obrera, por consecuencia de una crisis, de un invento,

de una coalición de fabricantes, de la concurrencia de otras capas inferiores del proletariado⁷⁰.

Y según su observación, cuando en determinado país son más favorables que en otros las condiciones de los trabajadores, afluyen a él asalariados de diversas regiones (exportación de la miseria), con el resultado de que a la postre se reduce el nivel de vida en la nación próspera. Todo esto, respaldado por cifras estadísticas que omitimos, agrava la hostilidad entre las clases y aumenta la resistencia de los oprimidos.

La guerra mundial y la socialdemocracia

No se habían apagado los ecos de la querrela desatada por el revisionismo cuando se anunciaron los síntomas de lo que había de ser la primera guerra mundial. El 4 de agosto de 1914, a los tres días de haber estallado, la SPD votó unánimemente los créditos que para conducirla pidió el gobierno del Kaiser. Aún Karl Liebknecht, pacifista revolucionario, hijo de uno de los fundadores del partido, los votó para mantener la disciplina. La bella tesis del internacionalismo proletario rodaba por el suelo. La excusa que se dio era la conveniencia de que Rusia y el mundo se desembarazaran de un régimen anacrónico y sanguinario, como el personificado por el Zar. Pero pronto empezaron los arrepentimientos en la parte más sensible de la SPD. Cuando llegó el momento de conceder otros créditos, Karl Liebknecht se negó a ello; en 1915, veinte diputados socialistas se pronunciaban contra la guerra. El carácter imperialista de ella era cada día más visible, a pesar de lo cual la SPD se negaba a reconsiderar su posición belicista. La escisión que se veía venir se presentó en 1917, cuando los sectores de izquierda fundaron el partido Social Demócrata Independiente, del cual hizo parte el puñado más radical, dirigido por Rosa Luxemburgo y por Karl Liebknecht: fue el famoso grupo Espartaco, del cual salió en 1919 el Partido Comunista alemán.

La revolución rusa de 1917 llenó de alborozo al sector más avanzado de Alemania, a tiempo que producía malestar en las filas moderadas del socialismo. Al terminar la conflagración y al derrumbarse el imperio del Kaiser, tantas fuerzas represadas irrumpieron con violencia. La revolución estalló efectivamente, y así Ebert, como jefe de la SPD, ocupó la presidencia de la nueva república. A poco fue manifiesto lo que tantos augures señalaban: la socialdemocracia se encontró de pronto ante realidades que no esperaba y que no sabía cómo manejar. ¿Qué hacer con una revolución? El des-

70 Kautsky, Karl. Op. Cit. p. 165.

concierto fue inmenso. Ebert y sus amigos pensaron por el momento que lo mejor era retener al Kaiser, para que con su autoridad le hiciera frente a la tormenta social que se aproximaba. A poco la SPD decidió aliarse con los partidos burgueses, que naturalmente la usaron hasta desgastarla. Veinte años antes Kautsky había dicho que la socialdemocracia era una organización revolucionaria... que no hace revoluciones.

Huelgas salvajes, manifestaciones monstruosas, formación apresurada de Consejos de obreros y soldados, crímenes horrendos de carácter oficial como el asesinato en enero de 1919 de Rosa Luxemburgo y de Liebknecht, todo eso y mucho más se sucedió con rapidez alucinante. Cuando todo volvió a su nivel, se vio que el orden social anterior seguía intacto, con algunos toques de modernidad. La Constitución de Weimar, avanzada en algunos aspectos pero sin ser de inspiración socialista, apenas disimulaba el hecho de que la distribución del poder económico y cultural seguía favoreciendo a los dueños del dinero. Alemania y el mundo se encontraron ante una inmensa ocasión perdida. El infierno hitlerista que vino pocos años después, tuvo mucho de expiación por tantos pecados y desfallecimientos.

La Segunda Internacional, que venía actuando como agencia coordinadora de partidos de izquierda desde 1889, reflejó y padeció aquella crisis. Los días de gloria que había conocido por el ascenso general del socialismo, se oscurecieron en vísperas de la guerra por la irrupción de los nacionalismos. La Internacional Socialista dejó de existir prácticamente en 1914.

La socialdemocracia alemana de hoy

Obligados a abreviar por razones de espacio, anotaremos que después de las dos guerras mundiales el capitalismo alemán se ha seguido consolidando, dentro de los altibajos peculiares del sistema. La SPD, mientras fue oposición, defendía los intereses obreros, a veces victoriosamente, dentro de los márgenes que permitía el orden existente. Pero su mira se dirigía a fines más altos: el acceso al poder político, aunque para ello tuviera que pagar como precio el abandono de queridas posiciones doctrinarias.

Fue así como en el Congreso de Bad Godesberg, reunido en 1954, el partido, por una mayoría imponente de 324 votos contra 16, decidió borrar de su programa toda referencia al marxismo y a la lucha de clases. La vocación reformista de la SPD adquirió así el sello de un hecho histórico. Rovin observa que en esa época las masas asalariadas de Alemania se sentían menos excluidas de la sociedad, menos alienadas, y más convencidas, como lo había enseñado Lassalle un siglo antes, de que el sendero

electoral puede llevar al control de las palancas de mando⁷¹. Para facilitar la captación de electores católicos, en Bad Godesberg se hizo el reconocimiento de que la ética cristiana es una de las bases del socialismo, y de que lo prudente es renunciar a tener un solo fundamento filosófico, lo que era tanto como señalar limitaciones al materialismo dialéctico.

En el plano económico, dicho Congreso decidió suprimir la alusión a las nacionalizaciones y reconocer la importancia de la libre empresa, “siempre que se oriente según las necesidades colectivas, y no de acuerdo con el lucro privado”. En el terreno social se abogó por la cogestión, o sea la participación de los trabajadores en el manejo de la empresa, al lado del patronato. En política exterior, la SPD se declaró conforme con la defensa nacional en el plano de la OTAN lo que implica la amistad y la colaboración con los Estados Unidos.

Nos encontramos así con un gran partido de filosofía muy vaga en cuanto a su concepción del socialismo, pero sí muy nítido en lo que se refiere al alejamiento de toda postura revolucionaria. Willy Brandt, quien encarna a la perfección el espíritu de Bad Godesberg, emergió de allí como el hombre del porvenir, al que habría de corresponder siete años después, una vez ampliada la masa electoral, regentar el gobierno.

El designio más importante de Brandt como Canciller fue el de la Ostpolitik (política de apertura hacia el Este), o sea, la aceptación por la Alemania Federal de hechos cumplidos, lo que implica la renuncia por su parte de cualquier conducta guerrera respecto de los países que han escogido el socialismo. Son ellos los que deben, según el raciocinio de Brandt, dar los pasos conducentes a la conquista de la democracia interna. Ponerlos en la pista de la autodeterminación es el secreto de la Ostpolitik. La evolución de la Europa Occidental hacia las fórmulas propias de la socialdemocracia, estilo germano, ayudaría al entendimiento con el Oriente socialista.

En la actualidad, comienzos del decenio de los 80, la SPD, continúa en el gobierno, gracias a la colaboración con los liberales. Helmut Schmidt, el Canciller, es un hombre formado en los ejércitos de Hitler, lo que le valió caer en manos de los ingleses durante la guerra. Situado políticamente a la derecha de Brandt, él ha continuado el desarrollo de la Ostpolitik, mediante tratados con Polonia y la República Democrática Alemana, y en el orden interno, de las pautas acordadas en Bad Godesberg. Así, en lo económico el régimen se inclina cada vez más hacia la libre empresa, y en lo social, hacia el alza de salarios y las prestaciones a los desocupados, y desde luego, hacia la extensión de la seguridad social.

71 Rován, Joseph. Op. Cit. p. 284.

Pero son el robustecimiento de la política de la cogestión y el control de la inflación, mantenida al nivel razonable del 5.8%, las piedras angulares de la acción de la SPD en lo que mira a los trabajadores.

Willy Brandt conserva la jefatura del partido y la presidencia de la Internacional Socialista, revivida en 1919. Esta ha conocido éxitos relevantes bajo su dirección, ya que se ha extendido a varios puntos del orbe capitalista. El ejemplo de los logros que ha alcanzado la SPD en el gobierno, los dineros que reparte generosamente y la fuerte personalidad de Brandt, hacen de la socialdemocracia alemana uno de los centros mundiales con mayor capacidad de irradiación. Desconocerlo sería equivocarse en materia grave.

Lo anterior nos ayuda a comprender por qué la Socialdemocracia ha tomado la senda reformista y propone ese rumbo como modelo. Lo que falta por explicar es la razón que la ha inducido a que en política exterior ella, y la Internacional Socialista, se hayan inscrito con tanta decisión en la órbita del Atlántico Norte y de los Estados Unidos.

Uno de los mejores análisis que hemos encontrado es el hecho por Ceres, grupo de izquierda del socialismo francés, publicado por *Repères*, su órgano de expresión, en junio de 1977. Allí se dice que ese gigante económico, la Alemania Federal, está socavado por su vulnerabilidad estratégica. Ella tiene al frente las tropas socialistas del Pacto de Varsovia, ya que sus fronteras con la República Democrática Alemana se extienden a lo largo de 1700 kilómetros. El 30% de los habitantes de la Alemania Federal y el 25% de su industria están ubicados sobre dichas fronteras. Además, el 45% del total de la población vive en el 7% del territorio nacional, lo que significa que en caso de ataque no dispone de posibilidad de repliegue. De ese modo, el grueso de los efectivos humanos y de los equipos de producción estaría expuesto al fuego enemigo. Esto, unido al hecho de que a la República Federal no se le permite la posesión de armas nucleares, determina la urgencia de alianzas que hagan viable su seguridad.

De ahí que Willy Brandt sostenga que la defensa no solo de Alemania sino del Occidente, no se concibe sin el compromiso por parte de Norteamérica y de la OTAN. En su libro *La paz en Europa*, él dice: “En el caso terrible de un conflicto mundial; Europa es incapaz de defenderse sola, y no veo venir el tiempo en que pueda hacerlo”. Esa circunstancia, y el hecho de la división de Alemania en dos países, uno de ellos miembro del Pacto de Varsovia, determinan que la SPD abogue con tanto ardor por el rearme nacional y por la política de alianzas.

Socialismo y socialdemocracia en España

La España de hoy nos ofrece el espectáculo viviente del conflicto entre las dos líneas doctrinarias de que hemos venido hablando. Desde su fundación por Pablo Iglesias en 1879, el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) venía actuando como una organización revolucionaria y marxista. Al recobrar la legalidad después de la era de Franco, el partido se sintió consolidado en esa actitud al fusionarse con el que venía dirigiendo el profesor Enrique Tierno Galván, o sea el Partido Socialista Popular, de inequívoca filiación a la escuela de Marx.

Pero por el innegable desarrollo del capitalismo en la Península, por la diversificación creciente de la clase obrera y por los contactos con otras formaciones de la izquierda europea, en el seno del PSOE empezó a cobrar fuerza la corriente socialdemócrata, estimulada además por la circunstancia de que a causa de la situación fluida que vive ahora España, hay la posibilidad cercana de que el partido llegue a ser gobierno, a favor de las combinaciones electorales. El líder mejor dotado entre los aparecidos después de lo que allá denominan *la larga noche autoritaria*, Felipe González, en su carácter de Secretario General, personifica esa tendencia, y así es uno de los vicepresidentes de la Internacional Socialista y elemento muy adicto a Willy Brandt.

El forcejeo entre las dos líneas, perceptible desde antes, estalló en el Congreso del partido, en mayo de 1979. La corriente marxista y revolucionaria se impuso, con el resultado de que González se negó a presentar su nombre para la reelección como Secretario. Reunido de nuevo en septiembre siguiente para acabar con la acefalía, el Congreso acordó fórmulas que buscaban darle gusto a unos y a otros, pero que tal vez descontentaron a todos. González fue reelegido Secretario General, al tiempo que se tomaban medidas para atajar el deslizamiento del partido hacia la socialdemocracia. El asunto candente, su definición o no como organización marxista, fue soslayado por una serie de esguinces, y así se acordó adoptar el marxismo como instrumento teórico, crítico y no dogmático para el análisis y la transformación de la realidad nacional, pero se le relativizó hasta el punto de decir que el partido “se servirá tanto de los aportes marxistas como no marxistas que contribuyeron a hacer del socialismo la gran alternativa de nuestro tiempo en favor de la emancipación”.

El mismo pensamiento de González no está libre de contradicciones y de ambigüedades. Donde mejor está expresado es en la larga entrevista a la ya citada revista parisiense *Repères*, en la cual se declara partidario de la socialdemocracia, al tiempo que muestra francamente

las limitaciones de esta. A la pregunta de qué acepta la burguesía de la socialdemocracia y qué rechaza, González da esta respuesta acertada: “La burguesía acepta todo de los socialistas, salvo la construcción del socialismo. Cualquier medida que atente contra los fundamentos reales del poder del capital será rechazada”.

González registra los logros alcanzados por los obreros en las áreas del mundo regidas por la socialdemocracia, como las escandinavas, pero admite honestamente que a pesar de ello las estructuras del actual sistema siguen incólumes. “Se podría decir, [afirma] que la gestión socialdemócrata ha estabilizado un cierto número de países capitalistas, pero sobre la base de una mejor presencia social de la clase trabajadora”. González se da cuenta de los peligros que entraña el abandono por ese tipo de socialistas de todo gesto revolucionario.

Esta limitación reformista [agrega] de la práctica política de los partidos socialistas ha tenido por consecuencia, en el caso de la socialdemocracia, que puede continuar hasta llegar al abandono por esos partidos de la teoría política revolucionaria, en un primer tiempo, y aún, en un segundo tiempo, al abandono del lenguaje político revolucionario. Al final de lo cual tanto el objetivo último como la práctica cotidiana de esos partidos se encuentran totalmente insertos en el cuadro de la sociedad establecida.

Como resultado, González ve con buenos ojos que en el interior de los partidos socialistas haya una corriente de izquierda, a condición de que no llegue a institucionalizarse.

A pesar de esas observaciones de buen sentido, González, movido por el pragmatismo y por el afán de todo político de manejar pronto las palancas gubernamentales, acaba defendiendo las tesis socialdemócratas...

yo pienso [dice] que la actitud de la clase obrera respecto de la socialdemocracia está marcada, al mismo tiempo, por la confianza y por la rutina. Los trabajadores saben que los partidos socialdemócratas van a obrar legalmente en la defensa de una serie de reivindicaciones que los favorecen.

Pero saben también que las mejoras no irán más allá de una elevación relativa de sus actuales condiciones de vida. Es decir que confían en la socialdemocracia para mejorar las cosas poco a poco. Pero no esperan de ella una transformación radical de la sociedad. Escoger la socialdemocracia significa escoger una serie continua de avances en el cuadro de la sociedad establecida.

La posición atlántica, personificada en la OTAN, que es la de los partidos socialdemócratas después de 1945, goza de las simpatías de González, siempre que se pueda modificar con el tiempo. Para él la opción socialdemócrata en política exterior está seriamente condicionada por

la actual situación geopolítica mundial. Un cambio de esa situación en Europa, que puede comenzar con la llegada al poder de los partidos socialistas y comunistas de la Europa del Sur, tendrá seguramente gran influencia para modificar la opción atlántica.

Ya hemos dicho que en el PSOE hay otra tendencia inspirada en el socialismo genuino, que piensa de manera distinta en cuanto a los deberes y responsabilidades de la organización. Por boca del profesor Tierno Galván, ella sostiene que a los países de la zona del Mediterráneo les toca desarrollar un modelo de socialismo, popular e insurgente, que defendiendo las libertades públicas e individuales, se empeña a fondo en la creación de una sociedad distinta. Para él, en España, y en general en el mundo hispano parlante, existe una clase obrera capaz de llevar a término una transformación de esa índole.

La socialdemocracia en América Latina

América Latina es hoy tierra privilegiada para la socialdemocracia. Muchas organizaciones liberales se bañan en esas aguas en busca de remozamiento y de nuevos atractivos. Hasta 1979 habían adherido a la Internacional Socialista los siguientes partidos: el Radical de Chile, el Laborista de Barbados, el Nacional Popular de Jamaica, el Revolucionario-Democrático Dominicano, el Socialista Popular de la Argentina y el de Liberación Nacional de Costa Rica. Tres figuran como miembros consultivos: el Revolucionario del Paraguay, Acción Democrática y el Movimiento Electoral del Pueblo, los dos últimos de Venezuela.

No comprendemos bien las razones por las cuales la socialdemocracia ha adquirido tan vasta audiencia en zonas subdesarrolladas como las que acabamos de citar. Se explican sus progresos en sociedades industrializadas, exentas de las necesidades de la acumulación de capital, escasas de mano de obra, y que son el asiento de clases ricas que a cambio de la seguridad que se les da de que seguirá en pie el sistema económico y social dentro del cual han prosperado, acceden a hacerles a los trabajadores ciertas concesiones. No sucede lo mismo en las áreas del mundo en desarrollo, pobres en capital, en las que los, sectores dirigentes son propensos al monopolio y de una avaricia sin límites, por lo cual como decía Ferri, prefieren dar su sangre antes que aceptar recortes en la propiedad privada. Tal vez el atrincheramiento de la burguesía en las estructuras actuales, fingiendo desplazamientos hacia la izquierda, explica la adhesión de dichos sectores a los postulados de la socialdemocracia.

Venezuela, un país gobernado hasta 1979 por Acción Democrática, Miembro Consultivo como hemos dicho de la Internacional Socialista, no

mejoró la condición de los obreros a pesar de la bonanza del petróleo. Devorados por una inflación sin precedentes y por una deuda exterior que compromete el porvenir de varias generaciones, humillados por el aumento de los tugurios y de la población marginal y por la insolencia de unas clases altas que llevan el tren de vida de los magnates norteamericanos, los trabajadores de Venezuela no han conocido los beneficios de que se ufanan sus congéneres de Alemania Federal, de Austria o de Escandinavia.

El expresidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez, socialdemócrata convencido, ha denunciado con energía el egoísmo y la posición negativa de los gobiernos de la Internacional Socialista europea respecto de los derechos que asisten a los países del Tercer Mundo, a pesar de lo cual persevera en la creencia de que es posible la coordinación de los partidos socialdemócratas de Europa, América Latina y otros continentes, de lo cual resultarían ventajas sin medida para las regiones rezagadas. Así, como es plausible la franqueza con que el expresidente señala la explotación de esas áreas por parte de las desarrolladas, nos parece excesiva la ilusión que él pone en la expectativa de que una buena mañana empezará a fulgir el sol de un nuevo y justiciero Orden Económico Internacional. En todo caso retengamos las denuncias de Pérez:

Estamos en presencia de un nuevo orden político mundial que se fue forjando con las realidades objetivas del mundo en que vivimos. Desconocer este hecho es el error de los grandes países industrializados, cuando oponen resistencia tan tenaz al nuevo Orden Económico Internacional que ha de ser y tiene que ser la secuencia inevitable del nuevo orden político mundial⁷².

Pérez, al igual que todos los socialdemócratas, estima que son indispensables los cambios estructurales para que las naciones pobres puedan disfrutar de una economía propia y de la soberanía plena. Para eso les bastará, según sus conceptos, recorrer la vía media que hay entre capitalismo y comunismo. Para él lo malo no es el capitalismo sino sus vicios y abusos, sin ver que mientras subsista ese sistema los vicios y abusos serán el pan de cada día. Leamos sus palabras: “Los vicios y abusos del capitalismo deben ser juzgados severamente para corregir sus desmanes y ponerlo al servicio de la capitalización internacional”⁷³.

Dirigiéndose a América Latina después de un encuentro socialdemócrata en Caracas, Willy Brandt echa agua fría en las tesis de Pérez, pues fue muy cauto en la promesa de que vayan a cambiar en plazo corto las políti-

⁷² Pérez, Carlos. “La social democracia y las relaciones político económicas Internacionales”. *Nueva Sociedad*, 31-32 (julio-octubre 1977), Caracas.

⁷³ *Ibid.*

cas gubernamentales de las potencias ricas respecto de los países pobres, aunque las primeras, como acontece en la Alemania Federal, estén dirigidas por la socialdemocracia. Por eso manifestó que una cosa son las conversaciones de partido a partido, y otras las de gobierno a gobierno, e inclusive llegó a decir que muy probablemente hay que entregar la esperanza de un Nuevo Régimen Económico Internacional a las generaciones que vienen. Así afirmó: “Me parece deseable que justamente cuando las posiciones a nivel gubernamental hayan llegado a petrificarse, las conversaciones a nivel de partidos amigos contribuyan a flexibilizar estas posiciones y a lograr una mejor comprensión mutua”⁷⁴.

Algunos de los ideólogos de la socialdemocracia en América Latina tienen la honradez de decirnos que el triunfo de esa modalidad política no implicaría cambios de consideración. Es el caso del costarricense Luis Alberto Monge, quien sostiene en su estudio *Democracia-social, democracia-formal y empresa privada* que la empresa privada solo tiene futuro en esta parte del mundo si se adapta a los principios de la socialdemocracia. Es decir, que esta se constituye en garante del desarrollo del capitalismo⁷⁵. Es lógico que esa línea *transaccionista* con los intereses particulares contribuya a la falta de definición ideológica del Partido Liberación Nacional de Costa Rica. El mismo Luis Alberto Monge lo reconoce en otro estudio al escribir:

En Liberación Nacional llevamos veinticinco años enfrascados en un debate o en una pugna, a veces fraterna y otras veces un poco áspera, en busca de una definición y de una estructura socialdemócrata costarricense. Hemos realizado algunos progresos en el esclarecimiento de las metas socialdemócratas, pero estoy entre los que consideran que hemos avanzado con demasiada lentitud hacia los objetivos de la democracia social⁷⁶.

Un informe oficial de dicho partido lo explica igualmente; conviene recordarlo, pues seguramente esa situación corresponde a algo común en organizaciones similares del hemisferio:

la alianza heterogénea de sectores sociales para luchar contra el régimen de antes de 1948, tuvo una influencia perniciosa en la futura organización del partido, pues se han mantenido resabios de esa época que han dificultado la profundización de nuestra democracia interna y la participación más efectiva de los obreros y campesinos.

74 Brandt, Willy. “Después de Caracas...”. *Nueva Sociedad*, 31-32 (julio-octubre 1977), Caracas.

75 Cit. en Fuentes Mohr, Alberto Parra, Néstor Hernando; et al. *Perfiles de la socialdemocracia en Latinoamérica*. San José de Costa Rica: Centro de Estudios Democráticos de América Latina, 1979. p. 50.

76 *Ibid.*

Los riesgos de que el anticomunismo lleve a la socialdemocracia a caer en situaciones muy cercanas a la derecha, fueron señalados por un hombre que subrayó con una muerte heroica la adhesión a la causa popular. Fue el guatemalteco Alberto Fuentes Mohr, caído en enero de 1979 en la lucha contra la dictadura militar de su patria, y quien siempre quiso evitar que la inscripción de su partido en la socialdemocracia pudiera llevarlo a apoyar los intereses creados. Estos conceptos de Fuentes Mohr tienen mucho de testamento político.

En términos generales, sin embargo, los socialistas democráticos de América Latina deberían ser particularmente cuidadosos de no caer en situaciones que los hagan derivar hacia la derecha a través de su oposición a determinados grupos izquierdistas. El anticomunismo como posición política no puede aceptarse en un continente en el cual toda tendencia democrática ha sido perseguida al amparo de esa fórmula. Los socialistas democráticos, es verdad, no podremos renunciar nunca a determinados principios de la democracia representativa tales como la libre expresión del pensamiento, el derecho a disentir y una concepción pluripartidista de la política. En esto nos seguiremos diferenciando de otros sectores de izquierda y en un momento dado ello podría originar limitaciones en la creación de alianzas. Pero al menos en el corto y posiblemente en el mediano plazo, nuestros principios son cotidianamente violados por la alianza oligárquico-imperialista y es contra este enemigo que nuestras baterías deben estar dirigidas. Nuestra tarea, conservando nuestra identidad ideológica, debe ser la de crear una unidad lo suficientemente amplia y flexible para encontrar una apertura democrática o para afianzar las incipientes democracias existentes⁷⁷.

La socialdemocracia en Colombia

A partir de 1978 se nota especial simpatía en algunos círculos liberales de Colombia por la socialdemocracia. No es solo simpatía: es la convicción de que esa tendencia es la única tabla de que puede agarrarse el liberalismo en estas horas trágicas. La crisis se exterioriza en los siguientes puntos:

- a) Por el crecimiento económico iniciado en 1945, dicho partido padece hoy el predominio incontrolado de las capas burguesas que se incrustaron en él desde el siglo XIX, con el resultado de que los núcleos populares que desde los comienzos de esa organización depositaron en ella su confianza, no tienen hoy mayor ascendencia y posibilidades de participación. Es, pues, un partido inhabilitado para dar respuesta a las demandas que vienen de abajo. El policla-

⁷⁷ *Ibid.*

sismo de que siempre se jactaba esa colectividad, se ha traducido en los últimos años en el reinado de los elementos burgueses.

- b) Por ese fenómeno, el liberalismo no solo ha relegado a plano secundario la defensa de los intereses de la mayoría sino que en los dominios político y filosófico ha conocido mutaciones muy significativas. El partido entra en la década de los 80 en condiciones totalmente extrañas a su credo inicial, como la restricción de las libertades y el ataque a derechos fundamentales del ser humano. Los dos últimos gobernantes liberales, López Michelsen y Turbay Ayala, han extremado la defensa del orden constituido en forma que llena de alegría y de envidia al conservatismo. El extremado poder de los monopolios, muchos de cuyos gestores se proclaman liberales, impone una política que se expresa en rigurosas medidas de seguridad, para reducir a la inacción a las clases subyugadas. Cualquier intento dirigido a obtener otra forma de redistribuir la riqueza y el ingreso es asimilada a conatos de alteración del orden consagrado.
- c) El Frente Nacional, que desde 1958 hasta hoy, con denominaciones y maneras diversas, es el sistema de gobierno por ser el que más conviene a las clases y partidos dirigentes, ha llevado a que ni el liberalismo ni el conservatismo se decidan a andar cada uno por su lado. Se necesitan el uno al otro, se complementan, se reclaman. Pero lo inquietante es que el punto de convergencia ha ido pasando del centro a la derecha, lo que quiere decir que en esos desplazamientos es el liberalismo el que ha cedido doctrinalmente más terreno.
- d) Burocratizadas hasta el extremo límite, sin más designio que el reparto milimétrico de los empleos y de todas las ventajas que depara el mando, las dos colectividades antiguas han llegado al punto ideal con que las clases altas habían soñado: aquel en que estas, libres de agitaciones doctrinarias incómodas, que a veces daban lugar a enfrentamientos nocivos, pueden dedicarse a los negocios y a los beneficios que trae consigo una sociedad adquisitiva.

En tales condiciones, no vemos cosa fácil que el liberalismo pueda revitalizarse mediante las abluciones en el ideario socialdemócrata. Concebimos mal la posibilidad de que los grupos situados en lo más elevado de la jerarquía se avengan a aceptar principios contra los cuales todavía subsisten desconfianzas y recelos. En cuanto a las bases populares, es casi seguro que aspiran a comportamientos más radicales que los ofrecidos por aquel esquema. Las masas liberales, y hay que reconocer

que siguen siendo numerosas, solo despertarán al llamado que se les haga, ciertamente en nombre de ese partido, pero que prometa entrar en el análisis de los fundamentos mismos del sistema que nos gobierna. Dentro de la lógica propia, del capitalismo en las áreas subdesarrolladas, la burguesía colombiana será cada día más intransigente en la defensa de las posiciones que ocupa, lo que la hace reacia a las transacciones y al compromiso.

Nuestra creencia es la de que la concordancia del liberalismo nacional con la socialdemocracia corresponde más al pasado que al futuro. Cuando un conductor como Uribe Uribe a comienzos de este siglo reclamaba para su partido y para él el título de socialista de Estado, y cuando pedía reformas laborales avanzadas para una clase obrera que aún no existía, era porque el estudio de la evolución europea había dejado en su cerebro la idea de que se necesitaba aquí una nueva modalidad política que fuera capaz de mantener dentro de diques prudentes al capitalismo en gestación. Cuando veinte años después, al ver los primeros pasos de un proletariado que nació combatiendo, intelectuales de las calidades de Sanín Cano, de Luis Tejada, de Armando Solano y José Mar proponían la socialización del liberalismo, estaban reconociendo que ante la postración de ese partido solo la regeneración ideológica podía insuflarle de nuevo la voluntad de dominación. López Pumarejo y Gaitán, en los años de la República Liberal, de 1930 a 1946, se movían entre los mismos carriles doctrinales, aunque el primero no hubiera hablado nunca de adhesión al socialismo. En la década del 60, el Movimiento Revolucionario Liberal tuvo ademanes de ese tipo, antes de que sucumbiera ante el halago de las posiciones y granjerías para los jefes.

Pero fue en 1936 cuando el matiz socialdemócrata, sin usar la palabra, fue pergeñado con mayor nitidez por un joven político liberal extremadamente sensible a la marcha de las ideas. Carlos Lozano y Lozano sostuvo que para sobrevivir dignamente, el liberalismo debía fusionarse con el socialismo, un socialismo sin dientes, ya que lo despojaba de la lucha de clases, pero que en todo caso, iba dirigido contra la dictadura de los que tienen mucho. Así decía: “Redimir a la canalla que sufre, que espera, que trabaja, que perece en las guerras civiles y que vota en los comicios, es el deber del Partido Liberal en el gobierno y en la oposición”⁷⁸.

Esa concepción de un socialismo de buenos modales había adquirido para entonces cierto prestigio en medios evolucionados de Occidente que deseaban que la sociedad avanzara, pero economizándole los pade-

78 Molina, Gerardo. *Las ideas liberales en Colombia*. Tomo III. Bogotá: Tercer Mundo, 1977. p. 111.

cimientos inevitables que vienen con la intensificación de los antagonismos de clase. Lozano y Lozano volvía los ojos llenos de admiración hacia las naciones escandinavas “en las que el grande y funesto Karl Marx no ha tenido ni tiene influjo alguno. Era allí donde se había operado la síntesis entre liberalismo y socialismo”

Destacados hombres públicos de hoy creen que la crisis del liberalismo colombiano es de tales dimensiones que solo cambiando de piel y posiblemente de nombre, es decir, haciéndose socialdemócrata, puede enfrentarse al porvenir. El más pertinaz de todos ellos, Jorge Mario Eastman, presidente del Parlamento Latinoamericano e intelectual muy preocupado por las cuestiones doctrinarias, sostuvo en 1978 que ya era tiempo de que el viejo partido, haciéndole honor a su pasado, siempre abierto a las cosas nuevas, se orientara en esa dirección. Así dijo en la ponencia que llevó a la reunión de la Internacional Socialista; efectuada en Lisboa:

En los anteriores principios fundamentales de mi partido es fácil advertir una convergencia o identidad con los que proclaman los partidos socialistas democráticos articulados en la Internacional Socialista que hoy dirige el ex-canciller germano-occidental, señor Willy Brandt. Esos valores tampoco son un hallazgo para el liberalismo colombiano de hoy, dado que a partir de finales de la centuria pasada los asimiló y consolidó. Desde entonces el pensamiento social y político de mi partido se ha inspirado en el de una pléyade de pensadores y líderes entre los que destacan, por sus ideas igualitaristas, Rafael Uribe Uribe (1859-1914), Alfonso López Pumarejo (1886-1959) y Jorge Eliécer Gaitán (1903-1948).

Un político nuevo, Néstor Hernando Parra, analizó muy bien las razones de tipo económico que militan en favor de la solución socialdemócrata. De ello hay testimonio en el trabajo que presentó, en el mismo año de 1978, al Taller Ideológico sobre socialdemocracia en América Latina reunido en San José de Costa Rica.

Alguna salida, por difícil que sea, tiene que encontrar el pueblo indoamericano. La de la dictadura militar que tantas naciones nuestras han ensayado, con la esperanza; de que con la fuerza de las armas se logre disciplina social, está desgastada. La de la dictadura del proletariado no es la anhelada por un pueblo que tiene tradición y conciencia política de la libertad. Queda la vía socialdemocrática que combina la posibilidad económica, la posibilidad política, la posibilidad social y la posibilidad cultural a través de la libertad, que procura iguales derechos e igualdad de oportunidades de la vida en sociedad a través de

la justicia, y que produce, como consecuencia moral y política, la solidaridad entre los miembros de una sociedad⁷⁹.

En 1979 dos expresidentes de la república, Darlo Echandía y Alfonso López Michelsen, se declararon partidarios de ese viraje, pues no ven otro signo de salud. En su desazón, el primero de ellos no vaciló en decir que “llamarse hoy liberal es una vergüenza”.

Una muestra de la apatía que en materia de principios políticos existe en el liberalismo es que hasta hoy, comienzos de 1980, no ha habido una discusión a fondo sobre esas propuestas, y ninguna de las directivas fantasmales que tiene ha promovido un debate sobre el particular ni emitido una opinión. Una de las pocas voces autorizadas que se han escuchado es la del dirigente Hernando Agudelo Villa quien en conferencia pronunciada en noviembre de 1978 reconoce, en lo cual coincide con Eastman, que en las reformas constitucionales de 1936, 1945 y 1968 hay muchos de los principios actuales de la socialdemocracia, pero en esa oportunidad y en otras posteriores, formuló críticas muy sensatas como estas:

- a) La socialdemocracia se preocupa más por el control y la planeación que por la propiedad de la industria, y de ahí que para ella la libre competencia y la iniciativa del empresario son elementos vitales de la política económica;
- b) El esquema socialdemócrata se basa en principios que solo pueden aplicarse en las sociedades ricas, donde hay exceso de capitales y donde puede mejorarse la situación del pueblo, sociedades que por lo demás se nutren de la explotación de la periferia y de las ventajas que les reporta el intercambio desigual;
- c) En países como el nuestro, de clamorosas desigualdades entre los que tienen y los que no tienen, la socialdemocracia no puede servir de catalizador del cambio sino de conservación de lo que hay, con lo que adquiere automáticamente un tinte moderado.

Conclusiones generales

Al final de esta larga disertación podemos decir que la socialdemocracia se presenta hoy como un movimiento de indudable importancia en las regiones desarrolladas del mundo, donde los núcleos socioeconómicos poderosos se resignan a hacer ciertas concesiones a las mayorías, a cambio de

⁷⁹ Fuentes Mohr, Alberto; Parra, Néstor Hernando et al. *Perfiles de la socialdemocracia en Latinoamérica*. San José de Costa Rica: Centro de Estudios Democráticos de América Latina, 1979. p. 32.

que se mantenga el orden actual. Esta posibilidad no existe en las zonas rezagadas donde son congénitos desniveles que solo pueden corregirse por medio de modificaciones sustanciales en el régimen de propiedad.

Teniendo en cuenta lo anterior, la socialdemocracia tiende a ser la ideología de la aristocracia obrera que se ha formado al amparo del progreso de los países opulentos, interesada por tanto en el mantenimiento de la presente ordenación.

Todo esto conduce a que los partidos socialdemócratas tengan una viva filosofía anticomunista que, naturalmente los predispone a servir de ariete para dividir al movimiento obrero. Esto se vio claramente en la reunión de los gobernantes del mundo Occidental, efectuada hace pocos años en Puerto Rico, en la que el canciller Helmut Schmidt declaró, con el aplauso entusiasta de Carter y en nombre de la socialdemocracia, que se formaría una Santa Alianza contra Italia, en el caso de que los comunistas llegaran por cualquier medio al gobierno.

El plano inclinado en el que la socialdemocracia se ha venido moviendo, la ha constituido en pieza de relevo para ejercer las responsabilidades oficiales cuando se desgasten los partidos burgueses. Uno de los hombres de Estado más inteligentes del capitalismo internacional, Giscard D'Estaing, no oculta su juego de dividir a la izquierda francesa para contar con una socialdemocracia fuerte, que pueda ser llamada en cierto momento a hacerle frente a la borrasca social. En una entrevista decía Giscard en 1976:

La socialdemocracia es una variante con preocupaciones sociales de la estructura común de la sociedad europea, tal como nosotros la podemos concebir... Cuando yo digo que la alternación es una forma de regulación de una democracia fuerte y tranquila, yo estimo que, por ejemplo, para Francia una alternación con la socialdemocracia podría ser contemplada⁸⁰.

Volviendo, ya para terminar, al caso del liberalismo colombiano, si su ingreso a la socialdemocracia se hace sobre los presupuestos doctrinarios dados por ella para el ámbito europeo, es claro que no representará mayor avance político. Tanto más cuanto que en 1980 se han añadido otras voces de malestar y de desesperación a las ya oídas sobre el presente y el futuro del liberalismo. El expresidente Carlos Lleras Restrepo lo definió como “un buey cansado”, y que como colectividad está “en disgregación”.

Hay una situación inesperada, a la cual pueden prenderse como a una tabla en medio del remolino los liberales que se pronuncian por la afiliación a la socialdemocracia, y es el conato de la Internacional Socialista por

⁸⁰ Repères, 44, jun. 1977, París.

remozar su credo y su estrategia. Desde 1976 ella está en trance de dejar de ser exclusivamente europea, por lo cual hoy tiene al Tercer Mundo en el centro de sus afanes. Mas para poder echar raíces en los convulsionados suelos de Asia, África y América Latina, la Internacional ha visto que le urge hacer planteamientos inéditos en ella. Así, hoy habla de lucha enérgica contra el colonialismo, el atraso, el imperialismo y naturalmente contra la violación de las libertades y en general de los derechos del hombre. Como demostraciones de la nueva política, tenemos la solidaridad de la Internacional Socialista con la revolución de Nicaragua, con la que ahora avanza en El Salvador, con los brotes de insurgencia en Guatemala y con la marcha de Jamaica hacia un modelo más justo de organización social.

Sin duda ha obrado en este cambio, no solo el cálculo de extender el número de prosélitos, sino la convicción que hoy seguramente tienen los responsables de la Internacional de que si no obran de ese modo no podrán oponerse con éxito al adversario que hoy apunta —y pensamos en América Latina— que es nada menos que la Democracia Cristiana, hoy dominante en Venezuela, fuertemente arraigada en Chile, y que participa actualmente en la Junta de Gobierno que en El Salvador efectúa las ampliamente conocidas y repudiadas sevicias contra el pueblo.

Esa evolución de la socialdemocracia, que hace falta ver si se consolida, halló expresión en lo que mira a esta parte del mundo en la primera Conferencia Regional de la Internacional Socialista para América Latina y el Caribe reunida en Santo Domingo en marzo de 1980, donde hubo acuerdo sobre los siguientes puntos:

- Es realidad innegable la influencia del imperialismo en el área, así como es un hecho el predominio de las firmas multinacionales, que encuentran su aliado en la burguesía de cada país;
- Con el apoyo de esas empresas y de esos aliados se han establecido en varias partes regímenes de tipo autoritario, más aún, fascista, que mantienen a los trabajadores en estado de sobre-explotación;
- La democracia formal que rige en otras naciones del área es ineficaz para hacer efectiva la libertad y la participación del pueblo en los destinos comunes, por lo cual se ve lejano el acceso de él al disfrute de los bienes creados y la vigencia de derechos como el del pleno empleo;
- Debe ser tarea común pugnar por la legalización de los partidos en varias naciones, por el regreso de los exiliados a su patria y porque en casos como el colombiano sean respetados los derechos humanos y los políticos.

- Se menciona también en la Declaración Final la circunstancia de que con dicha Conferencia se inicia la unidad de las fuerzas anti-imperialistas y socialistas de América Latina, Europa y Asia.

Siendo importantes estos avances, que permitirían hablar de dos Internacionales Socialistas, una que opera en Europa y otra en las zonas subdesarrolladas, es obvio que la socialdemocracia no llega hasta el punto de preconizar la liquidación del capitalismo, pues sabemos que ella se contenta con un socialismo meramente distributivo, por lo cual deja en pie la propiedad privada sobre los medios de producción, que es el aspecto que define al capitalismo. Este puede aceptar ciertas formas de redistribución del ingreso, pero a condición de que se mantengan intactas las piedras sobre las cuales reposa. Con todo, ya es algo que en la Declaración Final de la mencionada conferencia se diga “que solo habrá paz en el mundo cuando los explotados de hoy sean los hombres y mujeres libres del mañana”.

En esta evolución de la socialdemocracia no podía faltar el lado pecaminoso: siendo ahora Alemania Federal concurrente serio de los Estados Unidos en el dominio económico, no puede descartarse la posibilidad de que el naciente imperio se valga de la socialdemocracia como vehículo de penetración. Un simpatizante de ella, James F. Petras, de la Universidad de Nueva York, lo dice sin rodeos: “Resulta difícil escapar a la conclusión de que la bandera rosa de la socialdemocracia abre el camino al marco verde del capital alemán”.

En el caso de los liberales colombianos que abogan por la inserción de su partido en la socialdemocracia, se observa la incongruencia de que muchos de ellos defienden la administración Turbay Ayala, que ha merecido la reprobación de organismos tan respetables como Amnistía Internacional, por la sistemática conculcación de los derechos humanos, administración caracterizada además por su política de dejar hacer en frente de los grandes conglomerados económicos, con el consiguiente desequilibrio en el reparto de las ganancias, por la militarización del país y por la dimisión del Estado en el compromiso de asegurarles a los asociados el goce de bienes esenciales como la seguridad personal, la salud, el empleo y tantos otros sin los cuales no se concibe al hombre contemporáneo.

Por otro lado, los liberales colombianos que suspiran por la conversión de su partido a la socialdemocracia no le han explicado todavía a la opinión cuáles son los planes que llevarán adelante una vez lograda esa reencarnación.

VI. El comunismo

Visita oficial del presidente de la Cámara del Pueblo de la RDA. ►
Bogotá, noviembre de 1965



Con esto llegamos al comunismo. Para fijar sus rasgos esenciales, no encontramos método mejor que el de compararlo, no con la socialdemocracia, con la que el paralelo es imposible, sino con el socialismo propiamente dicho, tal como lo expusimos en los capítulos III y IV. Muchas personas cultas apenas barruntan en qué se relacionan y en qué difieren esas dos escuelas, sin tener en cuenta el despabilado y crecido número de individuos, que sin más rodeos califican de comunistas a todos los partidarios de una nueva organización social.

Primero que todo, ¿cómo fue que la palabra *comunismo* entró en los tiempos modernos al lenguaje político? Digamos desde ahora que cuando ella empezó a usarse estuvo cargada de beligerancia y de acometividad. Mientras el vocablo *socialismo* evoca la oposición a toda forma de egoísmo, es decir, toda tendencia a la fraternidad, cuando se habla de comunismo se piensa en términos de lucha, de antagonismo frontal entre los hombres.

El profesor Cole anota que el mote de *comunista* fue designado para caracterizar las teorías de Cabet que hablaban a comienzos del siglo pasado de *comuna*, como unidad básica de vecindad y de gobierno autónomo, y de la conveniencia de que hubiera una federación de comunas⁸¹. Al mismo tiempo, esa palabra aludía al hecho de tener cosas en común, aspecto al cual Cabet le atribuía significativa importancia.

Pero ese concepto, comunismo, no podía quedar circunscrito al ámbito de las posibles formas de integración de los asociados. Necesitaba la coloración fuerte que le daba la referencia a entidades de combate, y por eso los clubes clandestinos de extrema izquierda que se constituyeron en París después de los agitados años de 1830 recibieron esa denominación. En aquellos actuaban numerosos revolucionarios exiliados, y fueron estos los que sirvieron de núcleo a la Liga Comunista, tan activa hacia 1847, para la cual Marx y Engels escribieron la famosa

⁸¹ Cole, G.D.H. Op. Cit. p. 14.

declaración que lógicamente se llamó *Manifiesto Comunista*. Quienes crearon la Liga pensaban que el vocablo socialista estaba muy asociado a los sueños de utopía y poco a las batallas de la clase obrera. Querían por eso una denominación que aludiera al anhelo de los explotados de sacudir su servidumbre y de darle a la propiedad otro sentido. Solo la fuerza colectiva de los trabajadores podía lograr esa finalidad, afirmación que como se sabe inspira todas las páginas del *Manifiesto*.

Las diferencias entre socialismo y comunismo pueden establecerse a dos niveles: el primero se refiere a la evolución que de acuerdo con el marxismo seguirá la humanidad una vez vencido el capitalismo. El segundo; al modo diverso como las dos escuelas encaran el problema de la transformación social, de los agentes de ella, del destino que espera a la libertad y a la democracia, del rol de los partidos, etc. Problemas todos estos de naturaleza política.

En cuanto al primer nivel, Marx explicó en varias partes de su obra que al ser derrocado el capitalismo y al procederse a organizar otro sistema, vendrá un período que él llama etapa inferior del comunismo, pero que sus continuadores denominan con más exactitud, la etapa socialista. Después vendrá otra, muy evolucionada, la propiamente comunista.

Uno de los rasgos distintivos de la primera fase, según el análisis hecho por Marx en el libro *Crítica de los programas de Gotha y de Erfurt*, es que en el lapso entre la sociedad capitalista y la comunista, el Estado construido después del triunfo de la revolución proletaria adquirirá un gran poder, a efecto de dirigir con éxito el proceso transformador, para irse desvaneciendo luego poco a poco, hasta llegar a su extinción definitiva en la segunda etapa, cuando se pase de la dominación sobre los hombres a la administración de las cosas.

Otro rasgo, tal vez el más característico del primer período, se refiere al modo de distribución de los productos. Como en dicho período, el socialista, habrá todavía muchas limitaciones e imperfecciones, pues las fuerzas productivas no estarán plenamente desarrolladas, será preciso incitar a los trabajadores a que aumenten su rendimiento, y de ahí que la divisa reinante será esta: A cada cual según su trabajo. Ella se emparenta con la que rige dentro del capitalismo, solo que en la fase socialista la plusvalía no irá, como acontece hoy, a los particulares dueños de los medios de producción, sino que una porción se destinará a un fondo colectivo para atender a la ampliación del aparato productivo, a la administración, a la escuela, a los centros de salud, etc. En suma, en el trecho socialista subsistirán restos del orden y del derecho burgueses, y

como dice Marx, muchos estigmas de la vieja sociedad de cuyos flancos ha salido la nueva.

En el segundo ciclo, el comunista, las cosas serán distintas. Desde luego la libertad de los hombres se habrá ensanchado, puesto que la coerción estatal se irá diluyendo. El trabajo, necesidad vital, será ejecutado por el individuo sin requerir apremios externos. La producción se habrá desarrollado en tal forma, que la abundancia llegará a constituir un hecho cierto. Por eso la divisa será: De cada cual según sus aptitudes, a cada cual según sus necesidades. Es factible, y así lo indica John Strachey, que en el período socialista haya comienzos de distribución de acuerdo con las necesidades de cada quien y así en varios países de la órbita del socialismo hay ya servicios gratuitos que se reparten en armonía con el mencionado criterio⁸².

Lo equivocado es pensar que se puede establecer el comunismo una vez victoriosa la clase obrera. La transición, a través del momento socialista, será inevitable. Por eso no hay ninguna contradicción en decir que los gobiernos comunistas están dedicados actualmente a la construcción del socialismo, ya que a nuestro entender no ha llegado todavía en ninguno de ellos la hora de iniciar la edificación del comunismo. Por eso es pueril abrir desde hoy debates acerca de cómo se comportará el individuo cuando sea la ocasión de obtener bienes y servicios según sus necesidades. ¿Pedirá seis trajes al año en vez de tres? ¿Demandará el doble de energía eléctrica? Eso equivale a olvidar que el hombre comunista será distinto del burgués, como el socialista ya difiere de este en muchas normas de comportamiento.

Lo que sí salta como una evidencia es que cuando domine el principio de la distribución de acuerdo con las necesidades, no por eso habrá igualdad completa entre los hombres. A ninguna persona sería le es dable pensar que es concebible una sociedad en la que todos vivan de la misma manera, ganen lo mismo, consuman cantidades idénticas, tengan iguales aptitudes y dones y los desarrollen en forma similar. Esa supuesta igualdad pertenece al reino de la ficción.

Son tantos los estragos causados en las clases medias, sobre todo entre los intelectuales y los técnicos. por el pretendido igualitarismo que dizque habría en la sociedad comunista, que conviene detenernos en este punto: Varios pensadores de izquierda sostienen que al contrario de lo que se dice, el socialismo y el comunismo no serán el reinado de la identidad sino el de la diferenciación. Según ellos, una vez abolidos

82 Strachey, John. *Teoría y práctica del socialismo*. México: Universidad Obrera de Mexico, 1937. p. 107.

los privilegios del capitalismo, lo cual será un paso gigantesco hacia la igualdad, vendrá una organización en la que el hombre, sin las trabas que derivan de la separación jerárquica entre los que tienen y los que no tienen, podrá emprender la tarea de desenvolver sus capacidades, lo que conducirá a que cada uno de ellos sea diferente de los otros. Habrá igualdad en muchas cosas, pero también diversidad.

Entre los socialistas que han hecho aportes inteligentes a la ventilación de este tópico, citamos al joven economista francés Jacques Attali quien sostuvo que decir, verbigracia, que ayudar a los desfavorecidos, reducir las desigualdades, luchar contra la pobreza, hacer pagar a los ricos, sin explicar que la igualdad no es más que un medio para permitir la expansión de las diferencias, es sentido por cada uno como una amenaza contra sus propios privilegios, aunque estos sean reducidos.

Es en cambio el capitalismo el que sobre una base criminal de desigualdades y de discriminaciones, se ha encargado de producir una sociedad uniforme. Dicho sistema en efecto, según Attali, lleva hoy a que las personas no piensen más que en intercambios comerciales, a que tengan las mismas ambiciones y a que se diviertan de idéntica manera; en un plano más amplio, se ve cómo las naciones capitalistas se proponen un solo modelo de desarrollo y de éxito. En todo esto hay una amenaza escalofriante de semejanza entre los individuos, de anonimato, de soledad. De ese modo tenemos que en 1978 la Chrysler diseñó un nuevo tipo de automóvil para todo el mercado mundial, con las mismas especificaciones, sin tener para nada en cuenta las modalidades culturales de cada país. Por ese aspecto se justifican las visiones sombrías de un Orwell, cuando anuncia la identidad absoluta entre las unidades del futuro hormiguero humano.

Hay que pensar más bien que con los avances sobrecogedores de la ciencia y de la tecnología, unidos a la aparición de un nuevo sistema de valores, se plantearán las posibilidades de construir nuevas formas de convivencia, que hoy no alcanzamos a prever. Lo que sí se puede anticipar es que el hombre futuro estará atenaceado por el ansia fáustica de desarrollo cultural, de diversidad, de ser él quien decida el sentido de su vida. En pocas palabras de la extrema desigualdad de hoy se pasará a una igualdad basada en la eliminación de privilegios económicos, sociales y culturales, para abrirse luego la humanidad a nuevas formas de diferenciación.

Socialismo y comunismo

Antes de anotar las diferencias entre socialismo y comunismo es procedente decir que coinciden en varios aspectos: los dos profesan la convicción de que la lucha de clases es el principal factor de la evolución

humana, de que el capitalismo por su incoherencia y sus aberraciones debe ser superado, lo cual determina la necesidad de la revolución, llevada a cabo por la acción de los trabajadores. Creen también que el marxismo, renovado por los cambios incesantes de la sociedad y de la ciencia es la doctrina nutricia, y que la planeación es el instrumento imprescindible para dirigir el proceso económico.

No se pueden fijar las diferencias a que aludimos sin recordar la circunstancia en que se produjeron. Hemos dicho ya que hasta la primera guerra mundial todos los amigos del cambio a fondo se llamaban socialistas, y era tan fuerte su fe en las virtudes de la acción unificada, que procedían sobre el supuesto de que serían capaces de impedir una conflagración como la que vino en 1914. Iniciada esta, grupos mayoritarios de esos partidos en los países beligerantes acabaron por entrar en *la unión sagrada contra el enemigo*, y así votaron los créditos militares, en la creencia de que de ese modo aceleraban la transformación social, pues vendría el derrumbamiento de regímenes vergonzosos como los de Austria-Hungría, Alemania y Rusia, con lo cual una tragedia como esa no volvería a producirse y se acercaría el milenio socialista.

Fueron los bolcheviques rusos los que denunciaron con mayor cólera verbal lo que llamaron la traición de los socialdemócratas, los que fríamente habían pisoteado el dogma del internacionalismo proletario. Lo que Lenin escribió en 1917 no puede leerse hoy sin hondo malestar: “Los socialchovinistas [como él los califica] son nuestros enemigos de clase, ya que se han pasado al bando de la burguesía”⁸³. Entraba luego a mencionarlos con nombre propio y a cerrar la puerta para impedir toda reconciliación. La Segunda Internacional, que entre 1889 y 1914, había agrupado a los diversos partidos socialistas quedaba hecha añicos, y en su lugar debería venir la Tercera Internacional, la que necesitaba alzarse resueltamente y “de modo irreconciliable”, no solo contra los traidores, los socialchovinistas, sino “contra los personajes vacilantes del centro”, entre los que estaban hombres de la preeminencia de Kautsky, y de Jean Longuet, el nieto de Marx. Fue también en esa oportunidad cuando Lenin anunció que la organización política que acaudillaba en Rusia se llamaría Partido Comunista.

El lenguaje de fuego usado por Lenin, propio de la época que vivía, pues ya se vislumbraban los resplandores de la Revolución de Octubre, fue muy parecido al de los grupos que en Occidente agitaban los estandartes del internacionalismo y predicaban la ruptura con la socialdemocracia. El adjetivo *irreconciliable*, empleado por Lenin para manifestar la imposibilidad de

83 Lenin, V. I. *Obras escogidas*. Tomo II. Moscú: Editorial Progreso, 1960, p. 66.

arreglos con los compañeros de la víspera, formaba parte del repertorio intelectual de los partidos comunistas que empezaban a constituirse.

La Tercera Internacional, nacida en Moscú en 1919, estaba saturada de ese espíritu. Las 21 condiciones aprobadas en su segundo Congreso para aceptar los nuevos partidos no agitaban el olivo de la paz sino la bandera de la guerra. Citemos algunas:

Segunda condición: Toda organización deseosa de adherir a la Internacional Comunista debe regular y sistemáticamente apartar de los puestos que impliquen algo de responsabilidad en el movimiento obrero (organizaciones de partido, redacciones, sindicatos, fracciones parlamentarias, cooperativas, municipalidades) a los reformistas y los centristas, y reemplazarlos por comunistas experimentados, sin temer verse, en el caso de reemplazar, al comienzo, militantes experimentados por trabajadores de las filas.

Séptima condición: Los partidos deseosos de pertenecer a la Internacional Comunista deben reconocer la necesidad de una ruptura completa y definitiva con el reformismo y la política de centro, y preconizar esa ruptura entre los miembros de las organizaciones. La acción comunista no es posible más que a ese precio.

La Internacional Comunista exige imperativamente y sin discusión esa ruptura, que debe ser efectuada en el plazo más breve posible. La Internacional Comunista no puede admitir que reformistas declarados, como Turati, Kautsky, Hilferding, Longuet, Macdonald, Modigliani, y otros, tengan el derecho de considerarse como miembros de la Tercera Internacional, y que estén representados en ella. Semejante estado de cosas haría semejar demasiado la Tercera Internacional a la Segunda.

Decimotercera condición: Los partidos comunistas de los países donde los comunistas militen legalmente deben proceder a depuraciones periódicas de sus organizaciones, a fin de prescindir de los elementos vacilantes y pequeño-burgueses.

El rompimiento con los socialistas era ya un hecho. En Francia, para citar un caso esclarecedor, la escisión se produjo en el Congreso de Tours, en diciembre de 1920, y como era de presumirse, la corriente comunista se impuso por 3028 mandatos contra 1022 que decidieron seguir en la vieja casona socialista. Aquella mayoría se comprende por la doble circunstancia de que muchos antiguos militantes de la izquierda no podían dar crédito a sus ojos al ver que existía en el mundo un Estado Obrero. Rodear ese milagro, tender en torno de él una alambrada protectora, constituía un deber histórico. La otra circunstancia era la de que en aquellos instantes se creía muy próxima la revolución en varias partes de Occidente, empezando por Alemania. De ese modo se formaría con Moscú un eje de hierro y se abrirían a la humanidad perspectivas gloriosas.

Primera diferencia

Así podemos proceder a señalar la primera diferencia entre las dos corrientes, y la destacamos como prioritaria por referirse al tipo humano que ellas conciben como agente de trabajo para el universo en construcción. El hombre socialista se fraguó en el crisol de la tradición y de la cultura de Europa. Sobre él gravitaban acontecimientos como la Reforma y la Ilustración, gracias a los cuales había aparecido la conciencia crítica en los tiempos modernos, lo mismo que se había destacado el papel de la razón y de las libertades. Era, pues, *un ser predispuesto al debate*, para el cual en lo que dice el adversario puede haber algo de verdad.

Entre esos antecedentes hubo otro de significativo valor en la formación del hombre socialista y fue la Revolución Francesa de 1789, la que mostró que era posible la emancipación humana. Ese aspecto debe ser rescatado por los socialistas de este final del siglo xx, los que necesitan trabajar en los surcos abiertos entonces. En la Introducción a su monumental obra *Historia socialista de la Revolución francesa*, el ilustre Jean Jaurès sostiene que el socialismo de hoy será la continuación de aquella colosal sacudida, ya que esta no resolvió todos los problemas. Según él, poco después de 1789 la clase obrera empezó a formularse preguntas de este tenor: ¿De dónde emana nuestro padecer? ¿Qué otra revolución habrá que llevar a término? Para comprender al hombre que había empezado a gestarse, hay que tener en cuenta otro elemento destacado por Jaurès, y fue la importancia que él le asignó al espíritu y a todos sus valores en la evolución de la especie⁸⁴. Claro que el gran tribuno aceptaba la tesis de Marx sobre el preponderante papel del factor económico, pero afirmó siempre que es notable el peso que en ella tiene el espíritu humano, la ardiente aspiración de este a la verdad total, “y la noble exaltación de la conciencia individual que desafía el padecimiento, la tiranía y la muerte”. La permanente lucha por los derechos del ser humano se inscribe dentro de este pensamiento.

El hombre comunista se formó en cambio en una atmósfera de fuego. Él debía ser ante todo un militante, porque se trataba de asegurar la continuidad del orden que había surgido de las llamas y del humo de la revolución de 1917. Ese hombre debía tener por tanto la fe y la capacidad de sacrificio de todo misionero. La doctrina que profesaba adquiriría rango de dogma. Conceptos como la libertad y la democracia política podían aplazarse. No olvidemos que en la Rusia de entonces solo algunas capas

84 Jaurès, Jean. *Historia socialista de la Revolución francesa*. Valencia: F. Sempere y compañía, s.f.

de intelectuales y de especialistas habían recibido la influencia de Occidente. Al individuo común esa influencia expresada en juego libre de partidos, en régimen representativo, en constitucionalismo, en libertad de pensamiento y de expresión, le decía muy poco. En tales condiciones las minorías activas, con la vista puesta no solo en la revolución interna sino en la revolución mundial, partían del supuesto de que lo importante era garantizar la santidad de la doctrina que le traerla a la humanidad nuevas auroras. Los contactos con los liberales y los reformistas eran impuros y nocivos. El profesor Harold Laski tiene razón cuando establece el paralelo entre los bolcheviques y la Compañía de Jesús, pues en aquellos y en esta hay la misma e inflexible serie de dogmas, la misma disciplina, igual apasionada lealtad a un conjunto de principios que están destinados a triunfar

No es posible leer la literatura del bolchevismo sin advertir que su doctrina de predestinación es uno de los secretos de su éxito. Esta certeza produce en quienes la poseen el temperamento del fanático. Con tal seguridad perciben la justicia de su fin, que moralmente se sienten autorizados para usar todos los medios que a su logro conduzcan⁸⁵.

Segunda diferencia

El punto anterior se conecta con el que constituye la segunda diferencia, o sea *la concepción del partido*. La escuela socialista lo ve en función de la clase trabajadora, ligado estrechamente a ella, y por eso su política es la del reclutamiento perseverante y la capacitación doctrinal de todos los miembros que la integran. Para realizar esa aspiración necesita garantizar la libertad de pensamiento y vivir abierta al juego de tendencias, siempre que no quiebre la indispensable unidad. León Blum lo explicó así en el Congreso de Tours:

El socialismo no es un partido enfrente de otros. Es la clase obrera íntegra. Su objeto es reunir por la comunidad de clase, los trabajadores de todos los países. Nuestro partido era, pues, un partido de reclutamiento tan amplio como fuera posible. Como tal era un partido de libertad de pensamiento; porque las dos ideas se relacionan y la una deriva necesariamente de la otra. Si ustedes quieren agrupar en el mismo partido a todos los trabajadores, a todos los asalariados, a todos los explotados, ustedes no pueden reunirlos sino en torno de fórmulas simples y generales. Ustedes les dirán: son socialistas todos los que quieren trabajar por la sustitución de un régimen económico por uno distinto, todos los que creen, porque ese es el fondo del marxismo, que hay relación y conexión ineluctables entre el desarrollo del capitalismo, de una parte, y el del socialismo de otra. Si usted está de acuerdo con nosotros para realizar

85 Laski, Harold. *Comunismo*. Barcelona: Labor, 1931. p. 42.

esa obra, su acto de fe está consumado y usted es socialista. La acción de ese partido era de educación popular y de propaganda pública⁸⁶.

Esto determina la urgencia de que esa voluntad y ese pensamiento asciendan de grado en grado, que vayan de la Sección Local a la Federación, de la Federación al Consejo Nacional y de este al Congreso del partido. De la misma manera es necesario que sobre los jefes se ejerza a toda hora el control de los militantes, pues aquellos no son más que los intérpretes encargados de presentar en forma clara lo que a veces la masa piensa en forma confusa. El partido, en suma, debe tener una organización y un funcionamiento democrático. Del párrafo de Blum que hemos transcrito y de otros apartes de su memorable intervención, se deduce que los socialistas ven su agrupación política de la manera más amplia que se pueda, esto es, extendida en lo posible a toda la clase trabajadora. O sea, que dicha noción del partido deriva del modo como se concibe la Revolución socialista, la cual es inseparable de la necesidad de un período de maduración, pues sin esta la lucha por la conquista del mando puede tener mucho de aventura o prestarse a deformaciones irremediables.

En el comunismo la cosa es distinta, según se desprende de la enseñanza de los líderes bolcheviques. En el Congreso de Estocolmo de 1906, teniendo en cuenta el fracaso de la Revolución Rusa de 1905, se hablaba de un partido centralizado desde arriba, mientras los mencheviques defendían la tesis, muy próxima a la socialista, de una estructura democrática, pues creían que la organización debería ser de masas, dispuesta a acoger a todos los camaradas que quisieran afiliarse⁸⁷. A esa idea del partido, en el cual habría campo para diferentes puntos de vista, Lenin contestaba diciendo que todo aquello no era más que una ilusión. Es sabida la admiración que él tuvo siempre por el ejército, por su estructura y por su disciplina. El centralismo democrático quería decir, según Lenin, obediencia a la decisión del partido que seguía la línea correcta y que no debía ceder “ante una mayoría que se desviaba de la verdadera fe”. El futuro jefe de la revolución estuvo obsesionado siempre por la idea de una organización política que suministrara la dirección unificadora de la clase obrera. Así él decía:

Sin un partido de hierro, templado según las modalidades del conflicto, y gozando de la confianza de todos los elementos honrados de la

86 Lacouture, Jean. *León Blum*. París: Éditions du Seuil, 1977. p. 166.

87 Cole, G.D.H. *Historia del pensamiento socialista*. Tomo III. México: Fondo de Cultura Económica, 1959. pp. 427-428.

clase obrera, conociendo los medios de observar e influir sobre el espíritu de las masas, no puede resolverse un conflicto como el nuestro⁸⁸.

Por eso él pensaba que el partido debe tener una mente y una voluntad únicas, pues su poder depende de la ausencia de discordias en su seno.

Sería calumniar a los partidos comunistas decir que no puede haber en su interior diferencias de criterio; lo que deseamos subrayar es la obediencia rigurosa con que se deben seguir las pautas una vez acordadas. “En la Segunda Internacional [decía Stalin] los partidos pueden admitir el seccionalismo; pero los comunistas no pueden permitirse este lujo desde que su objeto es el poder”. Esta es la causa de que en la décima reunión del Congreso Panruso de los soviets, Lenin defendiera una resolución encaminada “a la disolución inmediata de todos los grupos basados sobre una u otra plataforma, so pena inmediata de exclusión del partido”, y agregaba con su énfasis habitual: “La vacilación, cuando suena el clarín de la batalla, puede perderlo todo. De aquí que la pérdida de los que vacilan, en lugar de debilitar, robustece realmente al partido, al movimiento y a la revolución”⁸⁹.

La concepción comunista del partido lleva directamente a que él sea imaginado como una élite en relación con la clase obrera. Al eliminar la asimilación que venían haciendo los socialistas entre la organización del partido y la totalidad de la masa trabajadora, se entroniza la noción de partido-vanguardia. Esta noción puede explicarse en un país como Rusia, de inmensas legiones de gentes atrasadas, que no podían entender de una vez las ventajas de la revolución y del socialismo. El hecho fue que la Tercera Internacional se organizó sobre esta base. En naciones de rudimentaria formación cultural, la dictadura del proletariado se sustituye fácilmente por la dictadura de partido, para pasar luego a la dictadura del Comité Central, hasta llegar al punto, en la época de Stalin, de la dictadura de una sola persona. Isaac Deutscher dice que la prohibición de los grupos ha reducido el propio control del partido sobre sí mismo y ha matado poco a poco la vida interior⁹⁰. A partir de ese momento, toda oposición se considera equivocada. El que quiere cambiar alguna cosa debe contemplar el problema en su totalidad: debe ensayar la conquista del control sobre el partido. Se sigue de ahí por la fuerza de las cosas un mecanismo de lucha por el mando, tal como uno lo reencontraría corrientemente en las formas orientales del despotismo.

88 Laski, Harold. *Comunismo*. Op. Cit. p. 122.

89 *Ibid.*

90 Cit. en Bahro, Rudolf. *L'alternative*. París: Stock, 1979. p. 103.

Por esa sustitución de poderes hay el peligro de que en vez de dictadura de la clase obrera haya dictadura sobre ella, la que puede ser ejercida por un hombre de condiciones sobresalientes, pero que también puede ser obra de gentes que manejan bien el aparato. Esa sustitución de poderes en favor de un solo individuo o de un pequeño conjunto de dirigentes, fue todavía más viable en la URSS cuando se vio que por no haber triunfado la revolución en otras naciones el socialismo había que realizarlo en un solo país. A favor de estas consideraciones se entiende muy bien la misión exaltante que Lenin le asignaba al partido cuando escribía:

Durante más de veinte años, les hemos demostrado a los trabajadores por hechos y no por palabras que el partido es algo particular, que él requiere individuos que tengan una conciencia política y que estén prestos al sacrificio de sí mismos, que puede incurrir en errores, pero que los corrige, que él dirige y selecciona hombres que conocen el camino que falta por recorrer y los obstáculos que tenemos que franquear⁹¹.

El peligro estaba en que esa concepción de lo que debe ser un partido comunista llevaba en su seno el gusano que Lenin alcanzó a detectar, el de la burocratización, pues una entidad elevada a ese rango de vanguardia, de Estado Mayor del ejército obrero, podía llegar, como ha llegado en muchas partes, a reclamar para sus miembros un tratamiento distinto al reservado al hombre común, y a disponer de bienes materiales y culturales de los que no puede disfrutar el resto de la población, en una palabra, a constituir una capa superior.

Lenin tuvo la intuición genial de que esa elevación del partido a posición tan notoria estaba expuesta a riesgos, y por eso señaló fórmulas que podrían preservar la pureza de la organización. De ahí su empeño en que ella mantuviera el contacto con la masa. Oigámoslo:

Es la historia entera del bolchevismo desde su origen hasta nuestros días la que puede explicar de manera satisfactoria por qué ha podido elaborar y mantener, en las condiciones más difíciles, la disciplina de hierro indispensable a la victoria del proletariado... Lo que hace posible la acción del partido es su aptitud a ligarse, a aproximarse y, si ustedes quieren, a fundirse hasta cierto punto con la masa proletaria, pero también con la masa de los trabajadores no proletarios. La justeza de la dirección política realizada por esa vanguardia, la justeza de su estrategia y de su táctica política, es a condición de que las más grandes masas se convenzan de esa justeza por su propia experiencia.

91 *Ibid.*, p. 102.

Nuestro punto de vista, respaldado por muchos estudiosos, es el de que a partir de la muerte de Lenin, esa relación creadora partido-masa, empezó en la URSS a deteriorarse en favor del partido, más exactamente, en favor de los cuadros que lo manipulan. Es el triunfo del aparato, con lo que esto conlleva de concentración en sus manos de un inmenso caudal de poder político y de poder social.

Esa noción del partido como vanguardia tenía que conducir a que el acceso a él sea muy difícil, pues constituye una especie de premio por un largo período de devoción y de servicio. Solo una minoría de comunistas es admitida en el organismo, así en la URSS como en otros países de la misma filosofía. En China, por ejemplo, sobre una población de novecientos millones en 1978, solo treinta y cinco millones tenían el anhelado carnet. En una revolución nueva, la cubana, abierta a las inquietudes contemporáneas y aireada por la cultura de Occidente, subsiste esa idea mágica del partido. Así decía Fidel Castro en 1978: “El partido resume todo. Es en él donde los sueños de todos los revolucionarios de nuestra historia encuentran su síntesis”. Y agrega: “El partido es el alma de la revolución cubana”⁹². Menos mal que algunos dirigentes del hermoso experimento del Caribe admiten que el partido debe estar sometido al control popular, lo cual, según ellos, y según nuestros deseos, impide que caiga en el pantano de la burocratización. De todas maneras, como se dice en la nueva Constitución, es el partido el que dirige la sociedad.

Tercera diferencia

Estos enfoques distintos del partido se expresan en el plano de la disciplina. Para el socialista, ella no debe ser demasiado rígida, ya que se le da amplio margen a las manifestaciones de las diversas corrientes y a la libertad de crítica. Por eso se ha indicado que en el laborismo inglés, en los tiempos en que era realmente socialista, convivían hombres que creían en las ventajas del régimen monárquico y otros en las de la república, unos que defendían el imperio y otros que se pronunciaban por su liquidación. La piedra sobre la cual reposa el concepto de disciplina para el socialismo es el de que ella sea un tanto flexible para que no desaparezca la capacidad intelectual de creación y el debate libre de las opiniones.

La teoría comunista al respecto es en extremo exigente, sin que excluya, como hemos dicho, cierta libertad de discrepancia. Pero en el fondo está regida por el principio de que no debe haber conflictos de dirección y de que una vez acordada una línea de trabajo se debe obrar

⁹² *Le Monde*, mayo 13 de 1978.

con la uniformidad propia de un ejército. Es preciso recordar que el Partido Comunista es el Estado Mayor del proletariado, lo cual impide que un soldado se reserve el derecho a la desobediencia. La posesión por ese partido de enseñanzas equivalentes a dogmas, las de Marx, Lenin y Mao Tse-Tung, autoriza a que él prescinda de aquellos elementos que en la acción no han dado pruebas de lealtad y de fe. De ahí las sanciones a quienes se desvían de las normas correctas, las expulsiones, todo lo que tienda a mantener incólume la organización para que no sea contaminada por la escoria.

Los partidos comunistas se han dado una estructura que facilita de modo notable el mantenimiento de la disciplina. A diferencia de los socialistas, que basan su organización en las secciones locales, establecidas según los sitios en que residen los militantes, lo que permite la comunicación recíproca y hace más fluidas las relaciones entre ellos, los comunistas han entronizado el sistema de la célula, la que aglutina los miembros según el lugar de trabajo. Las células no se comunican horizontalmente entre sí, sino en forma vertical, o sea que los contactos son entre los órganos inferiores y los superiores, entre núcleo primario y federación, situada esta última en un plano más alto. Esto tuvo su razón de ser en los tiempos de la clandestinidad, cuando había que impedir filtraciones y denuncias que pusieran el movimiento en peligro. Como observa el profesor Duverger en una etapa posterior, convertida la formación política en partido oficial, el sistema celular fue conservado, porque se reveló de mucha eficacia para el propósito de mantener la cohesión del conjunto y de cerrarle el paso a las fracciones cismáticas⁹³.

Cuando los partidos comunistas entonan loas al centralismo democrático, lo hacen en la convicción de que el método de células favorece la unidad, pues si se tienen en cuenta los deseos emitidos en la base, la dirección central podrá impartir instrucciones que son obedecidas por todos, incluidos los que inicialmente no estuvieron de acuerdo con ellas. Resultado final: unificación del partido, eficacia, disciplina.

Cuarta diferencia

¿Pluralidad de partidos o partido único?

Puesto que la tendencia socialista le da la merecida importancia al concepto de clase, y como esta se halla conformada por una variedad de corrientes y de capas, es natural que se incline en favor del pluralismo

93 Duverger, Maurice. *Instituciones políticas y derecho constitucional*. Barcelona: Ariel, 1962. p. 417.

de las organizaciones políticas. La sociedad futura no será, ni es ambicionable que sea, un todo uniforme, en el que impere la identidad de intereses y de comportamientos. Efectuada la revolución política, o sea, el derrocamiento del sistema vigente y de las clases en que se apoya, se abre la segunda fase de la revolución, la social, cuyo fin será la estructuración de nuevas formas de organización y de otras relaciones de trabajo y de poder. Será un período difícil, empedrado de problemas y de conflictos, y como aún subsistirá el Estado, según hemos dicho, es lógico que se presenten diferencias en cuanto a su orientación y manejo.

¿A qué debe darle la preferencia la producción planificada, a los bienes de uso o a los equipos, industriales? ¿Cómo se resolverán las diferencias entre los intereses del campo y los urbanos, o las de las Iglesias en sus relaciones con la potestad civil, o las que corresponden a la regulación del comercio con otras zonas socialistas y con las que continúen en la órbita del capitalismo? ¿Hasta dónde deben ir las libertades públicas y los derechos del hombre? Cuestiones son estas, y otras que se presentarán seguramente, que darán pie para que se manifiesten puntos de vista discordantes y aun encontrados, que a la postre llevarán a que se pretenda buscar soluciones; al amparo de agrupaciones permanentes como son los partidos. Es obvio que ese pluralismo debe ir en beneficio exclusivo de los amigos de la revolución. Las clases vencidas en esta deben quedar privadas de libertades políticas al menos por un tiempo. Es elemental facilitarles la manera de que se inserten en el nuevo orden y aun de que disfruten de algunas garantías constitucionales, siempre que no intenten poner en peligro el sistema victorioso. O sea, desde la óptica socialista creemos aconsejable la existencia de varios partidos independientes, con las limitaciones de que acabamos de hablar. A nuestro juicio, aun muy avanzada la revolución social, siempre habrá diferencias de status entre los hombres, aunque hayan desaparecido las de clase, y aquellas procurarán manifestarse a través del canal político.

El comunismo, de acuerdo con la práctica seguida en varias naciones que han hecho la revolución, prefiere el partido único, aunque en apariencia haya casos en que se toleren otras organizaciones políticas, que en realidad son meros apéndices de la agrupación que dirige el proceso revolucionario. Su razonamiento arranca de la premisa de que al desaparecer las clases sociales no hay motivo para la diversidad de partidos, ya que estos, según el análisis marxista, no son más que la expresión ideológica de los intereses de cada clase.

Nosotros no tenemos inconveniente en reconocer que la institución del partido único salvó en la URSS la revolución y el socialismo, y así lo expresamos en 1955 en otro trabajo:

Con el pragmatismo que debe guiar a quienes analizan los fenómenos políticos, es preciso decir que si en ese país hubiera habido entre 1917 y 1953 varias formaciones ideológicas, una o unas de ellas habrían sido los aliados naturales de la reacción internacional, con lo cual la violencia y la represión habrían sido mayores. La unidad nacional, de la cual la URSS dio pruebas tan luminosas durante la guerra contra Hitler, le debe mucho al régimen de un solo partido, y así lo aceptan maestros de la ciencia política como el profesor Schlesinger, de la Universidad de Glasgow, en su libro *The spirit of post-war Russia*⁹⁴.

Lo malo es lo que estamos viendo, que se ha erigido en principio universal lo que fue bueno para una nación en determinado momento, y que se ha prolongado de modo indefinido la modalidad del partido único. Estamos seguros de que en la URSS, igual que en otras regiones dirigidas por el comunismo, por el hecho de estar consolidada la revolución, el juego de otras tendencias políticas no afectaría el desarrollo de ese asombroso experimento de renovación social, con lo cual se evitaría que en naciones que firmaron en 1975 los acuerdos de Helsinki sobre derechos humanos y que en sus constituciones también los reconocen, los disidentes tengan que refugiarse en la clandestinidad y exponerse a retaliaciones sañudas por ejercer la libertad de opinión.

Este punto, pluripartidismo o partido único, es capital para marcar las diferencias entre las escuelas socialista y comunista, pues cuando se dice pluripartidismo se dice respeto a las libertades de pensamiento, de expresión y de organización, y cuando se habla de partido único se niega la vigencia de los mismos. El profesor Duverger anota que, aunque las constituciones reconozcan en los países regidos por el comunismo los principios de sufragio universal y de libertad de pensamiento, de prensa, de reunión, de asociación, etc., en la práctica esos derechos quedan limitados, cuando no anulados, por virtud del sistema de partido único y del control policíaco que de él se deriva⁹⁵.

En aparte posterior nos referiremos más a espacio al magno asunto de las libertades a la luz de las ideologías que estamos examinando.

94 Molina, Gerardo. *Proceso y destino de la libertad*. Bogotá: Universidad Libre, 1955. p. 206.

95 Duverger, Maurice. Op. Cit. p. 401.

Quinta diferencia

Esto último nos lleva a fijar otra diferencia, la que gira en torno de la dictadura del proletariado. Es un error decir que por principio los socialistas se oponen a ella, pues todos sabemos que después del triunfo de cualquier revolución se necesita un tipo de gobierno *sui generis*, que conduzca por un tiempo el movimiento victorioso a la organización de otras relaciones de producción y a diferentes formas de vida. La historia es concluyente al respecto. Las dos revoluciones inglesas del siglo XVII dieron lugar a regímenes de ese estilo, y siempre se ha dicho que sin la dictadura implacable de los jacobinos, la república surgida de la gran conmoción de 1789 habría sido aniquilada, y cuando las revoluciones del siglo XIX hablaban de *gobiernos provisionales*, se estaban refiriendo veladamente al empleo de métodos propios de la dictadura.

En lo que mira a la revolución rusa, desde mucho antes de que ella ocurriera, varias cabezas pensantes del socialismo decían que era imposible imaginar un nuevo orden con todas las modalidades del Estado de Derecho. En el Congreso de Tours de 1920, tantas veces mencionado, León Blum, en nombre del socialismo francés, aceptó que es imposible enfocar el tránsito de un sistema social a otro, sino a base de lo que él llamó *las vacaciones de la legalidad*.

Las discrepancias aparecen cuando se plantea la cuestión de cómo debe ejercerse esa dictadura y de cuánta debe ser su duración. Rosa Luxemburgo, quien ciertamente no puede ser tachada de tibieza revolucionaria, dijo que ese sistema de gobierno no debe emplearse a la manera como empezaron a hacerlo los bolcheviques a partir de 1917, esto es, en la forma de supresión de las instituciones democráticas y del ahogamiento de las libertades, especialmente la relativa al debate de las diferentes opiniones⁹⁶. Es en tiempos revolucionarios, según Rosa Luxemburgo, cuando los órganos políticos de dirección y los cuerpos colegiados deben recibir la influencia directa y constante de la vida nacional. “Suprimir toda institución democrática en régimen de dictadura [escribió ella] es secar la fuente viva en la cual esa dictadura debe nutrirse”. Mirando hacia adelante, la ilustre combatiente sostuvo que “sin una libertad ilimitada de prensa, sin una gama de asociaciones y de reuniones de toda traba, es imposible concebir la dominación por parte de las masas populares”.

¿Sería que la visión de Rosa Luxemburgo era muy occidental y que no tuvo en cuenta el atraso de la Rusia de 1917? Puede ser, pero de todas

96 Lacouture, Jean. Op. Cit. p. 183.

maneras ella expresó el criterio que deben tener los socialistas respecto de la dictadura proletaria.

A más de los, argumentos de la dirigente sacrificada, nosotros creemos que el problema es ante todo de tiempo. Lo malo no es el ejercicio de esa dictadura sino convertir en permanente lo que debe ser transitorio, que es justamente lo que acontece en la URSS y en varias Repúblicas Populares, las que como hemos visto ya están en condiciones de aplicar ciertas libertades sin que el edificio se desmorone.

Además, en los repliegues del concepto de dictadura proletaria hay algo que el profesor Cole pone de manifiesto, al hablar precisamente de Rosa Luxemburgo. El temor de esta acerca del modo como su amigo personal Lenin dirigía la revolución rusa, era que la dictadura del proletariado pudiera trocarse en dictadura sobre el proletariado. Ese era el peligro, y Rosa Luxemburgo lo señaló a tiempo, a que está expuesto “un partido centralista y autoritario que se considera a sí mismo como la vanguardia de la clase obrera”. A diferencia de Lenin, Rosa Luxemburgo no tenía fe en una élite disciplinada de revolucionarios profesionales. Creía en el aliento revolucionario de las masas y en su capacidad para hacer y moldear la revolución por sí misma. Abrigó temores después de noviembre de 1917, del advenimiento en Rusia de una nueva burocracia profesional que pretendiera someter a las masas⁹⁷. Hay que anotar que la gran dirigente polaca y alemana, a pesar de tener sus temores respecto al centralismo del partido, fue siempre fiel a la revolución, para la cual vivió y por la cual había de morir.

Lenin, y este es el punto de vista del comunismo, pensaba que la dictadura proletaria no podría ser ejercida, “por una organización que englobara en su totalidad a los trabajadores de la industria”. Se imponía en consecuencia la división del trabajo, puesto que el jefe de la revolución dudaba de que cualquier obrero pudiera dirigir el Estado, dada su enorme complejidad. Así se pasaba insensiblemente de la clase al partido: “Resulta que este, decía Lenin, engloba por así decirlo la vanguardia del proletariado y que es esa vanguardia la que realiza la dictadura”. En otros términos, para que la clase obrera llegue a administrar correctamente todo el engranaje gubernamental y la economía, necesita especial educación. Y este es el rol que compete al partido y a los sindicatos. Pero queda flotando la pregunta de si ¿no hay el riesgo de que el preceptor llegue a pensar que en el escalafón él está más alto; que el alumno y con derecho a mandarlo?

97 Cole, G.D.H. *Historia del pensamiento socialista*. Tomo v. México: Fondo de Cultura Económica, 1961. p. 138.

En todo caso, es significativo que el eurocomunismo prescinda en sus análisis del concepto de dictadura del proletariado y en su lugar hable de una nueva democracia.

Sexta diferencia

El partido y el Estado

Socialistas y comunistas también discrepan en lo que alude a las relaciones entre partido y Estado, aunque se debe advertir que las diferencias en este punto son solo de grado. Los primeros estiman que entre esas dos magnas instituciones debe haber lazos íntimos, pero sin que se confundan, y mucho menos sin que el poder público, quede supeditado a la colectividad banderiza. Según el socialismo, es el partido el que determina la filosofía en que deben inspirarse los gobernantes y el que suministra los hombres que convertirán en hechos las directivas trazadas; pero estiman que el Estado, el cual necesita tomar en cuenta los diversos intereses sociales, debe tener cierta autonomía para poder concretar sus decisiones. Entendemos bien que la identificación entre las dos entidades se justifica en el periodo heroico de la dictadura proletaria, pero no cuando la revolución ha entrado en la fase estable, la de construcción de un nuevo orden.

Además, ya hemos dicho que el socialismo acepta que haya partidos diferentes del dominante, y eso obliga a que el Estado tome en consideración sus formulaciones. Movido por el impulso natural a tener en cuenta las necesidades de la sociedad, el poder público está en el deber de poseer una visión global de los intereses que bullen en el seno de la comunidad, y eso lo lleva forzosamente a abrirse a nuevas influencias.

En un libro reciente que expresa en cierto sentido el pensamiento del socialismo francés, se lee este párrafo a propósito de la amalgama entre partido único y Estado:

En primer lugar el partido se apropia la “ciencia del socialismo”, sistema cerrado de verdades últimas, del cual él llega a ser el propietario exclusivo; después, en nombre de la ciencia, él se apropia de la clase obrera, de la cual se convierte “en el único representante legítimo”; más tarde, llegado al poder, él se adueña del Estado en nombre de la clase que representa, y después se apropia de la sociedad en todas sus ramificaciones y en todos los niveles a nombre del Estado; y finalmente de cada individuo en nombre de los intereses de la sociedad⁹⁸.

Para el comunismo la situación es diferente. Ya sabemos que según sus principios, el partido es la voz, la voluntad y la encarnación de la clase obrera. Hablando de la concepción comunista, Sartre decía que sin

98 Badinter, Robert. (Ed.) *Liberté, liberté*. París: Gallimard, 1976. p. 34.

el partido el proletariado no es clase sino masa, y que él es el llamado a que se pase del desorden molecular del estado de naturaleza al estado civil. Según eso, cuando el partido fija los derroteros que se consideran mejores, es para que los gobernantes lo realicen, tanto más cuanto que la formación política que habla es la única existente. Esto aclara también por qué la organización partidista es tan severa con los disidentes, pues estima que estos con su inconformidad ponen en peligro los intereses de la clase obrera y colocan obstáculos en las ruedas del carro de los que mandan.

En la más reciente de las constituciones de un país dirigido por el comunismo, Cuba, se dice en su artículo 5º:

El Partido Comunista de Cuba, vanguardia organizada marxista-leninista de la clase obrera, es la fuerza dirigente superior de la sociedad y del Estado, que organiza y orienta los esfuerzos comunes hacia los altos fines de la construcción del socialismo y el avance hacia la sociedad comunista.

La simbiosis establecida por el comunismo entre las dos instituciones mencionadas lleva, como dice el eurocomunista Santiago Carrillo, a que las contiendas por el control del Estado se libren en el interior del partido, con serio quebranto de su unidad⁹⁹. El grupo o la personalidad que se imponga allí, adquiere de hecho la preponderancia en el aparato estatal y sabe cuáles son sus amigos y sobre todo sus enemigos. Estas batallas, más agudas de lo que se supone, son una de las explicaciones del fenómeno, analizado ampliamente por los eurocomunistas, de que en la URSS no haya todavía una democracia obrera, pues todo se reduce a la pugna por la hegemonía en la colectividad que tiene el elevado rango de vanguardia de los trabajadores. Sin democracia en el partido es imposible la democracia en el Estado y en la sociedad. Por esa puerta estrecha se cuele la burocracia, como estrato que se superpone a la voluntad de las gentes comunes. De esto se valen los inconformes en los países del Este para decir que las garantías que enumeran las constituciones quedan invalidadas en la práctica, pues se asimila a delincuencia lo que es oposición o crítica a la autoridad del poder público o del partido.

Por fortuna en la Europa Occidental los intelectuales comunistas empiezan a apreciar las cosas de otro modo. Uno de ellos, Louis Althusser, en la serie de artículos que publicó en *Le Monde* en 1978 observaba:

¿Qué cosa es hoy el partido? Una máquina hecha para dominar, controlar y manipular a los militantes. Un partido que combinando el modelo militar de los compartimentos estancos con el modelo de la

⁹⁹ Carrillo, Santiago. "Eurocomunismo" y Estado. Barcelona: Crítica, 1977. pp. 206-207.

democracia parlamentaria, no puede impedir la reproducción, reforzándola, del modelo de funcionamiento burgués de la política... Este modo de funcionar debe cambiarse desde la cabeza hasta el fondo.

Si esto es así, podemos concluir que es muy difícil que en el interior de un partido organizado de ese modo, se desarrolle la conciencia crítica y la capacidad para señalar caminos distintos a los acogidos por los dirigentes.

Séptima diferencia

El grado mayor o menor de autonomía de los partidos respecto de los centros mundiales de poder crea otra diferencia entre las dos corrientes políticas. Los socialistas estiman que la autonomía de cada organización banderiza para definirse y actuar debe ser absoluta, porque así se garantiza lo máspreciado, que es su carácter nacional. Se nos dirá que existe la Internacional Socialista, y que esa circunstancia determina en relación con ella una situación de dependencia por parte de cada formación política asociada. Pero ese peligro no existe, pues aquella entidad mundial es una institución muy laxa, sin facultad conminatoria respecto de cada agrupación. Lo que hay son ciertos lazos de solidaridad, muy propios por lo demás de organizaciones que profesan el internacionalismo, el cual se hace sentir en los frecuentes encuentros y conferencias. Aún en los tiempos anteriores a 1917, cuando había vínculos más estrechos, la Internacional Socialista no llegó a tener capacidad de imposición sobre sus miembros. En las épocas que corren, la condición nacional de cada partido socialista constituye uno de los mayores atractivos, pues las gentes ven en ella una de las maneras de expresarse la soberanía de la nación correspondiente.

Cosa muy distinta acontece en el campo comunista. Desde que empezaron a constituirse los respectivos partidos, a raíz de la victoria de la Revolución Bolchevique, se les exigió fidelidad al centro mundial del comunismo, por la doble circunstancia de que era preciso defender dicha revolución y de que la entidad política que la había llevado a término tenía el rango de partido-guía. Esto hace que cada agrupación nacional tenga un pie en el país determinado y otro en la metrópoli constituida en eje de la constelación. Este hecho, agravado en nuestro tiempo por la conformación de bloques a escala planetaria, le confiere automáticamente el liderazgo a la organización que habla en nombre del centro respectivo de poder.

En los últimos años algunos partidos comunistas, sobre todo en Occidente, han tenido el acierto de reclamar el derecho a definir autónomamente su línea de acción. En algunas conferencias se han dado pasos en ese sentido, pero la verdad es que la situación corresponde hoy

a la política denominada por Brejnev de soberanía limitada Siguiendo el ejemplo de Yugoslavia, donde en virtud de la ruptura con la URSS en 1948 se creó un comunismo nacional, algunos países del Este, como Rumania, perseveran en sus demandas de autonomía para el correspondiente partido.

Lo que se ha dicho de la Unión Soviética puede afirmarse de China, cuya influencia sobre vastas zonas, no solo del Asia, es manifiesta.

Se trata en el fondo de una cuestión muy delicada, pues con frecuencia la metrópoli del caso no obra como foco del comunismo sino como polo de una gran nación con intereses expansionistas, que solo a ella conciernen, sean de tipo económico, territorial y político, lo que lleva a los partidos de áreas dependientes a defender causas que no son las suyas.

La independencia de cada partido comunista es un asunto que incumbe no solo a sus miembros sino a todas las formaciones interesadas en el cambio social, pues facilitaría la acción conjunta de ellas, como paso a la unidad del pueblo, sin la cual se ve muy difícil el éxito de un proyecto nacional de transición al socialismo.

Octava diferencia

Todo lo dicho en este capítulo fluye hacia ese inmenso estuario que es la cuestión de las libertades. ¿Como las contempla el socialismo? ¿Cómo las contempla el comunismo? Es difícil precisar las diferencias, pero es forzoso intentarlo porque allí se encuentra la frontera principal entre las dos corrientes.

El punto de partida consiste en saber si vale la pena batirse por las libertades existentes, con la mira de profundizarlas o ensancharlas, o si es posible esperar a que la evolución social, una vez logrados ciertos avances en la emancipación material del hombre, se encargue de edificar las bases mínimas sobre las cuales deben asentarse esas maneras de ser. Es del caso decir que consideramos inexacta la expresión *libertades burguesas*, usada para caracterizar las que constituyeron la esencia del evangelio liberal. Lo cierto es que se trata de adquisiciones alcanzadas por la civilización en un esfuerzo que se prolonga desde la antigüedad. Esta observación no debe ser oscurecida por el hecho de que en cierto momento de la historia, el liberalismo haya resuelto erigirlas en el punto saliente de su credo. Pero la burguesía puede desaparecer, como ha desaparecido en muchas partes, sin que eso implique el colapso de las libertades políticas y en general de los derechos del hombre.

El liberalismo abogó en sus buenos tiempos por tres géneros de libertades: las individuales, como las de pensamiento y de palabra y las que

ponen a cubierto al ser humano de abusos, como la detención arbitraria, la violación del domicilio, la negación del derecho de defensa y del debido proceso. Abogó también por las libertades políticas que tienden a asegurar la participación del ciudadano en la vida de la comunidad, como la de prensa, la de reunión, la de asociación, y la prerrogativa de ejercer libremente el sufragio. Finalmente defendió las libertades económicas, que tienen relación con la dominación capitalista y las actividades burguesas; en ese rubro están la libertad de comercio, la de industria, la de contratación, la de trabajo, la de fijación de precios y salarios, la de movimiento de capitales, etc. Libertades estas últimas que reposan sobre la propiedad privada de los medios de producción y que suponen el abstencionismo del Estado.

La doctrina socialista recoge del liberalismo el interés por las libertades individuales y políticas, pero estima que su vigencia plena solo es factible en un sistema distinto al capitalista. Dentro de este, por ejemplo, libertades tan valiosas como las de pensamiento y expresión no pueden tener realización completa, pues la inferioridad en que se encuentra la mayoría de las gentes disminuye el derecho de pensar libremente y de hacer uso de los ingentes medios de comunicación de nuestro tiempo. Todavía hoy el modo de pensar de las clases sometidas está condicionado por el modo de pensar de quienes las dirigen. El hecho es, que aún limitadas en su ejercicio, las actuales libertades individuales y políticas tienen para el socialismo un valor eminente. Su tarea es entonces lograr que ellas, perfeccionadas, estén al alcance de los grupos mayoritarios de la colectividad.

El profesor Vedel, de la Universidad de París, tuvo el mérito de haber demostrado que para la concepción occidental las libertades están en el presente, mientras que en la concepción del Este ellas pertenecen al porvenir¹⁰⁰. A nuestro juicio, el socialismo hace suya la tesis liberal occidental pero difiere de ella en que a tiempo que defiende las libertades, lucha por otras relaciones de trabajo y por otras relaciones entre los hombres, mientras que el liberalismo se declara paladín de aquellas, pero sin abogar por ningún cambio en las estructuras sociales, lo que hace que a la sombra de esa escuela política las libertades tengan una base precaria.

De los muchos documentos que podríamos citar en apoyo de esta idea, mencionamos el siguiente que pertenece a la declaración acordada en 1947 por el Partido Socialista de Chile:

100 Molina, Gerardo. *Proceso y destino de la libertad*. Op. Cit. p. 208.

El socialismo recoge las conquistas políticas de la burguesía para darles la plenitud de su sentido humano. Por lo tanto, todo régimen político que implique el propósito de reglamentar las conciencias conforme a cánones oficiales, siendo contrario a la dignidad del hombre, es también incompatible con el espíritu del socialismo. Ningún fin puede obtenerse a través de medios que lo niegan: la educación de los trabajadores para el ejercicio de la libertad tiene que hacerse en un ambiente de libertad.

Como heredero del patrimonio cultural, el socialismo no pretende otra cosa que extender a todos los miembros de la sociedad las ventajas de la seguridad económica y las posibilidades de libertad creadora que hoy son privativas de minorías privilegiadas. Los fueros de la conciencia personal en lo que concierne a los sentimientos y a las ideas, así como a su expresión legítima, son tan inalienables para el socialismo como el derecho de los trabajadores a designar libremente a sus representantes en la dirección de las actividades comunes¹⁰¹.

En Colombia somos varios los que hemos sostenido puntos de vista similares. Esto queda muy bien testimoniado en el último libro de uno de los historiadores y ensayistas políticos más versados en la materia, Jorge Orlando Melo, quien demuestra que el socialismo es inseparable de la vigencia y de los desarrollos amplísimos de las libertades y de la misma democracia, como la mejor forma de gobierno¹⁰².

¿Cómo enfoca el comunismo este problema? Nosotros nos negamos a creer que él sea enemigo de las libertades por definición, como lo asegura una propaganda desenfocada. Lo que ocurre es que aquel considera que la dominación y la explotación burguesas hacen írritas las conquistas efectuadas en ese orden. De esa afirmación deriva el pecado mayor que cometió el Comunismo en su período heroico, que fue el de rodear de desdén y aun de burla las libertades de que se ufana el Occidente, las que no pasaban de ser *libertades burguesas*. Por fortuna en los últimos tiempos esa corriente política ha vuelto sobre sus pasos, y de ahí la estimación de que hoy rodea a las Declaraciones de Libertades y Derechos. Esta es la posición del eurocomunismo. El más extremista de los partidos que integraron inicialmente esa modalidad, el Comunista Francés, habla de la necesidad de una Carta de Libertades, en las que se incluyen desde luego varias de las conseguidas por el Occidente.

El raciocinio clásico del comunismo, de inspiración materialista, era el de que el hombre se va emancipando poco a poco de la naturaleza y dominándola, por lo cual solo será libre cuando haya roto las cadenas del determinismo, sea de carácter material, para lo cual debe sujetar el

101 Waiss, Óscar. *Qué somos los socialistas chilenos*. s.l.: Pensamiento Socialista. p. 36.

102 Melo, Jorge Orlando. *Sobre historia y política*. Medellín: La Carreta, 1979. pp. 202 y ss.

medio físico, sea de carácter social, para lo cual es preciso suprimir las clases. En palabras del profesor Vedel, para el comunismo las libertades están en el porvenir, pues serán la afortunada coronación de una serie tremenda de batallas.

La realidad de que partía el comunismo lo empujaba por ese sendero. En el país de la revolución, Rusia, las libertades carecían de todo arraigo histórico y afectivo. Las urgencias eran otras. Baste saber que cuando triunfó la clase obrera, el analfabetismo llegaba al 75% de la población, los servicios de salud eran inexistentes y la condición de siervos aún pesaba sobre extensas legiones de campesinos. Lo primero para los dirigentes era entonces atender estos reclamos, y lo otro, libertades políticas, vendría a su hora. Habría que agregar que a diferencia del ciudadano occidental que piensa ante todo en garantizar su margen de libertad en frente de las acciones del poder público, el ciudadano soviético quedó encuadrado a partir de 1917 en el sistema de la planeación estatal.

En el debate verificado en la ONU el 9 y el 10 de diciembre de 1948, al discutirse la Declaración Universal de Derechos del Hombre, chocaron las dos concepciones de que hemos venido hablando. El señor Vichinsky, en nombre de la URSS, señaló y criticó el carácter netamente jurídico y formal del proyecto, que se expresa “en la construcción abstracta de una serie de artículos consagrados a cuestiones de la más alta importancia, como que se refieren a los derechos del hombre”; su pensamiento quedó bien resumido en el comentario al artículo 3, que fue redactado en estos términos: “Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad, y a la seguridad de su persona”, a propósito del cual dijo que el carácter abstracto es evidente. Según Vichinsky, al enumerar esos derechos, se debió indicar el mínimo de medidas que los Estados deben tomar para asegurar el respeto de esos derechos. Así propuso como fórmula sustitutiva del artículo 3 la siguiente, que fue rechazada: “El Estado debe asegurar a cada individuo la defensa contra los ataques criminales que pueden perpetrarse contra él, y debe asegurar a cada uno las condiciones que eliminen el peligro de muerte, de miseria y de hambre”.

La corrección del punto de vista del socialismo al darle especial significación a las libertades aportadas por el Occidente, fue confirmada en el curso de la segunda guerra mundial y en la inmediata postguerra. Las atrocidades cometidas por el nazismo hicieron que los Aliados; incluyendo a la URSS, pusieran en primer término como finalidad de la conflagración la garantía de que aquellas conquistas de la civilización serían respetadas, y así quedó establecido en las llamadas Cuatro Libertades propuestas por el presidente Roosevelt, las que tuvieron desarrollo en

la Declaración de Derechos Humanos. Se inició desde entonces un saludable proceso de rectificación por parte del comunismo, y esto se ve muy claro en las reiteradas manifestaciones de quien fuera en la Europa de la postguerra su figura más alta, Palmiro Togliatti, cuya adhesión apasionada al concepto de libertad puede comprobarse en sus contribuciones al libro *El compromiso histórico*¹⁰³.

Esta postura abre vastas perspectivas al diálogo entre socialistas y comunistas de que hablaremos en seguida.

Conclusiones

El anterior catálogo de diferencias podría agrandarse. ¿Cómo ignorar, por ejemplo, la manera distinta de enfocar la planeación por parte de las dos escuelas? Ella debe ser, según el socialismo, de sello eminentemente democrático, pues se parte del supuesto de que los trabajadores tienen la responsabilidad del manejo del aparato productivo, lo cual implica que las bases sean tenidas en cuenta cuando se trate de formular programas de desarrollo. El comunismo se inclina, según las experiencias, hacia la planeación centralizada y autoritaria. Pero creemos que lo dicho hasta ahora es suficiente para que el lector se forme una idea acerca de tan controvertidos puntos.

Es más importante saber si las distancias señaladas son insalvables o si la evolución tiende a reducirlas.

Para contestar esta pregunta nos situamos en la perspectiva de la Nueva Izquierda, de la cual se viene hablando desde el año crítico de 1968. Esa Nueva Izquierda, para que tenga un sentido, debe distinguirse de la Vieja, en lo que esta tuvo de propensión al fraccionamiento, al sectarismo, al afán hegemónico de algunos de sus componentes y al aislamiento del resto de la comunidad, para preservar su pureza doctrinaria.

Para que sea realista, la Nueva Izquierda necesita afirmarse en evidencias como estas:

- a) El avance, no soñado antes, de las fuerzas productivas, permite enfocar con éxito, por primera vez, la tarea mundial de abolir la miseria y las distintas manifestaciones del atraso;
- b) El levantamiento de los pueblos de Asia, África y América Latina, elimina no solo los restos del colonialismo sino que abre el paso a relaciones más justas entre los Estados;

¹⁰³ Gruppi, Luciano; Gramsci, Antonio; Togliatti, Palmiro et al. *El compromiso histórico*. Barcelona: Crítica, 1978.

- c) Desde luego esta corriente en busca de la liberación humana tiene obstáculos descomunales por vencer, como es el dominio que ejercen los países ricos por medio de las firmas multinacionales. Estas son hoy, más que antes, agentes succionadores de la plusvalía producida en las áreas atrasadas, para alimentar el proceso de acumulación en las metrópolis. Una investigación cuidadosa adelantada en Colombia, muestra cómo ese fenómeno compromete la independencia económica, técnica y política de las naciones que lo padecen¹⁰⁴. Esto ha de servir para que la lucha contra el imperialismo la encaucen estas regiones en el sentido de emanciparse, o al menos de debilitar, el poderío de las multinacionales;
- d) Otro obstáculo que dificulta la independencia del Tercer Mundo consiste en que el proletariado de los países prósperos se beneficia, en la forma de elevados niveles de vida, de la depredación a que ellos someten el resto del planeta. Romper esa complicidad, mediante la acción del movimiento sindical y político de vanguardia que hay en el Norte, es esencial para que al fin opere en este dominio el internacionalismo obrero;
- e) Si por unos aspectos son fuertes las sociedades opulentas, por otros presentan síntomas de debilidad. Los primeros de estos aparecieron en 1973, al estallar la crisis energética. Después han venido la inflación, ya no transitoria sino estructural, ligada paradójicamente a la recesión, el desequilibrio de los pagos exteriores con el consiguiente desorden monetario, el imperativo suicida de aumentar cada año los gastos de armamento, y la dificultad de seguir contando con las materias primas indispensables, a causa de los esfuerzos del Tercer Mundo por industrializarse. Esto ha dado lugar a la disminución del crecimiento de Occidente, hasta el punto de que no pocos economistas dicen que aquellos se aproximan al crecimiento cero;
- f) Lejos de comportarse como un todo coherente, el mundo no socialista muestra serias fisuras. Así, es innegable que el Japón y la Europa Occidental, sobre todo Alemania, son rivales de consideración de los Estados Unidos, potencia que empezó a perder la confianza en sí misma como líder mundial después de la guerra de Vietnam y del escándalo de Watergate, y que sigue enjugando fracasos exteriores como los de Irán y Afganistán; y

104 Chudnovsky, Daniel. *Empresas multinacionales y ganancias monopólicas en una economía latinoamericana*. México: Siglo XXI, 1974.

- g) Si a esto se añade que el capitalismo, lejos de aprender lo que enseña el pasado, se ha propuesto implantar nuevas maneras de división técnica del trabajo, las que llevan a una mayor sujeción del asalariado, tenemos como resultado que este se exaspera hasta la cólera. Por lo pronto ya se observa, como lo analiza muy bien en libro reciente el líder socialista francés Jean-Pierre Chevènement, la intensificación del choque de intereses y de formas de vida entre las clases.

Sería prematuro sacar de lo anterior la conclusión de que se acercan los días finales del capitalismo. ¡Son tantas las veces en que las campanas han doblado por él! Puede hablarse de crisis, pero ya sabemos que crisis no significa muerte sino cambio, momento difícil, quiebra. Lo que sí se puede admitir es que cada día son más amplias las perspectivas de trabajo exitoso de las fuerzas que se oponen a esa organización económica y social. Ya se ha dicho que realidades como el 10% de desocupación de la mano de obra tienen más poder de convicción contra dicho sistema que muchos libros críticos.

Lo importante es saber derivar las conclusiones correctas y hablar un lenguaje eficaz. El antiguo militante comunista austriaco Ernest Fischer, de regreso de muchas de sus convicciones anteriores, dice en su ensayo sobre la Nueva Izquierda que ya no se puede mencionar al proletariado como el solo núcleo que es preciso liberar, sino que se debe pensar en los técnicos, los ingenieros, los científicos, todos los cuales también sufren la opresión, como igualmente es necesario tener en cuenta aquellos grupos que trabajan al parecer en forma independiente, pero que en el hecho son víctimas de fuerzas económicas inclementes.

Esto trae consigo la urgencia de nuevas pautas: cualquier resto de sectarismo, cualquier brote hegemónico, ponen en peligro lo que busca la Nueva Izquierda. Para que esta logre sus fines tiene que unir al pueblo, y el paso primero es la unión de los sectores más sensibles al cambio, para ir extendiendo a otras capas sociales y colectividades políticas.

Dentro de ese contexto, significa muchísimo la circunstancia de que se estén amortiguando muchas de las diferencias entre socialistas y comunistas. Algunos de estos aceptan hoy de buen grado que hay espacio en las filas de la transformación social para otras corrientes, lo cual no era posible mientras rigió en su plenitud la tesis leninista del partido como vanguardia del proletariado. Tal vez hoy no se repetiría lo ocurrido en la Alemania de los años 30, cuando los comunistas se referían a los socialdemócratas como

“social-fascistas”. El resultado de esa antítesis brutal fue que Hitler encontró despejado el camino hacia el mando absoluto.

La dictadura del proletariado ya no goza en la extrema izquierda del favor de antes. El abandono de esa tesis por el eurocomunismo y las denuncias hechas por antiguos comunistas como el checoslovaco Ota Sik¹⁰⁵ y el alemán oriental Rudolf Bahro¹⁰⁶. han abierto los ojos de muchos. Su análisis ha dejado ver que no son en verdad los trabajadores los que tienen la responsabilidad de la economía y del Estado en varios países del Este, sino un estrato, que seguramente no es una clase en el sentido marxista sino una capa cargada de privilegios y de favores.

Otro analista de peso, el profesor francés Michel Beaud, afirma a su turno que en el Este lo que rige no es ciertamente el capitalismo, pero tampoco es el socialismo, en la concepción clásica de organización dirigida por los trabajadores¹⁰⁷. El habla más bien de un *colectivismo de Estado*, esto es, de un sistema que ha dado lugar a la acumulación de un sobre trabajo muerto en los equipos de infraestructura, es decir, medios de transporte, minas, equipos sociales, aprovechados estos últimos para el mejoramiento cualitativo del individuo en los dominios de la educación, la salud, la recreación, etc.

Igualmente ha habido progresos en la aceptación por los comunistas del especial valor que tienen las libertades, así sea en la condición limitada como las formuló el liberalismo de Occidente. En Colombia se puede apreciar hoy ese cambio en la decisión con que el Partido Comunista, línea Moscú, actúa en el Movimiento por la Defensa de los Derechos Humanos.

Aunque el eurocomunismo no ha tenido en las sociedades evolucionadas el desarrollo que prometía, es preciso reconocer que él contribuyó a abrirle paso en la extrema izquierda a postulados que antes no tenían curso: respeto al sufragio universal, pluralismo, abandono de la dictadura proletaria, valoración especial de las libertades, mantenimiento en el socialismo de un apreciable sector privado, independencia en relación con modelos extranjeros, importancia de las alianzas para avanzar hacia otra ordenación social.

Sin duda entre los rasgos que siguen diferenciando al socialismo y el comunismo, el más pronunciado es el del comportamiento en frente de los centros que se han independizado del capitalismo. El socialismo sigue fiel a su posición primera de autonomía, no así el comunismo, que

105 Sik, Ota. *La troisième voie*. París: Gallimard, 1974.

106 Bahro, Rudolf. Op. Cit.

107 Beaud, Michel. “L’hiver du socialisme”. *Le Monde diplomatique* (mayo 1979), París.

persevera en su obsecuencia respecto de la URSS, de China y aun de focos menores. Sin embargo, es de justicia reconocer en los últimos años ciertos conatos de independencia en esa corriente ideológica y política. Es el policentrismo, que debe entenderse como el derecho de cada partido a buscar su vía propia y el patrón de desarrollo que más le acomode. Se ha dicho que esa tendencia está latente en el Informe Khrushchev de 1956 y en la reconciliación de la URSS con Yugoslavia, la que significó que Moscú aceptaba que un “partido hermano” escogiera su propio rumbo para edificar el socialismo. En la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas reunida en la capital soviética en 1969, se reconoció la igualdad de todos ellos en derechos y deberes, y en lo que alude a las diferencias que pudieran presentarse en cuanto a asuntos de tanta entidad como la invasión a Checoslovaquia en 1968 o las relaciones con la China rebelde. Esta posición fue confirmada en 1976 cuando en Berlín Oriental deliberaron los partidos comunistas de Europa. Con anterioridad: a esos hechos, en los trabajos teóricos y en la actividad práctica de Palmiro Togliatti se puede percibir mucho de lo que después recibiría el nombre de policentrismo.

Por desgracia muchas de esas promisorias declaraciones no han cuajado en los hechos, pues el Partido Comunista de la URSS se sigue conduciendo como la vanguardia del movimiento internacional, lo que le confiere ciertos derechos. La doctrina de *la soberanía limitada* expuesta por Brejnev a propósito de las naciones que giran alrededor de Moscú, se aplica por analogía a los partidos. Así, la mayoría de estos apoyaron explícitamente la invasión a Afganistán en 1979, la que como la anterior a Checoslovaquia echó por el suelo principios tan caros a la izquierda como la autodeterminación de los pueblos y la no intervención. Sospechamos que algo parecido ocurre con los países que tienen a China como guía.

Nos han impresionado favorablemente los esfuerzos que hace el Partido Comunista de Cuba para obrar con cierta autonomía. A pesar de la vulnerabilidad económica de la isla, del despiadado bloqueo norteamericano y de su inserción en el grupo comandado por la URSS; aquel partido se distingue por su sentido profundo del pluralismo, por su amplitud de criterio y por sus frecuentes concesiones a la libertad cultural. En el grave episodio protagonizado en 1980 por los miles de cubanos que resolvieron emigrar, el gobierno permitió airoosamente la salida de todos ellos bajo la admirable consigna de que “el socialismo es cosa voluntaria”. Si esos esfuerzos continúan, de Cuba puede salir un socialismo antiautoritario,

como el que iluminadamente quiso construir Alexander Dubcek en la breve primavera de Praga de 1968.

No podemos cerrar este capítulo y este libro sin hacer una observación que todo lo resume: hay cada día en el mundo, sobre todo en el de inspiración occidental, mayor número de gentes para las cuales el socialismo es la única salida racional, pero que por una u otra razón no gustan de los modelos ensayados hasta ahora. El espacio está abierto para repensar fórmulas mejores, bien arraigadas en la cultura y en el temperamento del respectivo país. Es dable ser optimistas, si tenemos en mientes que cada pueblo es el mejor arquitecto de su suerte.

Bibliografía

Publicaciones periódicas

- Le Monde*, mayo 13 de 1978
Repères, 44, junio 1977, París.
Revista Alternativa. Bogotá, 1979.

Libros y artículos

- Agudelo Villa, Hernando. *El liberalismo: partido del futuro*. Bogotá, 1999.
Agudelo Villa, Hernando. *Retorno del liberalismo*. Bogotá: Tercer Mundo, 1975.
Arciniengas, German. *América en Europa*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1975.
Ardaiev, Guéorgui. "Le nouveau programme du parti Socialiste d'Autriche". *Recherches Internationales a la lumière du marxisme*, 11 (enero-febrero 1959). París: Editions de La Nouvelle Critique.
Badinter, Robert. (Ed.) *Liberté, libertés*. París: Gallimard, 1976.
Bahro, Rudolf. *L'alternative*. París: Stock, 1979.
Beard, Charles A. *The Republic*. Nueva York: The Viking Press, 1945.
Beaud, Michel. "L'hiver du socialisme". *Le Monde diplomatique* (mayo 1979), París.
Bouglé, Célestin. *Socialismes français*. París: Colin, 1946.
Brandt, Willy. "Después de Caracas...". *Nueva Sociedad*, 31-32 (julio-octubre 1977), Caracas.
Carrillo, Santiago. "Eurocomunismo" y Estado. Barcelona: Crítica, 1977.
Chevalier, Jean-Jacques. *Les grandes oeuvres politiques, de Machiavel a nos jours*, París: Armand Colin, 1949.

BIBLIOGRAFÍA

- Chonchol, Jacques. “Elementos para una discusión sobre el camino chileno hacia el socialismo”. En: VV.AA. *Chile: Búsqueda de un nuevo socialismo*. Santiago de Chile: Nueva Universidad, 1971.
- Chudnovsky, Daniel. *Empresas multinacionales y ganancias monopólicas en una economía latinoamericana*. México: Siglo XXI, 1974.
- Cole, G.D.H. *Historia del pensamiento socialista*. Tomo I. México: Fondo de Cultura Económica, 1957.
- Cole, G.D.H. *Historia del pensamiento socialista*. Tomo III. México: Fondo de Cultura Económica, 1959.
- Cole, G.D.H. *Historia del pensamiento socialista*. Tomo V. México: Fondo de Cultura Económica, 1961.
- Delilez, Jean Pierre. Las relaciones de la crisis del Estado y de la internacionalización. En: Nicos Poulantzas (Ed.) *La crisis del Estado*. Barcelona: Fontanella, 1977.
- Duverger, Maurice. *Instituciones políticas y derecho constitucional*. Barcelona: Ariel, 1962.
- Eastman, Jorge Mario. (Comp.). *La concentración de la riqueza y del ingreso*. Bogotá: Cámara de Representantes, 1979.
- Ebenstein, William. *Los grandes pensadores políticos*. Madrid: Revista de Occidente, 1965.
- Fuentes Mohr, Alberto; Parra, Néstor Hernando et al. *Perfiles de la socialdemocracia en Latinoamérica*. San José de Costa Rica: Centro de Estudios Democráticos de América Latina, 1979.
- Garaudy, Roger. *Parole d’homme*. París: Laffont, 1976.
- García, Antonio. *Una vía socialista para Colombia*. Bogotá: Cruz del Sur, 1977.
- García, Eduardo. “Viabilidad económica del sistema de autogestión”. En: VV.AA. *Chile: Búsqueda de un nuevo socialismo*. Santiago de Chile: Nueva Universidad, 1971.
- Gruppi, Luciano; Gramsci, Antonio; Togliatti, Palmiro et al. *El compromiso histórico*. Barcelona: Crítica, 1978.
- Hirsch, Joachim. Observaciones teóricas sobre el Estado burgués y su crisis. En: Nicos Poulantzas (Ed.) *La crisis del Estado*. Barcelona: Fontanella, 1977.
- Horowitz, Irving Louis. *Fundamentos de sociología política*. México: Fondo de Cultura Económica, 1977.
- James, Émile. *Cours d’économie sociale comparée*. París: Cours de droit, 1950.
- Jaurès, Jean. *Historia socialista de la Revolución francesa*. Valencia: F. Sempre y compañía, s.f.
- Jaurès, Jean. *Les origines du socialisme allemand*. París, 1969.
- Kautsky, Karl. *La doctrina socialista*. Buenos Aires: Claridad, 1966.

- Kenneth Galbraith, John. *La sociedad opulenta*. Barcelona: Ariel, 1960.
- Lacouture, Jean. *León Blum*. París: Éditions du Seuil, 1977.
- Laski, Harold. *Comunismo*. Barcelona: Labor, 1931.
- Laski, Harold. *El liberalismo europeo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1939.
- Lenin, V. I. *Obras escogidas*. Tomo II. Moscú: Editorial Progreso, 1960.
- Lleras Restrepo, Carlos. *El liberalismo colombiano*. Bogotá: Tercer Mundo, 1973.
- López, Alfonso. *Mensaje Presidencial al Congreso de 1935*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Louis, Paul. *Les idées essentielles du Socialisme*. París: Rivière, 1931.
- Marini, Ruy Mauro. "Estado y crisis en Brasil". *Cuadernos políticos de México*, 13, (julio-septiembre 1977): 76-84.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich. *El manifiesto comunista*. Madrid: Cenit, 1932.
- Matter, Konrad. *Inversiones extranjeras en la economía colombiana*. Medellín: Hombre Nuevo, 1977.
- Melo, Jorge Orlando. *Sobre historia y política*. Medellín: La Carreta, 1979.
- Molina, Gerardo. *Las ideas liberales en Colombia, 1849-1914*. Bogotá: Tercer Mundo, 1970.
- Molina, Gerardo. *Las ideas liberales en Colombia*. Tomo III. Bogotá: Tercer Mundo, 1977.
- Molina, Gerardo. *Proceso y destino de la libertad*. Bogotá: Universidad Libre, 1955.
- Pérez, Carlos. "La social democracia y las relaciones político económicas Internacionales". *Nueva Sociedad*, 31-32 (julio-octubre 1977), Caracas.
- Pirenne, Jacques. *Historia universal* Tomo II. Barcelona: Ediciones Leo, 1953.
- Roll, Eric. *Historia de las doctrinas económicas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1955.
- Rovan, Joseph. *Histoire de la social-démocratie allemande*. París: Éditions du Seuil, 1978.
- Schlesinger, Arthur M. *Les 1000 jours de Kennedy*. París: Denoël, 1966.
- Sik, Ota. *La troisième voie*. París: Gallimard, 1974.
- Sombart, Werner. *El apogeo del capitalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1916.
- Strachey, John. *Teoría y práctica del socialismo*. México: Universidad Obrera de Mexico, 1937.
- Sweezy, Paul. *Socialism*. Nueva York: McGraw-Hill, 1949.
- Vedel, Georges. *Cours de Droit Public*. París: Cours de droit, 1950-51.
- Wright Mills, Charles. *The Marxists*. Nueva York: Dell, 1962.
- Ziegler, Jean. *Main basse sur l'Afrique*. París: Éditions du Seuil, 1978

Obras Escogidas

Esta edición de *Breviario de ideas políticas*
se publicó en la ciudad de Bogotá
el mes de abril del año MMXXI.

La Universidad Nacional de Colombia con esta edición
conmemora los 30 años del fallecimiento
del profesor Gerardo Molina.